UN LIBRO DE CUENTOS QUE DEVELA UN MUNDO DESCONOCIDO PARA UN LECTOR ÁVIDO DE SABERES

HISTORIAS DE GUARDAVIDAS

PREVENGA AHOGAMIENTOS

TITO RAFELI

Literatura, ciencia, entretenimiento y prevención

Literatura y ciencia orientada a la prevención de ahogamientos. Cuentos que relatan historias de salvamentos que enseñan al lector cómo prevenir estos accidentes de origen previsible, y que son la segunda causa de muerte infantil en EE.UU. Brasil y Argentina.

HISTORIAS DE GUARDAVIDAS

PREVENGA AHOGAMIENTOS

DOCE CUENTOS ELEMENTALES

TITO RAFELI

Tito Rafeli
E-mails: titorafeli@gmail.com y titorafeli@outlook.com

Buenos Aires, noviembre de 2014

INTRODUCIÓN

El arte tiene mayor sentido en la medida en que desarrolla una función práctica

Durante siglos, los procesos cognitivos que conlleva la literatura, han demostrado ser uno de los soportes comunicacionales más trasformadores en el pensamiento y la conducta humana. Hoy, este canal gráfico vehiculizado por la potente y moderna Internet, participará en la creación y difusión de este libro de cuentos orientado a la **prevención de ahogamiento en medio acuático**. Se trata de brindar conocimientos manejados por expertos a ciudadanos inexpertos para que estos adquieran habilidades en un campo -en el cual cada año en el mundo- perecen 500 mil personas con consecuencia colateral de millones de discapacitados sobrevivientes. En este mismo período, por accidentes laborares, pierden la vida 600 mil ciudadanos. La mayoría de los ahogamientos se producen en países en vías de desarrollo y es la segunda causa de muerte infantil en EE.UU., Brasil y Argentina.

Los factores que originan este tipo de accidentes son múltiples. Uno de los más importantes, es que el ciudadano percibe este siniestro en forma errada; cree que no le va a pasar nada cuando se aproxima, y luego cae ante una fuerza superior que lo sorprende en un estado de "indefensión", al no saber ni estar informado sobre las leyes que rigen el medio acuático.

Hasta hace poco tiempo el término "ahogado" tenía más de 16 definiciones distintas y "casi ahogado" 13. Hoy la comunidad científica lo clasifica en algunas que concuerdan en que "ahogo" no significa muerte; se lo consigna más a la asfixias por sumersión. Una de las definiciones suscribe que es: "Un proceso que produce impedimento respiratorio primario a causa de sumersión/inmersión en un medio líquido". En ocasiones, esta confusión de concepto, no ayuda en la elaboración y difusión de la noticia y puede influir en que no tomemos las precauciones necesarias cuando nos acercamos a una zona que pueda sospechar peligro. En cuanto a la transmisión informativa de este tipo de accidentes, no es lo mismo saber que en determinada playa de tres kilómetros se ahogan diez personas cada verano, a no estar enterado sobre el tema. En el caso hipotético que se produjeran "estos diez ahogamientos" y esta información se difundiera, la confusión sería mayor si no quedara claro qué entendió el ciudadano por "ahogado": ¿Perecieron o sobrevivieron?

En el campo del pensamiento humano y de las ciencias de la comunicación, una buena estrategia preventiva se basa en desarrollar una percepción más cercana a este tipo de accidentes: comunicar en forma seria aportando información cualificada, sin alarmar al ciudadano en forma histérica o haciendo lobby directo o relacionado a este riesgo. Un ejemplo a considerar en la construcción de la percepción del riesgo en medio acuático, es la publicidad turística en la que, pocas veces se muestran estadísticas sobre esta siniestralidad o lugares de peligro latente a un público que por lo general desconoce la zona. La *fotografía postal* altamente estetizada que se muestra en la publicidad a nivel mundial, resalta bellos y exóticos paisajes que en muchos casos guardan peligros inherentes a la naturaleza misma. Una iniciativa interesante de observar en un país en donde el turismo es una de las industrias más importantes -Brasil, sexta economía del mundo- es la publicación de listados con tres ítems en donde se muestra a la opinión pública si la mortalidad por ahogamiento en medio acuático subió, se mantuvo o disminuyó.

El autor de este libro, durante años, se ha dedicado a investigar el por qué se ahoga la gente en medio acuático y ha llegado a la conclusión -junto a la Organización Mundial de la Salud (OMS)- que el ahogamiento es previsible en la mayoría de los casos con un adecuado tratamiento preventivo. En distintos mares Tito Rafeli ha estudiado este siniestro. En la academia científica de la Unión Europea, estudió la comunicación de riesgo aplicada al ahogamiento. Tito Rafeli es guardavidas en la playa de Costa del Este, Argentina, Licenciado en Comunicación Social (UNLP) con estudios de posgrado en la UE. Rafeli es oriundo de la tierra donde nacieron los premios nóveles Pablo Neruda y Gabriela Mistral; así como la poetisa Violeta Parra y la escritora Isabel Allende. Este escritor chileno se hace del soporte literario para difundir estos conocimientos, pues acuña la idea de que, el arte tiene mayor sentido en la medida en que desarrolle una función práctica.

Al respecto, Tito Rafeli comenta: *"Como el conocimiento es de origen colectivo, en este libro -además de los expertos- tanto hombres, mujeres y ancianos han hecho sus aportes. Pero* ***las madres****, en general, son quienes desarrollan mejor el instinto de supervivencia y como líderes de opinión, es el grupo social más receptivo a este tipo de mensajes. De ellas, he sacada parte de mis estudios de campo. Cuando los días se ponían nublados, menos calurosos y las aguas se sosegaban al caer el crepúsculo sobre la tibia arena; establecía contacto con ellas con el fin de verificar premisas y extraer información inherente a la propia supervivencia humana. Tal como se manifiesta en otros géneros de la naturaleza, son poseedoras de valioso conocimiento preventivo de vital aplicación. En mi*

trabajo como guardavidas, en el poco tiempo de sosiego que he tenido para escribir estos cuentos a la orilla del mar, siempre me llamó la atención que muy pocas mujeres dejaban solos a sus hijos en la ribera oceánica, actitud que no se expresa en los hombres con la misma intención preventiva. El ahogamiento es sorpresivo, rápido y silencioso".

En el mundo, cada día, perecen por accidentes múltiples 2000 niños, la mitad de ellos se podrían evitar. Por esta misma causa, cada año, se originan decenas de millones de infantes con lesiones que en la mayoría de los casos los dejan incapacitados de por vida. En este último período, ahogados en medio acuático, mueren 175.000 niños y sobreviven tres millones. Los daños cerebrales que quedan en algunos sobrevivientes, convierten al ahogamiento no mortal en la lesión con mayor impacto sanitario y económico durante toda la vida del niño, su familia y el Estado que lo alberga. Todas las economías del mundo sufren este tipo de accidentes y soportan la correspondiente carga sanitaria/económica. Los ciudadanos que perecen ahogados forman parte del segmento más activo de la sociedad. En EE.UU., los costos por ahogamiento en aguas litorales corresponden a 273 millones de dólares al año.

En los países de ingresos medios y bajos se agrupa el 96% de los ahogamientos ocurridos en el mundo. El ahogamiento por sumersión es la tercera causa de muerte traumática no intencional en el planeta y se corresponde con el 7% del total de los fallecimientos por traumatismo. La probabilidad de sufrir este tipo de accidentes es mayor en niños varones así como en ciudadanos con fácil accesibilidad al agua. Es muy probable que estas cifras sean mucho mayores que las publicadas, pues los datos aún no gozan de homogeneidad en el registro o no poseen el suficiente rigor científico. En muchos países las cifras sobre ahogados vivos son difíciles de conseguir o de poca fiabilidad. En el mundo, los menores de cinco años son el colectivo con mayor índice de ahogamiento fatal, haciendo que el AVAD sea alto (años de vida ajustados en función de la discapacidad). China y la India registran el 43% de los ahogamientos del planeta. Los varones, a nivel mundial, duplican a las mujeres en ahogamientos, pero eso varía de país en país, por ejemplo en Brasil los hombres corresponden al 60% del total de los ahogados y en Argentina al 90%.

Factores vinculados a mayor riesgo de sufrir un ahogamiento se manifiestan en pobreza económica, minoría étnica, falta de educación superior y la cercanía de vivir en un medio rural, más aún cuando existen aguas abiertas en la zona. La Organización Mundial de la Salud, ha publicado un lineamiento de estrategias destinadas a prevenir ahogamientos: métodos de ingeniería que ayuden a eliminar el peligro,

legislar y hacer cumplir leyes que ayuden a bajar estas cifras, pedagogía dirigidas a grupos vulnerables con la intención de crear una conciencia preventiva por medio del conocimiento y priorizar la investigación científica en este campo. Al respecto, se observa que es prioritaria la obligación de publicar estadísticas con datos que identifiquen a las víctimas, ya sean fatales o sobrevivientes.

Palabras de *Tito Rafeli: ... en mi trabajo como guardavidas he rescatado a muchas personas utilizando mi destreza física. Pero tal como le sucedió a Isaac Newton cuando vio caer la manzana del árbol (Ley de Gravitación Universal); ahora me dispongo ocupar mi mente y experiencia en la prevención de ahogamientos. En las extensas horas que he observado desde mí puesto de vigilancia en distintos mares del mundo, me he percatado que los ahogamientos tienden a ser "reiterativos". Ahora, mi intención es rescatar a muchos más desde las ciencias sociales y la literatura, con base afincada en la investigación científica. Durante años, mis estudios dirigidos a aminorar este tipo de accidentes, los he costeado con mi trabajo. De la lógica se desprende que a mayores recursos, mayor desarrollo científico. El doble propósito de escribir estos textos es, difundir este conocimiento preventivo y poder recolectar fondos para seguir con esta importante investigación.* ***Este libro digital es de difusión gratuita, sólo tienen que bajarlo o solicitarlo***. *Por las razones expuestas, las personas o instituciones que quieran cooperar o establecer contacto con esta iniciativa social, lo pueden hacer dirigiéndose a los datos de acercamiento rubricados en este libro. Al respecto, los ciudadanos que quieran "Historias de Guardavidas" en formato papel pueden consultar envío. Que disfruten de la lectura y le saquen la mayor utilidad posible.*

Tito Rafeli

ÍNDICE

Prólogo……. 3

Playa solitaria…….. 8

Yolanda y el guardavidas……17

Brasil, canela y ciencia…… 24

La tablita…….. 32

Domingo súbito en Costa del Este……. 38

La sábana de Aladino…….. 52

La voltereta en Mallorca…….. 59

Una rosa roja…… 66

Sorpresa en la Habana……..... 79

Bandera roja……. 84

Saltó la verja y se lanzó a la piscina…… 97

Una historia de amor…… 103

PLAYA SOLITARIA

De lo que se trata es de brindar herramientas que ayuden al ciudadano a adquirir destrezas ante una determinada situación de riesgo

La pequeña bandera roja y negra era batida con intensidad por el viento del sudeste, que junto a su bramido, mostraba su fuerza en aquel temporal de verano. En la playa de Costa del Este sólo había una pareja de enamorados que tomaba mate resguardada en una cálida cueva ubicada al costado del puesto número uno. Pronto, uno de ellos sería arrastrado por el mar. Mientras las fuerzas de la naturaleza liberaban su energía, los guardavidas de los seis puestos que conformaban aquel balneario, se resguardaban donde podían de aquella fuerte tormenta.

Ya finalizaba el verano, pero por la peculiaridad del clima imperante, parecía un día de invierno: el cielo estaba nublado, oscuro y las nubes grises se desplazaban con ligereza. Sobre la playa, el viento levantaba arena que, con violencia, golpearía el cuerpo de las personas que se animaran a transitar en la zona. El lugar se mostraba como un desierto asolado por la ventisca, pero como era de costumbre en esa época, si paraba el viento y salía el sol -sólo en minutos- la playa se llenaría nuevamente de gente, como si nunca hubiera pasado nada. Si se produjera un rescate en ese lugar, sería un asunto serio, pues, a la izquierda del puesto número uno no había guardavidas, y a la derecha el próximo control se ubicaba a unos doscientos metros. Había bajamar, la corriente de resaca era fuerte y tendía a arrastrar mar adentro al que no hiciera pie. La aparente parsimonia de aquella playa solitaria, inducía a la distracción de cualquier común guardavida inclinándolo a que deje de observar el monótono vaivén de las olas.

En otra parte de Costa del Este, con agilidad, en horario y distraída por la floresta y los pájaros de todos los colores que le salían al paso, avanzaba por una estrecha senda la guardavidas Lina Vieites, quien, de tanto en tanto, miraba su pequeño reloj azul sujeto a su muñeca derecha. A ratos se sentía el silbido del temporal, cuyos fuertes vientos no lograban

atravesar el tupido follaje que formaban arbustos, pinos y eucaliptus. En medio de la tormenta, la naturaleza guarda lugares que nos dan refugio.

De pronto, Lina frenó su bicicleta frente al tronco de un árbol tumbado. Como detenido en el tiempo y ausente de toda expresión de *civilización*, un colibrí rojo, negro y amarillo, iba de flor en flor extrayendo néctar. Sólo un ojo adiestrado podía distinguir aquel pájaro laborioso, pues su aleteo era tan intenso, que desde lejos se veía como si fuera una mariposa aleteando por aquellas flores. Lina lo observó casi sin pestañear unos minutos largos, luego, con paso cansino, se acercó como si supiera que el colibrí no huiría.

A unos metros de él, se detuvo. El pequeño colibrí en su vuelo sostenido giró hacia ella, luego se posó en un botón semi abierto de una rosa roja aterciopelada. Los tonos fuertes y brillantes impactaron en los ojos de Lina produciendo un sentimiento de alegría serena, como esas emociones no tan eufóricas, pero sí más duraderas en la conciencia de los seres firmes en la concreción de sus actos. Sorpresivamente, un trueno hizo eco en el bosque, al instante el bello colibrí voló hacia la rama de un árbol. Entonces Lina tomó su bicicleta, miró su reloj y rápidamente se dirigió al puesto número uno pues sabía lo que podía ocurrir en esos días de tormenta. En el camino, la música del cubano Compay Segundo se escuchó en sus oídos. Luego de pedalear unos minutos llegó a su puesto. Del restaurant El Sol de Varano, que estaba frente al puesto número dos, provenía aquel ritmo lleno de alegría. La sensación era similar a la que uno percibe cuando disfruta de las variedades en el Tropicana.

Ya ubicada en el puesto número uno, sus ojos pequeños -con agudeza- observaron cómo una pareja de jóvenes se acercaba a aquel mar enfurecido. A pesar del frío el varón, despreocupado, comenzó a quitarse la ropa hasta quedar sólo en short. Fue entonces que el moño rubio de Lina giró con rapidez, como cuando un canario detecta el peligro. Después de correr unos metros por la playa mientras el frío viento despeinaba su cabello largo y negro, el novio de la joven entró al mar: la canaleta estaba profunda y no hizo más que dar unos pasos para que el agua le llegara a la cintura en aquella tarde de bajamar. Lina ya conocía el chupón que se había formado días atrás. Hasta ese momento, el asunto estaba dentro de cierta

“normalidad” en ese tipo de trabajo, pues el agua sólo la tenía en la cintura y el tipo era alto.

Los grandes asuntos no son para los hombres pequeños. El salvamento sería complicado y Lina suponía que tendría que resolverlo sola, porque a la izquierda no tenía ladero y a la derecha, producto de una errónea planificación, su próximo compañero se encontraba a unos doscientos cincuenta metros. Las olas eran altas y seriales, eso hacía difícil ver algún cuerpo en el agua desde alguna de las torres de vigilancia, pues serían las mismas olas las que dificultarían la visión. La hermosa naturaleza tiene sus encantos y tiene sus secretos, que en algunos casos, nos pueden llevar a la tumba si no los conocemos o no tomamos las debidas precauciones. Javier Bastamente, un viejo lobo de mar y Jefe de Sector, ya había alertado a sus compañeros sobre este tipo de peligros: “Presten atención a los días nublados, el guardavidas común se confía al no ver gente en la playa, pero siempre existen personas a las que les gusta bañarse cuando hay lluvia”.

El tiempo fue corto para la resolución que demandaba el caso. Bastaron sólo algunos segundos para que el joven fuera arrastrado por el mar ejecutando un último gesto desesperado con sus brazos, como si quisiera agarrarse del agua, como cuando un perro socaba la tierra con rapidez. La última reflexión de Lina fue: “¿Me enfrentaré sola a este asunto?”.

A pesar de ser verano, no hacía calor. El viento helado enfriaba los cuerpos con rapidez. Una ráfaga de arena golpeo su rostro haciendo que bajara su mirada, luego la levantó mientras ponía su brazo para cubrirse, avanzar y poder observar mejor. Ahí, definió el salvamento; lanzó sus gafas oscuras a la arena, se quitó el rompe viento, corrió unos metros, se sacó los pantalones y las zapatillas mientras tocaba su silbato. Se quedó sólo con su bañador lila. El viento frío que a ratos silbaba también torció con fuerza su moño rubio. Cuando cruzó la bandolera del torpedo sobre el torso, en el apuro, la parte rígida de ésta rozó el mamelón provocándole un agudo dolor en esa zona tan sensible. Su cuerpo delgado se contradecía con el de la víctima que casi la doblaba en peso.

Luego de haber tocado varias veces el silbato se lo sacó y, en la orilla del mar, se lo dio a la acompañante de la víctima que sollozaba con los pies metidos en el agua, mientras que con sus manos tapaba su rostro, Lina le dijo:
"¡Busca al otro guardavidas que se encuentra en el puesto de al lado!". Y señaló con el brazo extendido hacia el sur. Pero luego se percató que la acompañante no hizo lo que ella le encomendó, pues estaba aterrada y sólo contemplaba lo que ocurría. En ocasiones, las personas ante un hecho impactante se quedan inmóviles, pues una situación superior se impone a sus sentidos inhibiendo sus reflejos.

Entonces Lina, aprovechando la fuerza de la "desventaja"; entró por el mismo chupón nadando con la cabeza fuera del agua para no perder de vista al joven, pero al instante se percató que la víctima se desplazaba casi a la par de ella. Para entonces, ambos, ya estaban viajando por el chupón. Aunque ella sabía, como lo dijo un viejo sabio, que de una debilidad se puede sacar una fortaleza si uno sabe combinar con inteligencia los hechos; aprovechó la misma succión del chupón para avanzar con más rapidez pues la víctima sólo flotaba. Ella sabía nadar perfectamente, estaba entrenada, conocía la zona y sabía que la fuerza del chupón, más su nado, la harían avanzar más rápido que la víctima. Y así fue, sólo en minutos se encontró junto a él. Antes de agarrarlo, miró hacia atrás sin ver a nadie; la playa estaba desolada y gris, sólo la figura de Penélope se encontraba en la orilla, como una estatua inmóvil que contempla la cruel realidad.

"En un principio sólo pensé en ayudarlo, a él, pero luego pasó por mi mente la tristeza de ella, pues si le pasaba algo; él se iría a un largo sueño, mientras que ella se convertiría en una desgraciada y joven viuda. En una cátedra de periodismo que cursé cuando era estudiante, recuerdo que hice un reportaje a una mujer que había perdido a su marido siendo muy joven en 1978. Recuerdo que me dijo: ´Lo amaba tanto cuando la cruel injusticia me lo llevó, sólo tenía 22 años´".

-¡Tranquilo, ya estoy aquí!

Le gritó con seguridad. Lo vio ahogándose, pero muy enérgico todavía. Aún estaba en la fase en la cual las víctimas tienen mucha fuerza,

pueden aferrarse al guardavida y hundirse junto a él. Pero ella ya tenía experiencia y tomó los recaudos correspondientes no acercándose de inmediato a la víctima, se detuvo a unos tres metros y le lanzó el torpedo.

-¡Agárrate!- Le gritó.

Aquellas narraciones que cuentan que en algunos casos el guardavida golpea a la víctima en la cabeza para calmarlo, son insustentables. Hoy existen métodos modernos y científicos para dominar a aquellas personas en estado de shock. Con asombro vio que el joven, con los brazos semi extendidos, flotaba con la cara metida en el agua. A ratos sacaba su rostro por un costado para respirar. La sorpresa fue mayor para ella porque la víctima tenía el cabello largo, negro y ondeado. Cuando levantó la cabeza al escuchar: "¿Cómo te encuentras?", Sus rizos le taparon la cara presentándole una imagen como la de una careta deforme y oscura, de esas que se usan en época de carnaval. Pronto la víctima reaccionó ante la ayuda de Lina. Se agarró con fuerza al torpedo anaranjado, como cuando un niño se aferra al seno de su madre.

-¡Ya estoy aquí! ¡Aguanta! ¡Aguanta!

La víctima sabía nadar, pero la fuerza del chupón era más fuerte que su nado.

-¡Tranquilo, que vamos para afuera!- Le dijo.

Aunque eso iba a ser un asunto que estaría por verse, pues Lina tenía que remolcar a un hombre casi el doble de su peso, asustado y en contra de una fuerte corriente.

"Su cabello largo y ondeado tapaba su rostro cuando yo me quedé frente a él. Recuerdo que nos separaban unos cuarenta centímetros que estaban entre el torpedo que sostenía con mi mano derecha y su cabeza que por momentos se hundía en el agua. Su cuerpo era pesado, pues de vez en cuando pateaba el mar con torpeza y mucha fuerza en las piernas, cuestión que percibía por la altura del agua que saltaba por atrás de su cadera, no así sus brazos largos y fornidos, que parecían descansar sobre

el agua. Luego se agarró del flotador, pero no avanzábamos. Mi brazo se tensionaba cada vez que provocaba fuerza de remolque, incluso, y según la posición, a ratos se me elevaba el bíceps como cuando los hombres levantan pesas. Recuerdo que se me vino a la memoria cuando en mi niñez practicaba gimnasia artística, por la sobre fuerza que tenía que desarrollar. En momentos veía sus ojos desorbitados. Él colaboró en todo instante. Fue obedeciendo las órdenes que yo le iba dando: acuéstate en el agua y ponte horizontal. La ola es como una rueda que por arriba, la cresta, te saca, y por abajo, en la parte subacuática, te arrastra hacia adentro.

Las víctimas, en su desesperación, suelen querer avanzar hacia fuera flotando en forma vertical y no horizontal como debieran de hacerlo. A veces, cuando las corrientes son leves, pueden mantenerse en el lugar en esta primera posición; pero cuando estas fuerzas son más correntosas, como en el caso de los chupones, por lo general el agua los lleva hacia adentro.

Yo lo guiaba con cuidado porque sabía que estaba sola y no quería ponerlo más nervioso alertándolo sobre las condiciones desfavorables en que nos encontrábamos. Recuerdo que a ratos miraba hacia la playa, cuestión que me decepcionaba porque no divisaba a nadie. El batido de las olas y su altura, hacían que no pudiera ver la ribera con sus bosques y coloridas casas de verano en donde seguramente a esa hora, muchos de sus dueños estarían merendando tranquilamente, pues eran como las cinco de la tarde".

Pero Lina conocía al chupón porque varias veces había nadado ahí, e incluso ya había tenido algunos rescates en esa zona. Entonces probó con otra técnica de remolque: le colocó el torpedo en forma horizontal para que él se agarrara con fuerza, pero esta vez, con las dos manos. Del otro lado, ella jalaría con su brazo derecho. A ratos, Lina sentía el roce de sus piernas por debajo del agua cuando pateaba over. También observaba su rostro conmocionado, pues iban cara a cara. Ahí comprendió una frase que había leído en una novela de guerra "Sólo se teme a lo desconocido". Ya había nadado en ese chupón, ya había rescatado en ese declive, ya lo había observado tranquilamente en la bajamar. Pero ahora era diferente el asunto,

ya habían pasado unos veinte minutos de esfuerzo, la víctima era pesada, el chupón fuerte y el hecho de no percibir por ningún lado algún tipo de ayuda, hacía impredecible el rescate.

De pronto, como cuando uno está en una situación perdida, y de súbito, aparece una ayuda casi divina, observó algo naranja que se movía en el agua a unos treinta metros de su posición, hacia el continente. Dudó. Siguió pateando hacia fuera mientras miraba la cabeza grande y negra de la víctima, y al cielo gris, que a ratos se presentaba como si fuera a llover. Ahí se percató que habían pasado varios minutos y no había avanzado hacia la orilla, es más, se había internado aún más adentro; entonces comenzó a patear con más fuerza para contrarrestar la fuerte corriente que los metía mar adentro. En ese momento miró de reojo y vio dos colores: uno naranja y otro amarillo. Del naranja había poca duda, pero del amarillo... Era el guardavida Valentino Frías y su melena amarillenta que a toda prisa nadaba hacia ella junto a su torpedo anaranjado. El color naranja la había confundido, pues en este tipo de tormentas de verano, es frecuente ver entremedio de las nubes -en el ocaso- el color anaranjado del atardecer. La ayuda que ella requería tenía que venir de ese cuadrante, del oeste; del mismo lugar donde estaba la tierra y en donde, frecuentemente, se cobijan los enamorados en los atardeceres calurosos para susurrarse al oído bellas palabras de amor.

Junto a su compañero decidieron nadar hacia el norte, pues para allá también iba la corriente superficial, pero todo fue inútil. Simplemente avanzaron mar adentro. Siguieron pateando, pero sólo para mantenerse a flote y esperanzados en que alguien se percatara y les brindara alguna ayuda. Poco a poco ubicaron la víctima en una posición más cómoda para todos: boca arriba. El torpedo se lo pusieron en su espalda y trabándolo cada uno de un brazo, pateaban para afuera.

A ratos, Lina miraba su rostro perplejo y al cielo gris con sus nubes oscuras y cargadas de agua. Excepto por la novia que sollozaba en la orilla, nadie se había percatado de lo que estaba ocurriendo.

La Naturaleza guarda sus secretos así como los seres humanos guardamos los nuestros. La mayoría de los chupones tienen una entrada y

una salida. En la generalidad de los casos esa salida no es visible al ojo no adiestrado en esos menesteres, y se puede ubicar en cualquier parte del perímetro que circunda al chupón. Por lo general la salida no se encuentra hacia la playa, sino a los costados, o atrás. En este caso y después de más de treinta minutos, la misma dinámica de las fuerzas del chupón los derivó hacia noroeste, o sea, oblicuos hacia la playa.

En el centro de ésta, a unos quinientos metros y refugiados en una cabaña de madera que años atrás había construido el Municipio para información turística, tres guardavidas se guarecían de los fuertes y fríos vientos que empujaba la tormenta. Por esas cosas de la casualidad, un vendedor de churros llamado Agapito Lensina, se había percatado del accidente y avisó a los nadadores de lo que ocurría a medio kilómetro de allí. Entonces, éstos corrieron, se lanzaron al mar y ayudaron a remolcar a la víctima en el tramo final.

En un momento Lina tocó la arena con su delgado pie, luego se posicionó con los dos y miró a los ojos de la víctima, el joven estaba consciente, pero blanco como la harina. Ella le preguntó su nombre y cómo se encontraba, él asistió con la cabeza que estaba bien, se tambaleo en los primeros pasos sobre la arena, luego levantó la cabeza y miró al cielo.

-¡Gracias, Dios mío!

Al instante se sintió chapotear el agua, era su novia. La dulce Penélope corrió hacia él colgándose de su cuello. Lo besó en la boca humedeciendo su rostro con sus lágrimas. Entonces le dijo a Lina:

-Nunca pensé que una chica menudita como tú lo pudiera salvar.

Y después de contemplar sus ojos serenos color miel, observó a la altura del codo el delgado y mutilado brazo izquierdo de Lina Vieites. El sol anaranjado del crespúsculo iluminó aquel cuadro solitario y nostálgico. Lina corrió a su puesto en busca de calor. Estaba agotada y con frío. Su moño se había desatado y sus cabellos rubios ondeaban al viento. Su cuerpo cubierto por su bañador lila, se desplazó con agilidad por aquella playa solitaria mientras algunas gaviotas graznaban a lo lejos. Cuando

corría hacia su puesto, observó a la pareja -apoyados uno al otro- avanzando torcidos por el viento en busca de mayor refugio.

Tito Rafeli

YOLANDA Y EL GUARDAVIDAS

A ver si Mnemosina, diosa de la memoria y esposa de Júpiter en la mitología griega, me ayuda a recordar cómo se ahogó el surfista del traje verde-flúor:

"Un domingo, hace unos años, el tercer día de una serie de varios de mal tiempo, el viento del temporal rompía las ramas de los árboles y recuerdo que caía una lluvia suave y fría, que además de mojarnos, dificultaba la visual de los objetos de tonos grises. La poca gente que había en la playa de Mar de Ajó se refugiaba tras las carpas y en los restoranes que se ubicaban frente a la costa. Con un ramillete de globos de colores rojo, amarillo y verde en una mano y su bicicleta empujada con la otra, un vendedor caminaba encorvado en contra de aquel gran viento dejando marcadas sus huellas sobre aquella playa solitaria. Eran las 19.15. Ya hacía 14 minutos que había terminado mi turno y me encontraba en el bar El Pide tomando un café; entonces, aproveché el momento para preguntarle a Alfredo Román, su dueño, por la habitación que tenía en el fondo pues necesitaba un cuarto para vivir.

En el lugar había poca gente, era un establecimiento simple, pero el aroma a café junto a las horas que yo había pasado al frío en mi trabajo de guardavidas, lo hacían sinceramente acogedor.

Mientras saboreaba el café, observé por la ventana empañada en vapor, cómo el viento zarandeaba al mar. Yo me había puesto campera, pantalón y zapatillas, y por suerte, aún no me había sacado mi silbato azul.

El cielo se había oscurecido como en invierno. Los grises de las nubes se distinguían poco entre sí. Desde la ventana observé una gaviota que luchaba, sola, tenazmente contra esos vientos de temporal que hacían su vuelo totalmente irregular; era como cuando, solo, un hombre valiente se enfrenta a un ejército.

Por el ángulo que miraba, en el vértice del techo comenzaban a desprenderse dos tejas, entonces saqué de mi bolso la Tabla Beaufort, miré sus datos y luego la guardé.

En el mar, las olas eran moderadamente altas y largas; y los bordes de las crestas, al romper, formaban remolinos. La espuma se arrastraba en la dirección de ese viento sur en hileras que parecían las costillas de un mitológico y gran caballo blanco. Ahí, me asomé a la ventana para escuchar al viento que a ratos bramaba.

Ya me había tomado el café y me disponía a levantar mi rosca salvavidas para retirarme a casa cuando, súbitamente, apareció una joven rubia de unos veinte años que me preguntó poniendo su mano en mi hombro "¿tú eres el guardavidas?" "Sí", le respondí mientras observaba cómo sus labios se movían en forma descoordinada. Cuando hablaba, sólo el labio inferior tiritaba.

— ¡Allá hay un joven que parece que no puede salir del mar, y parece que se está ahogando! ¡Es en la otra playa, la de al lado! ¡Busqué al guardavidas, pero creo que ya se retiró! No sé…, por el color del traje, parece que fuera mi primo.

— ¿Dónde, se ve desde aquí?

— ¡Desde la otra ventana, creo que sí!

— ¡Muéstrame! —le dije.

— ¡Allá! —apuntó hacia el sureste unos quinientos metros mar adentro.

De mi bolso saqué las largas vistas que estaban junto a mi puñal, y al observar el mar, vi algo de color verde-flúor.

— ¿Es ése que está allá? —le pregunté.

— ¡Sí, es ése!, el surfista de traje verde-flúor.

— ¿Estás segura que está en problemas?

— ¡No lo sé! ¡No estoy segura! —me respondió nerviosa.

Entonces abrí la ventana, apoye el larga vista en el marco y observé con detención cerca de un minuto "si llegó hasta allí, es porque sabe surfear, además estos jóvenes tienen dominio en el mar, *se divierten en estos días"* pensé. Pero, su brazo en alto desplomó mi tesis y ese gesto único que sólo saben demostrar las víctimas, me hizo desprenderme de toda mi ropa, agarrar la rosca salvavidas y correr hacia la playa; en el camino creo que grite: "avisen a la Prefectura o a algún otro guardavidas"; pues la situación era irregular y desfavorable para ambos. A esa hora, ya no había guardavidas en la playa, porque a las 19 había terminado el horario de playa y me iba a ser muy difícil entrar al mar porque la influencia del temporal en las aguas, hacía casi imposible nadar. Además, también se le iba a hacer difícil a Prefectura Naval navegar hasta allí con sus livianas embarcaciones.

Llegué a la playa que estaba vacía. Decidí correr unos 300 metros hacia el sur, al desplazarme los primeros 100 o 150 metros me encontré perpendicularmente a la víctima, de la que de vez en cuando veía su traje verde-fluor. Seguí corriendo por la orilla del mar con la rosca en mis manos. En ese momento, cuando me crucé la bandolera del salvavidas en el torso, noté que tenía colgado mi silbato azul.

Cuando llegué al punto que creí conveniente, me detuve un par de segundos y miré hacia atrás y hacia los costados, y me asusté: no había gente en la playa y los que posiblemente estaban en los bares y carpas, no se habían percatado de lo que estaba sucediendo.

Como el viento era sur, calculé que si entraba en forma perpendicular, la derivación (por la influencia que el viento ejerce sobre las olas) me haría llegar justo a la víctima, o un poco antes; cualquiera de las dos opciones me servían: con la primera ¡ya! lo agarraría, con la segunda, se me haría fácil nadar hacia él porque la fuerza del viento, sumada a mi nado, me harían ir más rápido que él. ¡Cálculos, conjeturas...!, como las que uno hace cuando comienza una gran empresa.

Di los primeros saltos con la rosca en mi brazo derecho, el viento era muy frío y al contacto con el agua, comenzó a ponerme la *piel de gallina*, pasé la primera canaleta y, cuando el agua me llegó a la cintura sentí dolor en mis tetillas, miré de reojo: la bandolera me había rozado varias veces, de tal forma que el sector estaba rojizo.

Con el agua a la cintura, lancé mi rosca por encima de la ola mientras me zambullía por debajo de ésta. Con esta técnica se avanza más rápido (lo había visto hacer tantas veces al experimentado Koco Pailahueque). Cuando asomé la cabeza para respirar, ¡no!, antes, cuando estaba bajo el agua, sentí que algo me tiraba hacia arriba con mucha fuerza. Al instante emergí y mire a mi alrededor, primero hacía el sur, luego, cuando comenzaba a girar mi cabeza hacia el norte, sentí otro tirón que me arrastraba hacía este cuadrante: era la rosca salvavidas anaranjada que se mantenía a flote con pujanza y que se desplazaba con toda la fuerza que el viento ejercía sobre ésta; que en ese momento, era mi única y fiel compañera.

Mientras me elevaba, miré a unos trescientos metros mar adentro, y, cuando bajaba de la cresta de la ola, vi algo color verde-flúor.

Acorté el tiro y tomé nuevamente la rosca con mi brazo derecho, entonces me percaté que, producto de la intensidad eólica, se había formado una corriente sur-norte que hacía imposible caminar, menos correr sobre la canaleta. Mire hacia atrás nuevamente y no vi a nadie, entonces reflexione unos segundos “Cuesta mucho entrar, y si lo lograra, ¿qué haré cuando esté adentro?, y... ¿cuándo quiera salir?”. Las tres preguntas me las respondí de inmediato con una palabra utilizada en la jerga de los guardavidas: entrar. Me sentía disminuido ante este gigante acuoso que de la cintura para arriba manda él.

Aunque estaba fuera de mi horario de trabajo, razón que me “habilitaba” legalmente para excusarme en este asunto, recordé el rostro atemorizado de la joven que me había alertado minutos antes, y que ese joven necesitaba mi ayuda.

Con fuerza, avancé lentamente; pero cada vez que venía una ola, todo comenzaba de nuevo, hasta que en un momento no hice más pie en la arena, entonces, como una pluma impulsada por un soplido, me hice a la mar. A la deriva, ya no tenía control sobre mi nado. Miré hacia adentro y venían muchas olas grandes que dificultaban mi avance. En ese momento hice un ademán para sacarme la bandolera y soltar la rosca porque me tiraba demasiado hacia atrás, pero reflexioné un instante "Rambo, es una creación cinematográfica, esta es la realidad y el elemento de flotación es mi única ayuda", y me dispuse a nadar crol hacia adentro, en forma recta hacia el punto verde-flúor que se vislumbraba de tanto en tanto en aquel atardecer solitario y borrascoso.

Avancé unos metros y cuando venía la ola me zambullía, hacía dos o tres brazadas de pecho y luego seguía nadando crol. Las olas eran altas y la espuma amarillenta. Cada vez que sacaba el brazo para nadar crol sentía el viento frío que nos tenía en esta situación, y que incluso empujaba mi brazo.

En un momento sentí náuseas, me detuve y miré a mí alrededor: las olas eran altas y largas; entonces razoné como me había enseñado un viejo *lobo de mar,* Koco Pailahueque: debía buscar las corrientes y aprovechar su desplazamiento. Las náuseas eran producto de la agitación de las aguas, eso me provocaba mareos y decidí relajarme y orientar mi nado hacia mi objetivo. Cuando venía una ola, una vez que soslayaba la cresta, desde esa gran altura me desplazaba oblicuo hacia adentro (en dirección este-nordeste).

En uno de esos desplazamientos, miré hacia la playa buscando orientación en el continente. Un edificio amarillo me avisó que estaba cerca de mi objetivo, el que hacía un rato no divisaba. Esperé una ola grande y cuando pasó, di una fuerte patada de over, me tomé del flotador y observé que el color verde-flúor estaba en el mismo lugar y junto a otro color anaranjado. Ya estaba a unos cincuenta metros de mi objetivo.

En la inmensidad del mar y la soledad en que me encontraba, pasaron muchas cosas por mi mente como una hilera de negativos, cuyos fotogramas ilustraban los episodios más importantes de mi vida.

Principalmente, reflexioné en la poca valoración que le damos a nuestra corta existencia y sus acciones. Tanto tiempo perdido en empresas que nos prometen felicidad, pero que al pasar el tiempo -aunque en el mejor de los casos- hayamos obtenido los capitales que "nos asegurarían" esa felicidad, nos damos cuenta que las horas y el tiempo, irreversiblemente, han pasado y que sólo nos queda el sabor de la dulce y cristalina miel que hemos saboreado. Miré hacia arriba y vi las nubes que se movían como agrupándose para seguir tapando al sol, ahí recordé que nunca se había detenido la suave lluvia porque cayeron gotas de agua dulce en mi boca. Por momentos me pareció sentir el aspa de un helicóptero militar.

Así avancé hasta llegar a mi objetivo que estaba frente al edificio amarillo. Con el brazo derecho me agarré de mi rosca salvavidas y con el otro hacía brazada de over. Había pasado tal vez una hora -no recuerdo con exactitud el tiempo- pero aún no localizaba el color verde-flúor.

Yo miraba el edificio amarillo impulsándome en la rosca salvavidas, porque ésta me sacaba con mayor rapidez a la superficie, después que me caían encima miles de litros de agua salada. En un momento, entre el edificio amarillo y yo, se apareció el color naranja. Yo sospechaba algo de lo que podía haber pasado, entonces me acerque con mucho cuidado (ni siquiera llevaba mi puñal).

El color anaranjado se veía cada vez que la ola pasaba. Era una bolla de color naranja que alguien había puesto ahí como señalador. Cuando me acerqué a unos tres metros, vi algo verde-flúor que flotaba unos treinta centímetros más abajo que ésta y que se traslucía por el espejo del agua. Pensé en sacarme la bandolera que me unía a la rosca, por el peligro de enredarme con la bolla, pero ¡no!, la rosca era mi único pasaje para salir de ahí, y si la perdía...

Me sumergí unos centímetros siguiendo la cuerda blanca que sostenía la bolla, y en el camino me encontré con un brazo cubierto por una tela verde-flúor. Salí a flote asustado, ahí sentí el viento que silbaba en mi oído y un trueno que hizo eco en la concavidad que las olas habían formado. Después que cayeron unos cuantos miles de litros sobre mí, tomé aire, valor y me zambullí nuevamente un metro más o menos. Entonces

encontré el rostro de un joven con la boca y los ojos semi abiertos ululando apacible debajo de aquel temporal. Nadé más abajo toqueteando su cuerpo envuelto en un traje de surfista verde-flúor con rayas negras. Su pierna estaba agarrada a la piola que lo unía a la tabla y ésta a la soga de la bolla. Se había enredado en la bolla, y con el remolino que formaba el temporal, fue girando y enrollándose de tal forma que se acortó la distancia hacia la superficie hasta ahogarse. No pude llegar antes por las difíciles condiciones en que estaba el mar, luego me contaron que otros dos guardavidas me siguieron, pero no lograron cruzar las primeras canaletas.

Cuando salí a la superficie nuevamente no sabía qué hacer, pues no había llevado un cuchillo y corría el riesgo de enredarme con la víctima, pero me zambullí una vez más, llegué hasta sus piernas y tire de la soga, pero fue imposible, no logré moverlo un centímetro. Abajo estaba oscuro y desolado, como cuando se apaga la luz en el fondo de una mina. Salí a flote y dejé que la rosca se alejara de mí impulsada por el viento norte, yo me agarré de la bolla y a ratos trataba de soltar al joven. Así estuve unos cuarenta minutos, en los cuales cada vez me ponía más nervioso porque estaba comenzando a oscurecer, entonces todo se complicaría aún más.

Cuando estaba por emprender el viaje hacia fuera (solo), comencé a escuchar algo así como un motor, luego sentí olor a combustible, entonces divisé una luz que se aproximaba hacia mí: era una lancha de la Prefectura Naval Argentina, le hice una señal con mi salvavidas anaranjado y soplé con fuerza mi silbato azul, me escucharon y se acercaron. Todo era muy complicado porque la embarcación se movía demasiado zarandeada por el fuerte oleaje, y ya había poca luz. Como pudieron, agarraron mi salvavidas y le ataron un puñal, lo tomé, me sumergí, corté la cuerda y salí junto al cuerpo que flotaba con facilidad ayudado por el traje de surfista que tenía adherido a su flexible cuerpo. Como pudimos lo subimos a la embarcación, luego subí yo, que estaba exhausto y completamente rendido. Ese fue un atardecer lleno de esfuerzo y tristeza. Era un muchacho tan joven”.

Cada año en el mundo, 500 mil personas pierden la vida por ahogamiento en medio acuático, por accidentes laborales 600 mil.

Tito Rafeli

BRASIL, CIENCIA Y CANELA

Cuando desperté en aquella madrugada, alertado por el jazz de Antônio Carlos Jobim, "Desafinado"; miré por la ventana y me quedé en silencio contemplando la bella naturaleza que se me iba presentando en la medida que el bus descendía por aquellos montes cargados de mangos, cuyo color amarillento resplandecía iluminado por la luz de la aurora. Parecía como si algún pintor talentoso hubiera agrupado la floresta con la intención de crear su gran obra. Al llegar a mi destino final, el trasporte se ubicó en una amplia bahía en donde corría un lago que, con suavidad, desembocaba en aquel inmenso y calmado mar que me iba a sorprender.

Luego de ubicarme en un pequeño departamento frente a aquella bahía, abrí las ventanas, respiré hondo, me coloqué unos bermudas y me dispuse a bajar las largas y sinuosas escaleras que descendían desde mi hospedaje.

Lo primero que hice fue observar cómo los pescadores arrimaban sus embarcaciones a aquel colorido y pequeño puerto. Luego me dirigí a la playa más cercana y me ubiqué cerca de unas rocas. Clavé mi parasol, extendí una esterilla y puse una almohada inflable en mi nuca; así podía ver aquel paisaje que se exponía ante mí.

Miré a mí alrededor y no observé nada que representara algún peligro, además no llevaba objetos de valor encima; de tal manera que me fui a dar un chapuzón en esas tibias aguas. Nadé unos doscientos metros y luego volví sin detectar ningún suceso anormal. No había vientos, tampoco nubes que presagiaran alguna tormenta eléctrica que pudiera descargar sus peligrosos rayos. Tampoco observé corrientes marinas que pudieran alterar mi nado. En fin, todo estaba dispuesto como para disfrutar sin sorpresas desagradables mis merecidas vacaciones.

Salí del mar y me senté bajo mi sombrilla. Frente a mí, había un pintoresco puesto de refrigerios que observé durante un rato. Luego me dirigí hacia él y pedí un jugo de coco. Los empleados se miraron entre sí y

guardaron silencio. De inmediato me di cuenta que debía hablar en portugués: “Dá-me um suco de coco”, le dije. “Em seguida o Sr.” Me respondió el despachante que lucía una camisa blanca salpicada de flores azules.

Volví a mi sombrilla a refugiarme del intenso sol. Me senté y comencé a disfrutar de la belleza que circundaba mi entorno en aquella bahía rodeada de verdes montes. Luego de un instante, me percaté que desde el puesto de jugos me prestaba atención una joven morena cubierta por prendas de difícil visualización. Su cabellera era peculiar y estaba llena de largos rizos que parecían resortes de moras que se mecían al son de sus movimientos. Para no caer en hipocresía, reconozco que lo que me llamó la atención en primera instancia, fue su cuerpo dorado y curvilíneo que reflejaba los rayos del sol que parecían tornasolar su figura. A contraluz, parecía un grato espectro, cálido y traslúcido, que se representaba ante mis ojos que se abrieron como una margarita alumbrada por los primeros rayos de la alborada.

Aunque hoy reflexiono que lo que más me cautivó de aquella entonces anónima mujer no fue su bella figura, sino su atractiva sonrisa. La diferencia entre lo atractivo y lo bello es que el primero perdura: como los clásicos literarios, como la buena música; como las buenas películas. Aquella amplia mueca facial dotada de alegría e imperceptible carga de cinismo atrajo profundamente mis sentidos. Tal como lo hacía en mi adolescencia, en forma instintiva, le hice un guiño con mis ya entornados ojos. Ella me respondió de inmediato. Como un reflejo de espejo asintiendo con la cabeza.

Como no sabía qué hacer de visita en una sociedad diferente a la que me había criado, actué con la cautela que debí haber procedido cuando casi me ahogué a unos metros de allí. Con un gesto con mi suco en la mano, la invite a tomar un jugo; inmediatamente aceptó y me dirigí hacia ella que estaba en la misma dirección del puesto de refrigerios. Me presenté: José Quezada, ella me respondió Brisa do Santos y nos fuimos a la barra. Pedimos dos jugos y volvimos a mi sombrilla en donde charlamos gratamente de todo un poco y quedamos para esa noche cenar en un pequeño, discreto y acogedor restaurant que estaba en el recodo de un

monte que se veía desde mi habitación. Nos despedimos en acuerdo para comer camarones con queso derretido y vino blanco, plato muy atractivo para mí, y que en mi infancia, solía degustar en las playas de mi extrañado Chile.

Me distendí un rato recostándome sobre la esterilla y contemplando el cielo que parecía caerme encima. Entonces decidí darme un baño y me acerqué a las cristalinas aguas, camine unos pasos por la arena y me ubiqué en la salida de un río de unos sesenta metros que desembocaba en esa playa.

La imagen era de acuarela. De un costado del río estaba yo, parado sobre unas rocas que demarcaban; de enfrente, un monte cargado de follaje multicolor que caía sobre las espejadas aguas, en cuya superficie, flotaban flores amarillas y rojas mientras los peces de colores nadaban entremedio de ellas.

Tal expresión de la naturaleza, prácticamente, inhibió mi percepción del riesgo que pudiera haber en la zona, de tal manera que decidí lanzarme a aquella profundidad. Me hice al agua dulce-salada, nadé unos diez metros y me detuve a contemplar aquel paisaje cautivador. Flotando, miré hacia abajo y vi cientos de peces de colores que paseaban entre mis piernas, me zambullí y nadé con ellos un rato sin observar ningún tipo de peligro. Así me mantuve unos quince minutos hasta que decidí probar algo más…

Observé que del otro lado del río había gente y dirigí el rumbo hacia aquella zona. Nadé pecho hasta la mitad sin darme cuenta de nada extraño que pudiera perturbar mi avance. Pero de pronto, algo raro comenzó a suceder: no podía avanzar. Miré a la redonda y me percaté que me había alejado unos cuarenta metros de las rocas. Entonces comencé a ponerme nervioso al ver que mi nado no me podía llevar hacia donde lo orientaba mi voluntad y que nadie me prestaba atención. Estaba sólo en medio de aquella desembocadura.

Me puse vertical, comencé a flotar y a mirar a mi alrededor; ahí comprendí lo que sucedía: en la desembocadura del aquel bello río, se formaba una corriente de succión que me llevaba mar adentro orillando la

otra parte del río o sea, la que estaba llena de bellas flores esparcidas sobre las aguas.

Al quedarme quieto, miré cómo esa corriente movía las flores mar adentro, se veía como si un viento calmo soplara sobre las aparentes mansas aguas. Prácticamente no había olas. Mi corazón comenzó a palpitar más rápido y mi respiración se hizo más frecuente y corta. Traté de retornar a nado hacia mi punto de partida, pero no pude; peor aún, la corriente comenzó a desplazarme mar adentro siguiendo la tendencia de las flores.

Luego de nadar un par de minutos contra la corriente, mis músculos comenzaron a cansarse y empecé a hundirme. Ahí, busqué calmarme y conseguí ver una lancha con pescadores que pasó a unos veinte metros de mí posición. Iba a toda velocidad. Le hice una señal con mi mano y desde ella me indicaron hacia donde había unos buceadores con snooker a unos treinta metros mar adentro e inclinados hacia la otra orilla.

Desde que mis sentidos asimilaron esa información, mi cuerpo comenzó a normalizar la respiración, aunque mi corazón seguía palpitando en forma acelerada. Miré a los buceadores y dirigí mi rumbo hacia ellos, pero nada; la corriente me seguía succionando por el medio del río. Entonces me detuve unos segundos a pensar: ¿por qué desde la lancha me apuntaron hacia los buceadores con tanta seguridad?

Me dejé llevar unos segundos y mi cuerpo se deslizó mar adentro unos diez metros y luego se detuvo. Al ver que me quedé “estable”, o sin avanzar a ningún lugar; comencé a nadar hacia los buceares y a los pocos segundos vi que avanzaba lentamente hacia ellos. Luego me desplacé más rápido y con menos esfuerzo, eso hizo que mis sentidos se ordenaran, mi taquicardia disminuyera, mi respiración se estabilizara y mi cuerpo flotara con mayor normalidad.

Poco a poco me fui acercando hacia los buceadores que se sumergían y emergían con gracia y en forma tranquila. Seguí nadando hasta que me aproximé a ellos y a unos cinco metros les grité “¡Las aguas están tranquilas por aquí!” Me miraron y no contestaron, ahí me di cuenta que no me habían entendido y repetí lo mismo pero en portugués; entonces me

respondieron “Sí, sí”. ¡Qué importante es hablar portugués y español en Latinoamérica! Sonreí, miré hacia las rocas que estaban a unos quince metros y nadé hacia ellas. Lo curioso es que esta vez avancé muy rápido, casi sin proporcionar fuerza a mis brazos.

Entonces me di cuenta de lo que había sucedido: la corriente que me había succionado, más adelante, hacía un giro y me sacaba a la orilla donde estaban todos los turistas, la de las rocas. Llegué al borde deseado, me zambullí en aquellas transparentes aguas y observé los peces de colores que me escoltaban. Sus tonos reflejaban los destellos del sol que se translucían por entremedio de las verdes aguas. Me agarré de una roca, trepé, me senté en ella y di gracias a la Fortuna por haberme librado de aquel peligro vital. Miré el sol que comenzaba a declinar acercándose a la línea del horizonte. Mi mente se calmó y mis ojos contemplaron la apacible naturaleza que me rodeaba; entonces recordé que a las 21 horas tenía una cita con Brisa do Santos y que debía planchar una camisa. Me puse de pie, miré al este y vi la larga y curvilínea escalera que se dirigía a mi residencia.

A las 20.45 observé desde mi ventana el pequeño restaurant para ver si había llegado Brisa do Santos. No la vi y me dispuse a bajar las escaleras. Llegué al restaurant a las 20.57 con intención de sentarme en la mesa que había reservado frente al mar. El lugar era circunspecto, acogedor, perfumado y limpio. No era un sitio caro, pero sí distinguido. Tenía una terraza cubierta con paja amarilla y para sentarse, mobiliario de ceregeira lustrado y ubicado frente a la bahía. El perfume de la noble madera me hizo sentir cómodo. Adentro, era pequeño con bellos muebles de tablas veteadas. El piso era de color amarillo y de tanto en tanto, se presentaban maceteros con plantas tropicales, cuyo follaje verde oscuro estaba en armonía con las flores amarillas que pendían de sus ramas. Detrás de la barra, cubierta por botellas de licor de diferentes colores y altura, había un espejo por el cual uno podía observar los ventanales y la puerta que daba a la bahía.

Gilberto Souza, su dueño, me salió al paso en forma cordial cuando pisé la puerta, me saludó y me indicó la mesa que había reservado al lado de una amplia ventana desde donde se veía el resplandor de la luna sobre el vaivén de las sosegadas aguas, así como los faroles de las embarcaciones

que se mecían sobre toda la bahía. Me senté y miré mi reloj, cuando levanté la cabeza, la vi parada en el portal. Al verme, sonrió y caminó hacia mí con paso firme y agraciado. Me puse de pie y la saludé con un beso en la mejilla, luego ella me besó en la otra. Brisa do Santos era una chica que irradiaba confianza. Hablaba poco, con dulzura y uno se podía hundir en sus profundos y detenidos ojos del color de la canela. Lo peculiar de su personalidad, era su abundante cabellera negra y rizada sujeta con un cintillo amarillo que hacía juego con sus aros y collar del mismo tono. Los labios los tenía pintados de rojo bermellón. Su vestuario comprendía tres prendas: un vestido holgado y corto atado a la cintura y decorado con flores amarillas con fondo azul, un bolso pequeño de cuero café que atravesaba su torso con un fino cordón crema y unas sandalias de cuero marrón prolijamente lustradas. La sencillez de aquella mujer iba a contrarrestar con la contundencia del conocimiento que me iba a brindar sobre el accidente que había vivido horas atrás.

Brisa do Santos era una antropóloga que investigaba el ahogamiento en medio acuático en la República Federativa de Brasil. Debo reconocer que nunca me iba a imaginar que era una científica cuando la conocí dorada al sol, llena de curvas y cubierta con aquellas diminutas prendas. “Cada país tiene sus costumbres, Licenciado Quezada. En riesgo, de lo que se trata es de saber anticipar por dónde se cortará la cuerda”, me dijo cuando le comenté esta reflexión mirándola profundamente a sus ojos. “Nuestros antepasados precolombinos, durante miles de años anduvieron desnudos sin expresar ningún tipo de morbosidad ante la naturaleza de sus cuerpos. El pudor, el pecado y la vergüenza la trajeron los conquistadores”. Me dijo, modulando amplio, lento y bien pronunciado.

Con mis ojos sin pestañear, escuché con atención un avance de sus investigaciones. Movía mi boca sólo para masticar lentamente -y aunque me desempeñaba como periodista- casi no hice preguntas pues era un neófito en el tema. En la medida en que Brisa do Santos iba exponiendo sus ideas en forma ordenada, mi cerebro las iba absorbiendo como una esponja. La fuerza de su argumento, paulatinamente, iba desalojando las ideas formadas sin ningún tipo de base científica que yo tenía sobre el ahogamiento. Como una idea más fuerte se impone ante una más débil, ahora, poco a poco, mi cerebro analizaba desde otra perspectiva el

accidente hídrico que había tenido horas atrás. A ratos, Brisa leía algunos pasajes de un recorte de diario que extrajo de su bolso.

Luego de escucharla atentamente, mi mente se sorprendió en un primer momento, pues en pocos países he visto publicar estos datos; pero luego me dio tranquilidad: porque donde habita el conocimiento, poco espacio queda para la perniciosa incertidumbre; en riesgo, es mejor el conocimiento que la ignorancia, la fanfarronería o la soberbia; porque está en juego la supervivencia de uno mismo y de la especia humana. En mi condición de turista y al oír tantas palabras sobre catástrofes, riesgo y siniestros; mis ojos se abrieron mientras mis sentidos iban procesando la información que Brisa do Santos me brindaba en forma clara y pausada. No se percibía en ella intención sensacionalista, morbosa o sentimentalista como lo hacen algunos telediarios cuando tratan temas catastróficos, desviando de esta manera la atención de aspectos fundamentales del hecho que podrían ayudar a que el ciudadano adquiera destrezas que le permitan evitar accidentes similares; todo lo contrario, su lenguaje era calmado y expresaba estudios sociales, estadísticas y cifras manteniendo serenidad sobre el tema.

“En principio, debemos considerar que el ahogamiento es de origen previsible. En el mundo, cada año, perecen ahogados en medio acuático 500 mil personas. Esta cantidad es relativa y se presume que son muchos más; ya sea porque los datos son mal registrados, se ocultan, tienen poco rigor científico o en muchos casos se carece de ellos. Además, dentro de otras deficiencias administrativas, no se toma en cuenta a los desaparecidos en medio acuático. También se debe considerar que por cada muerte por ahogamiento en medio hídrico -según las variables de cada país- se pueden producir decenas de lisiados.

En la República Federativa de Brasil, sexta economía del mundo con una población de 200 millones de habitantes; se ahogan en medio hídrico, siete mil personas cada año, cifras que han ido en descenso en estas últimas tres décadas. El 80% de estos ahogamientos corresponden a hombres jóvenes con grandes expectativas de vida. El ahogamiento es la segunda causa de muerte infantil en Brasil, Argentina y EE.UU. De éstas, el 87% se producen por causas no intencionales, el 2,2% por causas intencionales

como homicidio y suicidio y el 11% por causas no determinadas. El 47% perecen en aguas naturales como ríos, canales, lagos y playas. Los ahogamientos en piscinas corresponden al 2%. El Dr. David Szpilma publicó una ejemplar tabla sobre ahogamientos en Brasil en la cual se observa si estas cifras aumentan, se mantienen o disminuyen período tras período. Este tipo de publicaciones conlleva información fundamental para crear conciencia en la población y exhorta a las autoridades a reducir estas cifras, tanto por cuestiones humanitarias (la pérdida por ahogamiento es un accidente inesperado que provoca una situación caótica dentro de la familia), electorales (pues el riesgo es una gestión política como lo manifiesta Ulrich Beck), porque afecta a la población económicamente activa o por ahorro de un abultado presupuesto estatal destinado a estas víctimas. Estos datos fueron registrados por del Ministerio de Salud de la República Federativa de Brasil. Según Szpilman, las personas se ahogan porque desconocen un peligro inminente, tesis que concuerda con la academia científica internacional que manifiesta: que no se estudian las causas de este tipo de accidentes y que los ciudadanos se ahogan porque perciben este riesgo en forma errada".

Los contundencia de su discursiva caló profundamente en mi conciencia, así como su personad simple y relajada que hacía que en mi mente reinara la calma, y que en mi vientre, gobernara el bienestar. Luego de cenar a la luz de los faroles amarillos de la bahía, nos retiramos del restaurant y comenzamos a subir las escaleras tomados de la mano. Ella me miraba como queriendo adivinar qué estaba pensando; yo también la miraba, pero como para saber qué estaba sintiendo. La noche era estrellada y los astros azules y luminosos, caían sobre la bahía que mecía sus faroles al compás de las olas. Así, nos perdimos en aquella oscuridad sinuosa, romántica y cómplice.

Tito Rafeli

LA TABLITA

Se trata de brindar herramientas que ayuden al ciudadano a adquirir destrezas ante una situación de riesgo

Ése día estaba indispuesta pero no sufría ningún tipo de jaquecas, sólo sentía una pequeña puntada en el estómago. Malestar que para mí ya era habitual en esos períodos.

Eran las 15.30 y me encontraba sola en mi mangrullo meciendo las piernas aburrida de la monotonía -aunque el recuerdo de un salvamento múltiple que había tenido esa mañana- hacía incorporar mis sentidos con persistencia en el mar. De tanto en tanto, hacía una observación minuciosa sobre las serenas aguas, de izquierda a derecha y luego volvía al punto inicial.

Esa tarde de enero hacía mucho calor. El día estaba despejado, sin viento y luminoso. El sol picaba la piel de mi espalda. Vestía sólo una malla azul de una pieza y recuerdo que tarareaba “I’m yuar” de los Beatles.

Frente a mi puesto solo estaban dos mujeres y una niña que jugaban con una tabla de tergopol blanca. Estaban ubicados a unos cincuenta metros de mi torre, balanceándose distraídos sobre aquel flotador. Se expresaban alegres y relajados, como cuando la Distracción se apodera de los sentidos afianzando sentimientos de confianza. No como cuando uno tiene miedo, entonces éste se apodera de los sentidos inhibiendo nuestro instinto de supervivencia.

El día era soleado y agradablemente templado, pero yo estaba un poco inquieta porque me encontraba en el puesto número uno, el cual no tenía ladero a mi izquierda. En el puesto dos estaban los guardavidas, Victoria González y José Carlos Leanza. En mi descubierta izquierda tampoco tenía ningún letrero de esos que ponen en algunos países PROHIBIDO BAÑARSE. Tantas veces había hablado con mis compañeros sobre la necesidad de colocar este tipo de mensajes con el fin de que la gente no se bañe en zonas peligrosas: lugares en los que por lo general las víctimas se ahogan sin recibir ningún tipo de ayuda. Es por eso que se

recomienda bañarse en zonas habilitadas para tal efecto y debidamente señaladas. Es curioso, pero estos pequeños detalles son las grandes ayudas para el desvalido cuando pide auxilio en su mortal soledad en un mundo en el cual mueren ahogadas 500 mil personas cada año. Esta falta de información deja a las víctimas a merced de los caprichos de las aguas, que por momentos son calmas como las de una fuente y en otros peligrosas como una tempestad. Aunque muchas veces se conjugan estas dos características y el asunto se vuelve más peligroso.

Fue entonces que mi monotonía fue interrumpida por miles, millones de libélulas de colores fuertes: verde, naranja, marrón y amarillos de diferentes tonalidades y brillos. Estaban unidas por sus colas. Así se adherían a mi mástil de caña. Actuaban como si yo no las hubiera estado observando a solo veinte centímetros de mis ojos, como si yo no existiera. Aunque para mí, era la expresión de la naturaleza que durante miles de años nos ha mostrado el camino de la felicidad y nosotros, estúpidamente en un acto de arrogancia e ignorancia, le damos la espalda con la *esperanza* de querer disfrutar del supuesto aroma a cerezas que dicen existe en el planeta Júpiter.

En fin, la distracción sólo duró minutos, la realidad, con sus tiempos, me situó en mi trabajo de nuevo. Pero, imprevistamente, surgió una exclamación:

-¡Me ahogo, me ahogo...!

Gritó la niña que estaba frente a mí. No había nadie más en el mar, sólo ellas tres flotaban sobre la pequeña tablita de tergopol blanca. La menor estaba sujeta al flotador en medio de las dos mujeres que la sostenían con sus brazos.

Brinqué del mangrullo y corrí hacia las víctimas. No tuve tiempo de tomar el salvavidas amarillo que tenía dispuesto frente a mí, sobre la arena. Yo conocía perfectamente la magnitud del chupón que se había formado. A las tres, minutos antes les había hecho prevención, pues la corriente de resaca junto al fuerte viento de la noche anterior, habían agrandado el chupón creando una succión mucho más enérgica.

Luego de unos metros de avance me acordé de mi indisposición, pero se ve que no le di importancia porque tenía otro problema más grande que resolver: eran tres víctimas. En la corrida, mi parsimoniosa percepción de las libélulas ya se había esfumado, ahora, frente a mí tenía a tres personas que se debatían en aquella engañosa celada de la naturaleza.

Después de haber dado los primeros pasos en la orilla del mar, me di cuenta que no llevaba mi torpedo, entonces fue que mi cuerpo hizo un ademan para volver por él. Pero aquel impulso instintivo sólo fue eso: un reflejo casi mecánico; porque la razón, prácticamente, me ordenó que siguiera hacia mi objetivo que cada vez se internaba más en el mar.

Pero un reflejo color verde hizo desviar mi rumbo unos metros hacia mi derecha, me incliné y le quité una tablita a unos niños que jugaban a la orilla, un body verde. La puse debajo de mi brazo derecho y retomé el rumbo nuevamente hacia las víctimas, que producto de la succión del chupón, cada segundo se alejaban más de mí. Pero se ve que la técnica que utilicé para agarrarme a la tabla de tergopol no fue buena porque dificultaba mi carrera.

Rápidamente cambié la técnica, esta vez abroché el cierre de abrojo negro del body a mi muñeca, como lo usan los surfistas. Yo nunca había practicado ese deporte, pero varias veces había visto a unos amigos cómo lo hacían. Entonces avancé más rápido, pero no era suficiente aquella velocidad para llegar a las víctimas que seguían gritando:

-¡Auxilio, auxilio!

Cuando el agua me llegó a la cintura, justo en la parte donde el elástico de mi malla ponía fin a esta prenda en un borde rojo, comprendí que así tampoco podía avanzar más rápido que el desplazamiento de las víctimas, que se deslizaban mar adentro por el chupón. El flotador se deslizaba con las víctimas, prácticamente pegadas a él. Era un gran chupón de unos treinta metros. En un momento vi como el agua formaba algo así como una concavidad, como un hundimiento en el centro en donde chupaba con mayor fuerza.

Al ver que no llegaba a las víctimas, cambié nuevamente la técnica. Esta vez me subí a la tablita, sí, como los surfistas: apoyé mi abdomen sobre aquella tabla y comencé a remar con las dos manos y con los pies. Batía con fuerza el agua salada que por momentos entraba en mi boca.

Entonces llegué a las víctimas, eran tres, dos mujeres adultas que entre medio sostenían a una niña de unos ocho años que gritaba histéricamente:

-¡Auxilio, auxilio, me ahogo, me ahogo!

Una de las señoras, con voz pausada le dijo:

-Quédate tranquila que la guardavidas nos sacará. Ella sabe.

Esas palabras fueron como un bálsamo para mí. Yo estaba preocupada porque conocía el chupón, su magnitud y fuerza, pues hace años que se formaba en ese mismo lugar. Además, presuponía que mis compañeros José Carlos Leanza y Victoria González venían tras de mí, pero no los veía. Por esas cosas raras que pasan en momentos de aflicción, recordé la canción de los Beatles que estaba tarareando minutos atrás.

-Quédense tranquilos que vamos para afuera.

Le dije a la niña mirándola a los ojos, pero siguió gritando en forma perturbada, como cuando se pierde la cordura por la presión del miedo.

No perdí tiempo y de un brinco salté encima de la tabla. Agarré a la niña con fuerza y la acomodé. Las dos mujeres se ubicaron a los costados mientras yo comenzaba a remolcarlos desde el centro. Ellas sabían nadar, o por lo menos flotar. Al momento pusieron sus pechos sobre la tabla y comenzaron a patear como yo les indiqué, hacia fuera.

Hasta ahí íbamos medianamente bien, pero mi persistente sospecha era que alguna de ella se soltara del improvisado flotador. Yo no podía soltar a la niña porque en el estado emocional en que se encontraba, se

podía ahogar hasta en un balde de agua. Además, ya en medio del chupón, las olas no eran continuas, pero sí altas y con espuma amarilla. Su movimiento hacía que por momentos viéramos sólo agua cuando estábamos abajo, pero luego, cuando estábamos arriba, en la cresta de la ola, veía los edificios y a las cientos de personas que observaban desde la playa. De pronto escuché:

-¡Ya estamos aquí! ¡Ya estamos aquí!

Lo que había pensado momentos atrás, se hizo realidad. Los guardavidas José Carlos Leanza y Victoria González nadaban rápidamente hacia nosotros, estaban a unos 15 metros cuando vi los dos anaranjados salvavidas desplazarse rápidamente por encima de las reflectarías aguas.

Sin bajarlos de la tabla de body, los rodeamos y les ordenamos que batieran las piernas con fuerza, tal como lo hacíamos nosotros. Así, lentos, avanzamos hacia fuera. La niña dejó de gritar y miró con profundidad a los ojos de su madre, luego miró los míos, cerró los suyos y respiró profundamente.

Dentro de todo, el asunto estaba bajo cierto control, porque lo más importante, las víctimas; las teníamos bien sujetas. Faltaban sólo unos metros para pisar arena. Las coloridas ropas de los turistas ubicados en la playa nos animaban. Cuando hicimos pie en la orilla, se oyeron otros gritos:

-¡Quedan más personas adentro! ¡Vuelvan a buscarlos! Por favor -Gritaba un hombre sensiblemente emocionado.

Yo estaba segura de cómo se habían desarrollado los hechos, pero no descarté la posibilidad de que tal vez otros turistas, con el fin de ayudarnos, se hubieran internado en el mar. Esta manifestación de *buena voluntad*, con frecuencia es rechazada por los guardavidas profesionales, porque la historia ha demostrado que en estos casos suelen ahogarse los que ayudan.

Me quedé con las tres una vez que tocamos arena y mis compañeros Victoria González y José Carlos Leanza, se hicieron a la mar nuevamente para rastrear la zona. La gente seguía gritando:

-¡Adentro hay más! ¡Adentro hay más!

Yo dejé a las victimas asistidas por un médico que se apersonó en el lugar. Las tres estaban a buen resguardo. Entonces me dispuse a internarme en el mar nuevamente, pero no sé por qué, miré a mi mangrullo nuevamente, corrí y me trepé en él. Desde su altura tenía una vista privilegiada porque, si bien las olas eran altas no rompían mar adentro, lo hacían en la orilla, este detalle, me permitía ver perfectamente todo. Desde esta altura observe que se habían sumado tres guardavidas más a la búsqueda, ahora eran cinco que junto a sus flotadores anaranjados, revisaban la zona minuciosamente. Así pasaron unos veinte minutos.

De improvisto, llegaron las dos mujeres que hace unos minutos había rescatado, traían algo entre sus manos. Sus rostros estaban un poco más distendidos pero aún en ellos habitaba rasgos de stress. Una de ellas me saludó gesticulando una mueca circunspecta preludio de una agradecida sonrisa. La que venía más atrás puso en mis manos una bolsa blanca. Me trajeron de regalo un kilo de helado de chocolate, se habían informado con el heladero, de que ese era el sabor que me gustaba. Ahí me comunicaron que no había más víctimas en la zona porque ellas recordaban perfectamente que estaban solas. Esa versión sumada a mi experiencia en estos casos en los cuales, producto del nerviosismo, la gente afirma lo que le parece, dio por concluido el rescate.

Efectivamente, en las siguientes horas y días, nadie reportó ninguna desaparición en esa zona.

Tito Rafeli

DOMINGO SÚBITO EN COSTA DEL ESTE

En verano los atardeceres son luminosos, pero, en ocasiones, esa luminosidad se opaca con el devenir de los inesperados acontecimientos. No se trata de vivir en la desgastante incertidumbre. Simplemente se trata de conocer los comportamientos de la Naturaleza y anticiparse a éstos.

Eran las 18 horas con 7 minutos. A las 18 había terminado el turno que cubría la jornada corrida de 11 a 18, variable organizativa que disminuyó el número de guardavidas a la mitad. Esa tarde de febrero fue muy calurosa: corría un viento suave y tibio que apenas movía la veleta amarilla y negra izada en el mástil del mangrullo.

El sol, como siempre, declinó hacia el oeste. A ratos, era tapado por pequeñas nubes que variaban de tonos que iban desde los grises más claros a los más oscuros; de tal manera que se formaron diminutas figuras que parecían rebaños de corderos con sus pequeños becerros que pastoreaban en el cielo azulado. La postal se asemejaba a una típica representación del impresionismo naif. Al cuadro lo estabilizaba la línea del horizonte construida por médanos, tamariscos y aromos. Cuando el viento proviene del oeste en primavera, la peculiar fragancia a este arbusto, perfuma las playas dejando una sensación placentera en la mente humana que pasea por sus riveras. Esta imagen era anterior al escenario en donde se debatiría la vida y la muerte. El ambiente guardaba esa quietud acechante -típica- de momentos de espera anterior a los grandes acontecimientos.

Mi compañero Leonardo Galván y yo preparábamos la yerba para tomar mate y, a la vez, comentábamos que ese día había llegado mucha gente a la playa, pero que, a esa hora, se habían retirado casi todos del agua, excepto pequeños grupos que se ubicaron a unos doscientos de metros a ambos lados de nuestra posición. Entonces ajusté el As de guía, nudo que días atrás había utilizado para asegurar el tiro de mi salvavidas. De esta forma no estrangularía el aro y quedaría seguro para una futura utilidad.

Cuando comenzamos la ronda de mate con galletitas de coco, que en ese momento venían muy bien pues ya hacía casi cinco horas que no habíamos ingerido alimento sólido, se acercó Héctor Patricio, guardavidas del puesto central que en ese momento se retiraba a su casa. El flaco atlético nos puso en alerta comunicándonos que a eso de las 16 horas, se había roto un banco de arena en la segunda canaleta, variable que provocó un complicado salvamento en el que tuvieron que participar seis guardavidas.

Fue entonces que Leonardo Galván, con más de quince años de experiencia como guardavidas, nos comentó: "tanta calma es sospechosa" y fue en ese momento en que el flaco nos preguntó el estado de las mareas; yo, que siempre he sido precavido, extraje de mi bolso la Tabla de Mareas y, al leer sus datos, llegamos a la conclusión que estaba en Estoa, o sea, en ese momento no subía ni bajaba, se estaba realizando el cambio que correspondía cada seis horas.

Miré mi reloj y eran las 18 con 13 minutos. Leonardo Galván y yo terminaríamos nuestro turno a las 19. En ese instante se sintió un estruendo que hizo eco en aquella playa solitaria (un graznido). Una gaviota pescaba: desde la altura divisaba a sus presas, luego se zambullía entrando perpendicular y a alta velocidad a las tibias aguas que se mecían en forma apacible. De esta forma repetía sus ciclos de pesca. Estaba a unos doscientos metros de nuestra posición, la misma orientación desde donde venía el tibio y pegajoso viento que comenzaba a soplar cada vez con mayor fuerza.

Las aves marinas volaban en círculo, así divisaban a sus presas, pero al elevarse una de ellas, observé que perdían estabilidad ¡qué raro!, porque donde estábamos nosotros había aumentado el viento, aunque no como para dificultar el vuelo de las aves.

El viento proveniente del nor-nordeste es peligroso, más aún cuando el mar está en bajante o en Estoa: rompe los bancos de arena provocando grandes "chupones" o sea, se conectan las canaletas entre sí formando importantes drenajes de aguas. A veces estas canaletas se deforman de tal

manera que la succión aumenta, construyendo “ollas” en donde se junta y gira el agua que entra desde las canaletas.

Yo me encontraba sentado en el mangrullo a una altura de dos metros y medio, desde ahí vi a un grupo de jóvenes —seis o siete— que jugaban con una pelota de tenis lanzándoselas unos a otros, los unos no la atrapaban y tenían que nadar para recuperarla y evitar que se la llevara el mar (por lo general este nado era poco técnico y estaba orientado mar adentro), los otros repetían el ejercicio en forma similar, pero tanto los unos como los otros —con su juego— poco a poco se internaban mar adentro. A varios de estos grupos ya les habíamos hecho prevención, pero no todos nos daban importancia.

A las 18 horas y 15 minutos, le manifesté a Leonardo Galván:

— ¡Mira a esos jóvenes!

—Ya los vi, déjame subir al mangrullo para observarlos mejor. Mientras yo subo, vos Héctor, tranquilamente, acércate a esa zona.

Héctor Patricio, el estudiante de letras, se puso en marcha. El docente universitario comenzó a trepar el mangrullo pero no llegó a su máxima altura cuando y con voz grave y de mando me dijo “¡vamos a rescatarlos!”

Héctor Patricio había avanzado unos quince metros por la playa hacia el Norte cuando escuchó los pitazos que salían en forma intermitente de nuestros silbatos. Se había dado la alarma general y el salvamento estaba en marcha. Con sus veinte años corrió en forma veloz. Desde ese momento se acabó el razonamiento pausado, se detuvo la tesis y la antítesis del pensar; el instinto y la razón se fundieron para tratar de impedir el cegamiento de esas jóvenes vidas.

Los tres cuestionándonos en la corrida —pero sin disminuir la velocidad— que eran demasiadas las personas que estaban en peligro con relación a los pocos guardavidas que quedábamos en la playa.

Después de correr unos doscientos metros, Héctor Patricio penetró en el mar saltando las primeras olas y perdiéndose de mi vista. Leonardo Galván realizó el mismo procedimiento, sólo que cuando el agua le llegó a la cintura se zambulló cortando la primera ola, hizo patada delfín y no lo vi mas.

Luego de cortar las primeras olas y comenzar a nadar *pique cabeza fuera del agua*, no divisé a las víctimas. En ese instante me detuve y observé a mí alrededor: ahí vi tres jóvenes que eran escoltados hacia la orilla por la guardavidas Ximena del Carmen, dudé en quedarme para prestarle ayuda, pero la miré a los ojos y vi seguridad en ella. La muchacha me dijo "adentro hay más". La compañera tenía dominio sobre los escoltados, además estaban a metros de donde no los taparían las aguas y detrás de nosotros seguramente vendrían guardavidas desde puestos más lejanos.

Después de esta pequeña reflexión, sumergí mi cabeza en el agua y nadé crol. Durante esos segundos todo había cambiado, el escenario no era el mismo. Esa masa de agua verde y tranquila era otra: la mar había cobrado vida, las olas crecían enormes, el viento ahora era fuerte y costaba nadar pues las corrientes viajaban en distintas direcciones. El batido de las olas provocaba enormes manchas de espuma blanca, como esas flores rosas que quedan desteñidas en los cementerios.

Las grandes masas de agua que caían encima de mí, me hundían mientras yo me agarraba del torpedo para salir a flote. Después de un instante me encontré en el centro de la "olla". Allí las olas eran altas y continuas pero lo peor era que había corrientes en diferentes direcciones, el viento silbaba y yo me sentía como una pluma empujada por un gran ventilador. En ese momento, había perdido a mis compañeros y no divisaba nuevas víctimas, pero sabía que estaban allí.

De pronto creí divisar una cabellera negra, esperé una nueva ola y me encaramé en ella; ahí logré ver dos grupos. Uno estaba ubicado a unos sesenta metros al norte de mí posición, eran dos personas, una más grande que la otra, giré la cabeza hacia atrás y vi al otro grupo en donde habían víctimas y guardavidas, uno de ellos era Leonardo Galván. Al observar que

tenían dos roscas y que ese era un hombre con bastante experiencia tomé la determinación de apoyar al dúo que se debatía valientemente para mantenerse a flote. ¿Cómo nadar para donde uno quiere si las corrientes marinas y los vientos van donde ellos quieren? La voluntad del hombre no siempre se corresponde con las leyes de la naturaleza. Yo sabía que sobre las corrientes superficiales el viento tiene mayor influencia, así es que esperé una segunda ola, me subí a su cresta y afortunadamente para mí, la orientación de la onda combinó con un viento sur. Este impulso me desplazó hacia el norte. Prácticamente me deslicé aprovechando estas dos fuerzas y en sólo unos segundos llegué donde estaban ellos. Creo que otra corriente los impulsó hacia mí, de tal manera que ya estábamos juntos.

Héctor Patricio había entrado como *puntero*, de los primeros, y en este caso sin elemento de seguridad; con sus brazos sostenía al malogrado bañista que lo superaba en peso y estatura. "Todo bien, ya pasó el peligro, vamos hacia fuera" le dije con voz segura. Los ojos de Héctor Patricio se comunicaron con los míos que supieron decirle que, si bien estábamos juntos, el mar nos estaba tragando.

Lo asimos cada uno de un brazo, de tal forma que la víctima quedó boca arriba. Nosotros intentamos remolcarlo nadando con una mano y, con las piernas, ejecutábamos patada de over. Realizamos unas diez veces este ciclo, cuando sentimos que nos elevaba una gran masa de agua. Quedamos en la cresta de la onda y desde ahí, observamos nuevamente que había varios grupos (víctimas y guardavidas) con elementos de seguridad. Desde esa máxima altura, caímos abruptamente al vacío que se produjo entre ésta y la ola de más adelante; así descendimos varios metros. El socavón que se había formado era oscuro. En ese lugar flotaban copos de espuma amarillentos. Ahí mismo, y como para rematarnos, nos cayó la misma gran masa de agua que recientemente nos había elevado. Eran miles de litros que caían encima de los tres cuerpos que luchaban por salir a flote.

Sujetamos fuertemente a la víctima, uno de cada brazo y pateamos hacia arriba, como buscando al sol que se traslucía por entre las cristalinas aguas llenas de burbujas grandes y pequeñas que emergían con rapidez, como esferas de gas en un vaso de soda cristalino. Pero fue imposible, la enorme ola nos había impulsado hacia abajo varios metros. La víctima se

movía con fuerza, había activado su instinto de supervivencia. Él quería salir a flote por sus propios medios. Después de un instante me faltaba el aire, busqué calmarme para controlar mejor mi respiración y guardar energías; sabía que de aquí en adelante, las técnicas de salvamento, el entrenamiento y sobre todo la fortaleza anímica, serían los pilares en los cuales nos sustentaríamos. Una persona puede mantenerse a flote durante días sólo controlando la respiración, aún no sabiendo nadar. Mantener la calma en estas circunstancias es fundamental para la supervivencia de la víctima. Nuestros cuerpos están hechos para flotar.

Logramos salir a flote, y entre ambos socorristas, pusimos el torpedo en la espalda del desafortunado bañista y a la vez trabamos sus brazos: Héctor Patricio el derecho y yo el izquierdo, de manera que cada uno tomó una de las dos manijas del flotador. Con esta técnica de remolque, la víctima cobró mayor flotabilidad y quedó por encima de nuestro nivel. Pero se nos suscitó un problema: el inexperto nadador era muy alto y a la vez tendía a permanecer vertical, tal vez sería por miedo o no sé por qué, pero no se tendía boca arriba y esta era la forma como nos habían enseñado a remolcar en la Escuela de Guardavidas del Partido de la Costa; este método es muy bueno porque al quedar boca arriba y con las piernas extendidas, proporcionaba menor resistencia al roce con el agua, lo que permite desplazarse mejor. Con un ligero movimiento de cadera, lo posé en mi cintura y le apliqué una patada de karate debajo de los glúteos —yo nunca he sido partidario de golpear a las personas que se encuentran en esta situación, es más, cuando hice el curso de guardavidas tampoco me lo enseñaron así, porque existen técnicas científicas para dominar a la víctima— pero, un golpe dado en esa zona, que más que un golpe fue un certero empujón que no había lanzado desde hacía unos años, cuando practicaba el arte nippón en épocas universitarias, fue un recurso instintivo y legítimo que produjo el efecto deseado; la víctima quedó tendida en forma horizontal.

Una vez puesta en esta posición más hidrodinámica, el flaco alto se decidió a hablar: “sólo estábamos jugando a lanzar la pelotita de tenis”. “Ya estás seguro, no te va a pasar nada, sólo tienes que calmarte, relajarte y estirarte” le dije. Di un giro a mi cabeza y miré su rostro: no demostraba grandes emociones pero, su mirada era impertérrita, ausente; como que

estaba y no estaba con nosotros. Agregó el joven: "¡Mis primos! ¿Dónde están mis primos? Por favor vayan a buscarlos". Esas frases las repetía constantemente y al terminar una de esas oraciones vino otra ola grande y pesada. Sí, pesada porque sentí que nos había sepultado en el mar. Debajo de la superficie estaba oscuro y desolado. La víctima no resistió la amnea forzada y estando en la misma posición en que lo habíamos trabado, uno de cada lado con el torpedo en su espalda boca arriba; con sus miembros superiores comenzó a hacer fuerza para zafarse, cada vez se movía con mayor ímpetu, pero nosotros lo sujetamos con fuerza de donde lo habíamos agarrado. Lo sostuvimos hasta que fue sometido a nuestra voluntad y de esa forma, logramos salir a flote.

Ya en la superficie, un "as" pasó por nuestra vista: una víctima pasó delante de nosotros. Se desplazaba velozmente asida a una rosca nueva y de color naranja. El viento formaba llovizna en la punta de la cresta de la ola en la cual viajaba el joven náufrago. Su cabello corto y oscuro estaba aplastado, como peinado a la gomina del lado que le soplaba el viento. La soga había fallado en algún tramo o se habría aflojado alguno de los nudos, no lo sé, y posteriormente tampoco lo pude averiguar, porque no quedó claro cómo sucedió el infortunado percance. El hecho es que el veloz viajero llevaba casi todo su cuerpo encima del sector circular. Pasó como a cuarenta metros al norte de nuestra posición y luego desapareció entre las olas.

Después de esta aparición, nos miramos a los ojos con Héctor Patricio. Ahí nos dimos cuenta que nuestros brazos —mi derecho y su izquierdo— estaban adormecidos por la falta de oxigenación a que estaban siendo sometidos. Héctor Patricio permanecía en silencio. Su mirada denunciaba una actitud serena y segura.

Por mi parte y con unos años más que Héctor Patricio, sabía que debía mostrarme firme para mantener la cohesión del pequeño grupo, pero, en la última zambullida que nos había impulsado la ola; en momentos pensé en soltar a la víctima, para tratar de salvarme porque comenzaba a tragar agua. Ahí comprendí que "Rambo" sólo existía en la cinematografía y en la ficción. En la realidad, todos somos mortales con limitaciones y virtudes, que, en este caso, las fuerzas de la naturaleza nos estaban

agotando. En estas circunstancias, por una convicción ideológica asumida cuando recibí mi diploma de guardavidas, decidí enfrentar con firmeza este nuevo riesgo.

Habían transcurrido cerca de 15 minutos desde que se había iniciado el rescate y aún nos quedaba lo peor de la odisea.

"Ya estamos saliendo, tranquilízate, relájate y estírate" yo repetía de vez en cuando.

Algo sucedía en el agua porque no podíamos remolcarlo hacia fuera. Además, en ese momento disminuyó la altura de las olas y se calmó un poco el viento. Esto nos dio un instante de reflexión pero, ¿para qué habremos reflexionado? A veces el instinto de supervivencia es más simple y sabio.

Miramos hacia el continente y nos dimos cuenta que nos habíamos desplazado hacia el nordeste, de tal forma que el gran "chupón" nos había llevado mar adentro unos doscientos metros y se hacía imposible el remolque porque las corrientes superficiales eran más fuertes que nuestro forzado nado.

Héctor Patricio y yo nos volvimos a mirar, pero esta vez la decepción inundó nuestros ojos. Sentimos gritos desgarradores, como graznidos de gaviotas alteradas. Voces de hombres que se debatían entre la vida y la muerte: "¡Dios mío, no quiero morir! ¡Por favor no quiero morir!" decía la voz de alguien que hacía resonancia en la oquedad tramposa del Atlántico que nos quería tragar.

Al ir tomando cierta familiaridad con el "nuevo" escenario en el que habíamos nadado y rescatado tantas veces, nos impulsamos hacia arriba, para observar tierra firme y desde la cresta de la ola vimos que toda la gente estaba en la playa. Se habían agrupado para mirar y ayudar en lo que pudieran.

El sol, que nos daba en los ojos hacía difícil la observación hacia el oeste. El crepúsculo amante del final, nos anunciaba un ocaso al cual

nosotros no nos queríamos someter. Un grupo de gaviotas gorjeaba y volaba sobre nuestras cabezas.

Al detenernos un instante a razonar, nos dimos cuenta que no avanzábamos hacia el continente, nos desplazábamos mar adentro, en el sentido nordeste. Con otro juego de miradas y un guiño de cabezas decidimos avanzar en forma oblicua, siguiendo la corriente, pero en el sentido noroeste; hacia tierra firme.

A los pocos minutos de haber iniciado este nuevo rumbo las olas eran más bajas, pero más continuas. Los vientos disminuyeron su intensidad, posiblemente eran regulares y las gaviotas volaban en dirección hacia los médanos, hacia la anhelada tierra.

Mi oído se agudizó y comenzó a escuchar otros sonidos, ruidos; luego voces: "¡Por aquí!, ¡aquí hay otros!, ya los veo, agrupémonos".

Poco a poco empecé a observar hacia el sur y vi al primer grupo: era Leonardo Galván junto a otros guardavidas que remolcaban a una víctima. Alguien gritó y miré sobre el hombro de Héctor Patricio, era el tercer grupo que se encontraba a unos cincuenta metros al nor-nordeste de mi posición. Varias cabezas lideradas por el guardavidas Marcelo Padilla agrupadas junto a un flotador se desplazaban en forma ordenada. Aquí comienzan los episodios que *con la mejor voluntad* de los participantes, unida a la inexperiencia del que no conoce ni está preparado para realizar rescates acuáticos, comete.

A unos cuatrocientos metros al norte desde donde habíamos entrado al mar, se encuentra el Club Náutico, lugar en donde se hacen a la mar pequeñas embarcaciones: La banana, canoas, lanchas y principalmente motos de agua.

La zona se ubica al norte del balneario sobre unos altos médanos en donde hay una pequeña cabaña de madera con techo de paja y banderas izadas en altos mástiles que caracterizan la zona. También funciona un bar en donde se expenden refrigerios. Por esas casualidades del destino, los guardavidas Marco Antonio y Fabián Merlo (timoneles que a las 18 horas

habían terminado su turno) se encontraban ahí en busca de un zumo. Al notar movimientos extraños en el agua, observaron con los binoculares la precaria situación en la cual nos encontrábamos. De inmediato, tomaron una de las motos que se encontraban estacionadas en el club. Otros dos timoneles —que no eran guardavidas— con sus correspondientes embarcaciones siguieron el ejemplo de los anteriores. Ese era el sonido que sentíamos, ese era el olor que olfateábamos (la gasolina).

Al llegar las motos de agua al perímetro de unos doscientos metros en que nos encontrábamos, empezaron a girar en círculo alrededor de nosotros, entonces los tres grupos de náufragos comenzamos a zarandearnos, a mecernos de tal manera que perdíamos estabilidad. Lamentablemente, Marco Antonio y Fabián Merlo se tuvieron que lanzar al agua para prestarnos ayuda y aliviar la carga que soportaban nuestros fatigados cuerpos. Entonces, las pequeñas embarcaciones quedaron tripuladas por timoneles que no eran guardavidas, tampoco eran parte del Operativo de Seguridad en Playa, y no estaban preparados para la tarea del rescate en el mar, pero, no titubearon en lanzarse a socorrernos.

Uno de los motoristas circuló alrededor de nosotros provocando olas desordenadas; es más, en una de las vueltas nos chocó golpeando a una de las víctimas. Cuando logró acercarse, con la mano desocupada me agarré de un costado de la embarcación, pero cuando se puso en marcha, la salida fue muy rápida provocando un fuerte dolor en mí brazo; me solté y no volví a intentar este tipo de remolque. Al observar esta maniobra, así como la fuerte agitación de las aguas, los otros dos grupos optamos por no intentar subir a las víctimas en las pequeñas embarcaciones.

Desde una de las motos me lanzaron un cabo que atrapé con mi mano izquierda. Entonces comenzó el remolque, pero la moto de agua —nuevamente— arrancó muy rápido. Nos desplazamos por debajo del agua. Además, producto de esta fuerza de arranque, la soga que sujetaba con mi mano se tensó rápidamente provocando fuerte dolor en mi hombro y axila. La estela que dejaba la turbina de la moto nos lanzaba agua a los rostros, el fluido era intenso y no nos dejaba respirar.

El llamado de alerta: “Fuera de aquí, retírense”. Era la voz grave, seca y de mando de Leonardo Galván. Esta frase fue repetida varias veces, de tal manera, que *los bien intencionados* pero inexpertos timoneles obedecieron y sin detener su actitud solidaria tuvieron una excelente idea: cada moto de agua se alejó del perímetro en el que nos encontrábamos y formaron una circunferencia alrededor de los tres grupos, de esta forma comenzaron a escoltarnos.

Esa misma corriente que nos había internado hacia el este-nordeste, ahora había cambiado de dirección y nos impulsaba hacia el norte. Nosotros aprovechamos este regalo de la madre naturaleza y giramos el rumbo hacia el noroeste. Así, nos acercábamos hacia la playa.

Súbitamente, un ruido se escuchó en el cielo, miré hacia arriba y sobre nosotros había gaviotas que nos orientaban el camino hacia tierra firme.

Todo comenzaba a mejorar, los tres grupos avanzábamos dibujando un tríptico abanico. Los tres conjuntos nos observábamos en forma constante. La situación comenzaba a normalizarse, pero de improvisto, otro elemento humano *solidario* entró en escena. El brazo de la muerte nos quería coger pero Leonardo Galván le salió al paso.

Faltaban unos setenta metros para llegar a la playa, los tres grupos nos enfilábamos de sur a norte: Leonardo y los suyos, nosotros, y Fabián con los demás.

En sólo minutos todo había cambiado. Ahora el agua no tenía mucha espuma, era de color azul, ya no nos golpeaba y, curiosamente, había un leve olor a yodo. Tampoco había mucho viento. El mar parecía una piscina, pero no podíamos salir. Una fuerza extraña nos succionaba hacia el este, o sea hacia mar adentro. Luego de un par de minutos me percaté que, a esa hora, estaba cambiando la marea tal como lo habíamos leído anteriormente en la Tabla de Mareas. El fuerte reflujo, unido al drenaje que se había formado nos hacía imposible avanzar, es más, esa poderosa fuerza nos empujaba hacia adentro.

Yo, que soy oriundo de la tierra que aportó a la literatura mundial con dos Premios Nóveles: Gabriela Mistral y Pablo Neruda, comprendí de dónde provenían el libertador más importante de esta región, Don José de San Martín y uno de los revolucionarios contemporáneo más destacado del mundo: El Che Guevara. Su mirada sin retorno, su espíritu inquebrantable cuando se trata de cumplir su rol; fueron heredados a Leonardo Galván.

El broche de oro. Desde nuestra posición, en la playa se divisaba una gran multitud. El grupo estaba aglomerado en dos cuadras y el resto de la playa había quedado vacía.

Desde un extremo de una pequeña ensenada, casi imperceptible al ojo no adiestrado, los turistas más osados comenzaron a internarse en el mar. De esta forma se disponían a ayudar en un *emprendimiento solidario*. Los menos llevaban chalecos salvavidas de colores rojo y amarillo, el resto no tenía ningún elemento de seguridad, sólo portaban sus *buenas voluntades*.

Poco a poco, comenzaron a formar una fila con el fin de hacer una cadena humana con dos extremos: uno con asiento en tierra firme, el otro debería llegar hasta nosotros con el fin de remolcarnos hacia afuera, pero las condiciones no estaban dadas para realizar dicho emprendimiento. *La apacible pileta*, no tenía nada de apacible, era un espejismo tramposo asociado a la asfixia por inmersión. Yo no me había percatado del peligro que corrían las posibles víctimas al tratar de hacer la cadena para ayudarnos. Este peligro radicaba en que si alguno de sus integrantes suelta a su compañero contiguo, los que quedaren del extremo más cercano a nosotros y no hicieran pie en la arena, también se convertirían en nuevas víctimas. Nosotros veníamos exhaustos y los socorridos shockeados, cansados y asustados; de tal manera que el grupo que nos iba a *ayudar* se convertirían en una multitud de nuevas víctimas, porque no resistirían unidos a la fuerte corriente del chupón y no habían los suficientes chalecos salvavidas para un grupo tan numeroso, es más, los elementos de seguridad eran los que traíamos nosotros, más dos o tres que tenían algunos turistas. Los guardavidas no pasábamos de siete.

Una vez más se oyó el grito de la experiencia: "¡No, no, cadena no! ¡No hagan cadena!". La orden era categórica y repetitiva. Leonardo Galván sabía perfectamente lo que quería lograr y después de unos minutos de confusión logró imponer su voluntad: los solidarios turistas desistieron de hacer la cadena humana.

Un compañero me lanzó un salvavidas que tenía el tiro largo, agarré la rosca con el brazo que nadaba, lo metí dentro del aro y luego doblé el codo para no zafarme. Con el otro miembro sostenía a la víctima. Luego se agregaron otros remolcadores al extremo que no era el mío. De esta forma avanzamos, lentamente y a medida que nos acercábamos al continente aparecieron más curiosos. Algunos de estos habían quedado disgregados cuando falló el intento de formar la cadena humana.

No sé cómo, pero en una de las patadas de over, creí tocar arena; en un segundo intento mis pies tocaron un banco de arena y sentí lo que siente un niño cuando se cobija en el seno de su madre. La tierra, ese círculo giratorio que nos ha albergado durante tantos siglos, nos asilaba nuevamente.

Di un giro a mi cabeza y miré a mí víctima, su actitud era profundamente reflexiva. Observaba con parsimonia el verde paisaje de la rivera marina.

En ese mismo instante, salió otro grupo con una víctima que estaba mareada y no expresaba conciencia plena. Los guardavidas que la socorrían la sentaron en la playa y poco a poco disminuyó su frecuencia cardíaca, vomitó y se estabilizó.

Nuestro malogrado bañista caminó unos pasos por la playa, parecía un actor desplazándose en el escenario de la vida. Todo lo miraba con detenimiento. Lo acompañé, se sentó en la arena; le pregunté su nombre, dónde vivía y cómo se sentía. Me dio sus datos personales y me dijo que estaba asustado, pero bien.

En medio de la gente divisé a Leonardo Galván, lo llamé y le pregunté cuántas víctimas se habían perdido en el mar. "Ninguno", me

respondió. De los seis jóvenes que se estaban ahogando, tres fueron escoltados por la guardavidas Ximena del Carmen (los que estaban en la orilla), los otros tres fueron remolcados por nosotros.

Al caminar los primeros pasos en tierra firme, oí el graznido de tres gaviotas blancas que pasaron entre el sol y yo. Al parecer se iban a pernoctar detrás del inmenso astro.

Tito Rafeli

LA SÁBANA DE ALADINO

Sentado frente al mar en una playa solitaria, un niño de quince años observaba atentamente el comportamiento de las aguas a las 8.45 de la mañana. El día era soleado y una suave brisa mecía el cabello ondulado del adolescente nadador que fijó su mirada sobre una bañista en una zona en donde no se observan olas ni peligro aparente, pero de pronto, una alargada onda la elevó y la deslizó con rapidez mar adentro, como cuando una hoja es desplazada por la inesperada ráfaga de viento. *La sábana de Aladino* se la llevó mar adentro ubicándola detrás de la rompiente. En cuestión de segundos, la turista pasó de bañista a víctima solitaria en aquel balneario de Mar del Plata.

El niño miró a ambos lados de la playa en busca de ayuda, pero el servicio de guardavidas comenzaba a las nueve. El adolescente se lanzó a las aguas y nadó crol hacia la víctima que bollaba pidiendo auxilio mientras miraba hacia al continente. Llegó a ella, la tomó de las manos como en un juego de rondas y le dijo: "¡Quédate tranquila que ya vienen los guardavidas…! Flotemos un ratito que ya nos sacarán".

Efectivamente, a los segundos llegan los dos guardavidas destinados a ese sector que se encontraban desayunando en una cafetería frente a aquella playa. Tomaron a la mujer de ambos brazos y la remolcaron hacia afuera, mientras que al niño lo conminaron a nadar con el mismo rumbo a un costado del grupo. Cuando llegaron a la playa, verificaron que los signos vitales de la mujer estuvieran en orden y luego que la pusieron a resguardo, tomaron al niño de un brazo y le dijeron: *"En muchas ocasiones, el inexperto rescatador se ahoga junto a la víctima. El rescate es un asunto para especialistas. Si te gusta esto, cuando cumplas dieciocho años, hace el curso de guardavidas".* Esta experiencia marcó para siempre la vida profesional de Omar Trujillo, "El Potro".

Como casi todos los días de entrenamiento, después de finalizar el turno a eso de las 14 horas, los tres guardavidas salieron del mar a la altura de la Municipalidad, caminaron unos pasos por la playa enmarcada por un

bello día sin viento, soleado y con olas blancas que se recostaban sobre aquellas distendidas aguas azules. El servicio de guardavidas en esta localidad veraniega, sólo cubre del 1 de diciembre hasta el 31 de marzo de 00.90 a 13.00 y de 15.00 a 19.00, de 13.00 a 15.00 se pone **bandera roja** que significa PROHIBICIÓN DE BAÑO.

Luego de trotar por la orilla de la playa unos metros, de imprevisto, voces de alerta les comunican que a unos ciento cincuenta metros al noreste se estaban ahogando dos jóvenes. Inmediatamente, los tres guardavidas corrieron en dirección al muelle. Alejandro Baldoso, Gabriel Giusti y Omar Trujillo, El Potro; se hicieron a la mar sin expresar ningún tipo de cuestionamiento. Alejandro Baldoso llevaba una rosca salvavidas que iba a ser esencial para remolcar a aquellas víctimas que, producto del tiempo que llevaban mar adentro y la distancia que había que recorrer para rescatarlos, les sería de valiosa ayuda. Una rosca salvavidas equivale a un hombre fuerte que nunca se cansa.

Una vez que llegaron a las víctimas, que se ubicaban a unos doscientos metros adentro del mar, los tres guardavidas contemplaron algo exótico: la mar tenía un tono cristalino que, en las crestas de las olas, le daba un aspecto níveo, similar al blanco que se observa en los Pirineos. Esa extrema claridad, mostraba una rara representación a esa zona por la cual habían nadado tantas veces aquellos experimentados guardavidas: la visión se hacía difícil por la alta concentración de luz que había en la zona.

Cuando llegaron los tres guardavidas, los jóvenes bollaban agotados sobre la superficie del mar no expresando fuerza alguna. Sus cabezas -entre otros movimientos desordenados- se mecían lentamente de lado a lado. Los tres se lanzaron a ellos. Omar Trujillo agarró al más comprometido, mientras que Alejandro Baldoso y Gabriel Giusti se acercaron a la otra víctima que bollaba a unos cinco metros. Ésta, en su agotamiento, a ratos sumergía y emergía su cabeza, pues ya comenzaba a hundirse: estaba en esa fase de la fisiopatología del ahogado en la cual, una víctima se encuentra a segundos de sufrir un desmayo por no querer respirar agua; esa apnea no permite que llegue oxigeno al cerebro. La sorpresa fue tal para Baldoso cuando nadó hacia él y lo extrajo de abajo del espejo del agua. Luego de emerger su abultada cabellera, aparecieron sus dos inmensos ojos

blancos que miraron con fijación a los suyos. “¡Ahhhh...!”, gritó Baldoso en una exclamación de pavor que resonó en aquel bello y sorpresivo mar. Si se hubieran calmado, controlado la respiración y flotado, no los hubieran rescatado en ese estado crítico. Si se controla la respiración moviendo suavemente las piernas y los brazos extendidos con las palmas hacia abajo, como si masajearan el agua, el cuerpo humano flota durante horas. El asunto es ponerse nervioso lo menos posible. Se debe aprender a controlar las emociones, pues de lo contrario, serán éstas las que nos controlen a nosotros.

Rápidamente, los agruparon alrededor de la rosca salvavidas anaranjada y observaron su extenuado aspecto. El color violáceo se representaba en sus rostros que no experimentaban emoción alguna, mientras miraban con fijación a ningún lugar moviendo sus cabezas en diferentes ángulos, como la aguja de un reloj descompuesto que se mueve en cualquier dirección. Tampoco expresaban ningún tipo de vocablo. El guardavidas Gabriel Giusti se cruzó la bandolera del salvavidas y comenzaron el remolque dos por un tercero.

De pronto, como cuando cruje la mina en el fondo del socavón; se escuchó un sonido que no llamó demasiado la atención a aquellos hombres de mar que remolcaban a las dos víctimas, en rescate acuático hay que hablar fuerte porque el agua tapa los oídos. El ronroneo seguía mientras los rescatadores apuraban el nado observando la precariedad vital en la que se encontraban aquellos dos jóvenes. De improvisto y después de activar su “habla”, una de las víctimas balbuceó entre dientes: “Mí-no-vi-a…, es-tá-a-den-tro... So-mos tres”. Algunas personas pierden la voz momentáneamente ante una situación de miedo, era el caso de este joven que después de un gran esfuerzo logró expresarse.

Raudo, Omar Trujillo dejó la rosca y retrocedió unos metros en aquellas aguas azules y calmadas que no representaban peligro aparente. Trujillo miró a los ojos de su compañero y, a la distancia, Alejandro Baldoso entendió la consigna y tomó el mando del remolque para que no aminorara su velocidad. En rescate acuático, dentro de un ambiente democrático fundamental para garantizar el salvamento; por lo general, el más experimentado es el que lleva el mando. Sin elemento de seguridad,

Omar Trujillo nadó hacia donde habían encontrado a las dos víctimas, se posicionó en el lugar y flotando con los brazos extendidos como Jesucristo en la cruz, comenzó a mirar atentamente el movimiento de las cristalinas aguas que se mecían, lentamente. Nada. La observación se dificultó aún más porque el sol del poniente le daba en sus ojos, nadó unos metros y buscó una nueva posición que atenuara esa desventaja, en una zona en donde el exceso de luminosidad jugaba en contra de la observación minuciosa. La mirada aguda, en este tipo de accidentes en aguas abiertas, se ve dificultada por las características irregulares que forman destellos de luz que se mueven en diferentes direcciones. La naturaleza guarda modificaciones que no siempre esperamos.

De pronto, una ola elevó algo oscuro. Omar Trujillo sintió un miedo responsable que le recordó un episodio en el cual casi perece ahogado en el peligroso mar chileno, en donde las fuertísimas corrientes, mecen los cochayuyos marrones que se presentan como lianas marinas que habitan en el Océano Pacífico. El miedo prudente, dentro de la percepción sui géneris del riesgo, funciona como una alarma a la que se debe prestar atención en situaciones en donde existe peligro latente.

Lo que se movía en el mar, era como cochayuyo marrón. Ese tipo de algas no se observan esta zona del Mar Argentino. Cauteloso, Omar Trujillo se acercó hacia aquella zona en la que creyó ver algo oscuro. Cuando llegó a unos dos metros de lo que le pareció observar, por entre medio de las cristalinas aguas, ve un brazo que se extiende hacia arriba como cuando uno sube la cuerda. Rápidamente hace *golpe de riñón*, se zambulle y lo atrapa. Era el brazo de la novia de uno de los remolcados.

Emergió con ella, la abrazó de su cintura y la meció para ver si respondían sus signos vitales: la muchacha estaba semiinconsciente y su rostro violáceo. Omar Trujillo le hablo en forma jocosa buscando aminorar el shock emocional: ¡Quédate tranquila, amorosa…! Ya vamos para afuera". La chica no reaccionó, entonces Trujillo la puso en su cadera, atravesó un brazo por su tórax y comenzó a remolcarla a la mayor velocidad que le podían brindar sus ya cansados músculos que, antes de ese rescate, habían nadado cinco mil metros. A rato miraba su rostro impávido mientras que su cuerpo permanecía dúctil, como si no tuviera vértebras.

Con peculiaridad, se observa que en Argentina, del total de los ahogados por inmersión en medio acuático, las mujeres sólo se manifiestan en el diez por ciento, el resto corresponde a hombres.

Fatigado, la remolcó hacia un banco de arena que ya conocía ubicado a unos cincuenta metros antes de llegar a la playa. En un remanso que hacía el mar, sus piernas se afincaron en la arena. A esa zona se apersonaron dos jóvenes guardavidas que llegaron a máxima velocidad. Los tres remolcaron a la chica a la orilla del mar en donde sus compañeros, Alejandro Baldoso y Gabriel Giusti, asistían a las víctimas que yacían semiinconscientes sobre la arena.

La gente se aglomeró y colaboró con todo lo que indicaban los rescatadores. La mujer era la que estaba en peores condiciones; inmediatamente Omar Trujillo y Alejandro Baldoso le practican Reanimación Cardio Pulmonar. Un médico se apersonó en el lugar, los dos guardavidas lo miraron, se miraron, y le dijeron: "Trabaje", mientras que lo observaban atentamente. No había duda, era un profesional de la salud.

Al "novio" se lo llevó un jeep que entró a la playa en forma diligente y ordenada. En ese momento, toda la población, tanto lugareños como turistas colaboraron en forma eficiente dirigidos por Omar Trujillo y Alejandro Baldoso. Los últimos estudios sobre comportamiento social en catástrofes, indican que los ciudadanos de origen popular en situación de desastres colaboran, son eficientes y honrados. Más aún cuando está dirigidos por profesionales competentes.

El jeep conducido por un lugareño, llevó al novio hasta la salita de primeros auxilios en donde en esa época, había un médico de playa dispuesto ahí por la Municipalidad. Este profesional fue vital en la asistencia a las comprometidas víctimas.

Pasaron unos minutos, el jeep regresó y se llevó a la otra víctima masculina mientras el médico, junto a Omar Trujillo, le seguía practicando masaje cardíaco y respiración boca a boca a la chica. Luego de unos quince minutos, el jeep vuelve y se lleva a la mujer junto a los guardavidas que la asistían.

En la sala de primeros auxilio, el médico de playa trabajó en forma intensa con las tres víctimas. Curiosamente, los papeles se invirtieron en aquel edificio sanitario. La chica, que era la que peor estaba, se recuperó en forma asombrosa. Sin embargo, su hermano entró en paro respiratorio. El médico de playa asistió a los tres rescatados ayudado por los guardavidas y pidió por radio el traslado a otro nosocomio con mayor equipamiento donde fueron derivados aún con vida.

El tiempo trascurrió y como suele suceder en este tipo de accidentes, en la memoria de los involucrados, queda una marcada experiencia que les sirve como sólido conocimiento preventivo ante una situación de similar naturaleza. Es una lástima que aún no se haya implementado un método didáctico que permita evitar este *aprendizaje* tan doloroso para el ser humano. Todos queremos vivir el máximo de tiempo posible en una corta vida, limitada por las inexorables leyes de la Naturaleza. De lo que se trata es de aprender cómo funciona ésta, y con este conocimiento, prevenir futuros accidentes similares.

Después de meses de tratamiento, las víctimas seriamente comprometidas, fueron recuperando su salud. Se había alojado agua en sus pulmones. En rescate acuático la rapidez es fundamental, por esta razón, los ciudadanos deben bañaste en lugares habilitados, con servicio de guardavidas y cerca de éstos. Esta disposición, aminora en forma exponencial las probabilidades de accidente hídrico y las de recuperación de una víctima, en el caso que la hubiera.

En el mundo del salvamento acuático y la supervivencia humana, en donde la bella Naturaleza es la prima de la muerte, Omar Trujillo, cuando aconseja a las nuevas generaciones de guardavidas les da la siguiente instrucción. “Escucha el consejo de un viejo lobo de mar: Nunca te alejes de tu puesto de guardavidas, aún en los días de mal tiempo en los que *no haya* gente visible en la playa. Si hubiera un accidente en tu puesto, y estuvieras alejado de éste, te demorarías mucho tiempo en correr cientos de metros y luego nadar hacia donde está la víctima, si es más de una, posiblemente será demasiado tarde para alguna o varias de ellas. Cumple tu horario con precisión, la mayoría de los accidentes se producen entre

puesto y puesto. Mantén la temperancia en tu vida, equilibra el entrenamiento, el descanso, la alimentación y la diversión (no te confundas en ella); pues el accidente es de origen sorpresivo y en este trabajo, siempre debes estar preparado".

Tito Rafeli

LA VOLTERETA EN MALLORCA

Faltaban unos diez kilómetros para llegar a la casa de la señora María Améstica. Habíamos acordado una entrevista para las 15.30 y como no me gusta llegar tarde a mis compromisos, peligrosamente, aceleré mi motocicleta. Cuando me desplazaba por aquella ruta en la isla de Mallorca, en forma inesperada, desde el bosque, salió un gran conejo blanco que me hizo resbalar al esquivarlo sobre el recalentado pavimento. Casi caí a un precipicio de unos 70 metros que comenzaba en aquella pronunciada y alta curva. Frené mi moto, bajé, me saqué el casco y tomé un poco de aire mientras miraba la profundidad y el filo de las rocas que formaban las paredes del barranco. Mi corazón palpitaba con rapidez. Desde la cima del monte, miré hacia atrás y vi restos de animales fosilizados sobre el camino, también observé la línea blanca que dividía la sinuosa ruta. La subida de la cuesta era pronunciada y de unos 200 metros. No era un camino recto, era sinuoso; similar a algunas carreteras que unen Chile y Argentina por la inmensa cordillera de los Andes.

El lugar era atrayente, tenía unas vistas maravillosas con gran presencia de flora y fauna autóctona. Esta observación puso un poco de calma al susto que había pasado minutos antes cuando se me cruzó el conejo. Pero pronto, al mirar la línea blanca que bajaba por la cuesta, vi algo extraño que se movía con excesiva lentitud. Extraño para ese lugar en donde los coches, muchos de ellos alemanes, se desplazan con rapidez en aquella isla europea. Miré con mayor persistencia pensando que podía ser algún animal de mayor tamaño, por el tipo de bulto. Tal vez un jabalí adulto con sus crías. Me saqué las gafas, las limpié y volvía a mirar aquello que se movía con parsimonia. El fuerte sol, junto a la luminosidad de aquel día, hacían que el asfalto se mostrara espejado, lo que hacía más difícil distinguir qué era lo que se aproximaba hacia mí sin miedo y lentamente, como si le costara subir la pronunciada pendiente.

Saqué la moto del camino y comencé a descender paso a paso por el costado de la ruta. Unos segundos después, ya un poco más abajo, aún no

podía distinguir qué era lo que ascendía. De pronto, diferencié un color verde flúor más caracterizado con la industria que con la naturaleza. Eso me hizo pensar rápidamente que podía ser algún hombre corpulento que remolcaba algo que se desplazaba lentamente cuesta arriba. Bajé unos cincuenta metros y cuando estaba a unos cien de aquel bulto observé que sí era un hombre, pero no me podía explicar en qué se trasportaba a esa velocidad. Seguí bajando y cuando estaba a unos sesenta metros me percaté de lo que era: un hombre subía esa pronunciada cuesta con un triciclo impulsado por sus manos. El hombre iba sentado y los pedales los llevaba a la altura de su pecho. El triciclo estaba lleno de artículos de colores fluorescentes y en la parte de atrás tenía muchas lamparitas que lo iluminaban constantemente. Me encontré con su conductor. Este salió del camino, puso freno, extrajo un termo y me dijo:

-¿Quiere un poco de agua fría?

-Gracias -le dije. Y bebí del agua fresca. Nos hicimos al costado del camino y me preguntó:

-¿Lo asustó el conejo?

-Sí -le respondí mirando sus ojos y luego el resto de su cuerpo completamente sudado. Cubría su cabeza con una gorra muy peculiar: colorida, calada y de visera larga.

-En esta cuesta suelen suceder accidentes. Hace años que vivo aquí y he sabido de unos cuantos con desenlace fatal. Observé lo que le sucedió. Casi cae. Me alegro que no le haya pasado nada, amigo. ¡Tuvo suerte!

-Sí, tuve suerte. Por un instante perdí el control de mi motocicleta. Gracias por preocuparse. Me falta poco para llegar a mi destino.

-¿Dónde va?

-A la calle Córcega Nº 8.

-¿Dónde la señora María Améstica?

-Sí -le respondí.

-Le queda muy poco. Bajando la cima de esta colina, hay una rotonda, luego gire a la izquierda, avance unos 80 metros y llegará. En la puerta hay un cartel con la dirección que usted busca.

-Muchas gracias -le dije. Monté en mi motocicleta y me dirigí donde mi anfitriona que, según me habían contado, solía esperar a sus invitados con exquisitos pastelillos de coco.

La casa era grande con un jardín lleno de flores en donde predominaban las violetas. Su disposición geográfica era excelente, pues a casi todas las habitaciones llegaba el sol. Estábamos en pleno verano con alta temperatura al exterior, pero a la sombra, uno experimentaba una grata sensación térmica. En el inmueble sólo estábamos María Améstica, yo y un perro grande y lanudo de color cobrizo que de tanto en tanto bostezaba, y seguía durmiendo.

Luego de saludarnos y estrecharnos las manos, María Améstica me dejó esperando un instante en la sala. A los pocos minutos, un exquisito aroma a té inundó la habitación mientras yo observaba un gran cuadro inspirado en una playa de la zona. En la parte inferior de éste, donde llegaban unos tenues rayos de sol que se filtraban por entre las hojas de un arbusto amarillento, se leía: "*No basta levantar al débil, hay que sostenerlo después"*, William Shakespeare. Al terminar de leer aquella frase, sentí que se acercaba María Améstica. Cuando la vi aparecer por la puerta, observé que sus manos grandes y fuertes, sostenían una bandeja color plata que transportaba una tetera, dos tazas de porcelana blanca, un platillo con terrones de azúcar negra y unos bizcochos de coco.

Nos sentamos con la parsimonia que distingue a las personas que habitan los pequeños pueblos. Luego de programar mi grabador de voz, lo puse en marcha y tomé mi libreta de anotaciones mientras María Améstica comenzó a narrarme su trágica historia:

"Hace 15 años, mis hijos Juan Bernardo y Carlos Patricio, entonces de 16 y 18 años, se fueron a la playa Arenas Claras que está a unos tres kilómetros de aquí. Para mí, y mi esposo, nada había de extraordinario pues ya hacía años que iban solos sin haber tenido ningún tipo de complicaciones. Eran chicos tranquilos que no daban grandes problemas. No existían motivos que nos hicieran temer algo. En estos pueblos la vida es muy tranquila. Eran sanos, deportistas, sabían nadar, estudiosos, en fin… todo lo que cualquier madre desearía de un hijo. A eso de las 14.00 horas ya estaban en la playa. Era domingo y la mayoría de turistas que se encontraban el aquel balneario eran alemanes. En toda la isla, las aguas son tranquilas. No existen corrientes que ameriten preocupación, nuestro mar es como una gran piscina. En esa época no había servicio de guardavidas ni de otra índole que pudiera resguardar la integridad de las personas en caso de accidente en el mar.

Yo había escuchado que se ahogaban personas en la playa. Pero siempre creía que eran turistas. Confieso que nunca recibí información específica sobre este tema, cosa que lamento tanto, pues uno actúa con mucha ingenuidad ante este tipo de peligros que conlleva la naturaleza; ahora yo estoy muy atenta con mis nietos. ¡Caro fue el precio que tuvimos que pagar para aprender sobre este tipo de accidentes! Hoy, sé que más del 95% de los que mueren ahogados en toda España, no son turistas. Son autóctonos. Por ejemplo, en el año 2008 perdieron la vida ahogados 2.254 personas.

Ese domingo, mi hijo Patricio se bañaba en la playa y su hermano se encontraba unos metros más allá en compañía de unas chicas alemanas, como él habla inglés, charlaban en forma amena. El cuadro parecía una fotografía postal, nadie se podía imaginar que pudiera suceder una desgracia. Había un sol hermoso, sin vientos, el agua estaba cálida y sin olas; en fin, todo lo que uno desea para pasar un bello día. En un momento, en la orilla y con el agua a la cadera, Patricio realizó una voltereta mortal hacia adelante sin ayuda de sus manos. Bernardo, a unos diez metros lo observaba mientras charlaba con las alemanas. Realizó otra voltereta, luego otra, y a la tercera, Bernardo notó que Patricio no salió del agua. Pensó que estaba jugando y siguió conversando con las chicas. Luego de unos segundos, vio que Patricio flotaba en la orilla boca abajo

con los brazos semi extendidos sin ejercer ningún tipo de movimiento. 'Estará mirando algo en el fondo', pensó Bernardo. Pero pronto se percató que algo sucedía, pues no sacaba la cabeza para respirar.

Se acercó a él y le habló 'Patricio, Patricio, ¿estás bien?'. Él no dio gesto de vida. Entonces Bernardo lo tomó con sus brazos y lo dio vuelta. Ahí constató que su hermano estaba inconsciente e inmóvil. Aunque Patricio luego me contó que siempre estuvo consciente, excepto por un período de tiempo en el que sufrió un corto desmayo al no querer respirar agua, pues con el golpe contra la arena -a unos 70 centímetros-, quedó consciente, pero inmóvil. No pudo mover ningún miembro que le permitiera volcarse hacia arriba para poder respirar.

Bernardo lo arrastró hacia la playa y lo tendió boca arriba, ahí se quedó sin dar movimientos de vida. Luego le giraron la cabeza a un costado, vomitó un poco de agua y comenzó a respirar con dificultad (él observaba todo lo que pasaba, como un narrador omnisciente en tercera persona). Trataron de incorporarlo con métodos caseros de resucitación, pero no hubo caso. Entonces, se apersonó en el lugar un médico alemán que estaba de vacaciones. Él le prestó los primeros auxilios profesionales. Inmediatamente después de ver que no se incorporaba y permanecía en un estado inerte, pidió que llamaran una ambulancia. Alguien consiguió un teléfono y llamaron a varios hospitales de la zona. La primera ambulancia se perdió en el camino y llegó junto a otras después de dos horas. El médico estaba indignado por la tardanza. Cada cinco minutos, levantaba la cabeza buscando la ambulancia que no llegaba. Incluso, a ratos, pedía silencio para poder escuchar la sirena.

Ahí comenzó una inesperada odisea que transformó nuestras vidas para siempre. Primero lo trasladaron a un hospital de la zona, luego a otro más especializado en ese tipo de accidentes dentro del país. Así, en rehabilitación pasó dos años sin experimentar grandes cambios. Luego lo trasladaron a otro hospital, aún más especializado, pero nada. Seguía en las mismas condiciones. El diagnóstico fue una lesión medular con pérdida de movilidad: tetraplejia. Se había dañado la 5º y la 6º vértebra.

¡Qué curioso! Yo no sabía nada de este tema, esto fue totalmente inesperado para mí. Mi hijo Patricio me contó que al dar la voltereta tipo mortal con las manos sujetas a la cintura, al llegar al fondo de las aguas, unos 70 centímetros; cayó en la arena con la parte trasera de la nuca, desde ahí, consciente, no pudo ejecutar ningún movimiento más. Se quedó boca abajo en el agua mirando el fondo y conteniendo la respiración. Desesperado, sólo vio a una pareja de peces de color turquesa que lo observaron serenamente, hasta que perdió el conocimiento al no poder permanecer más tiempo sin respirar. La Fortuna, hizo que su hermano Bernardo estuviera cerca de él y lo rescatara. Eso fue lo que pasó. En forma paradójica, hoy he leído que en algunos países Europeos desaconsejan este tipo de inmersión (clavados, voltereta, etc.), sí animan las inmersiones en las cuales no se ponga en riesgo las delicadas vertebras u otros órganos sensibles como la cabeza. Por ejemplo, recomiendan lanzarse al agua, en vez de clavados, palillo.

¡Mire, ahí viene Patricio!". El perro paró las orejas y lanzó un gemido nasal elevando la cabeza.

Al final del corredor, después del jardín, se abrió una amplia puerta de madera color café. El perro corrió y saludó a un hombre que lo acarició detrás de una planta verde de hojas grandes. Por un pasillo ancho y curvado de unos quince metros, avanzó un individuo en una silla de ruedas. Cuando se acercó a nuestra mesa me quedé sorprendido, pues era el mismo hombre que me había dado agua fresca en la ruta minutos atrás.

-¡Qué tal! -le dije.

-Hola -me respondió sonriendo.

-¡Qué sorpresa!

-Para mí no tanto.

-¿Estás cansado?

-Un poco. Tengo que hacer ejercicio.

-Pero… ¡es mucho el esfuerzo que haces!

-Ya me acostumbré. Además en mi condición, me hace bien. ¿No lo cree?

-Sí, claro.

Tito Rafeli

UNA ROSA ROJA

El pequeño Flavio tendría unos dos años de edad, era moreno, de cabello negro, nariz achatada, carita redonda y seria. Su aspecto físico era el de un niño robusto de semblante sano.

Estando a la orilla del mar, con la mano derecha bajó su sucinto slip rojo que en la parte de los genitales lucía un logotipo con la letra "S", en amarillo. De Súperman.

En ese momento la playa estaba llena de gente; entonces, sacó su pene, miró hacia el mar y lanzó un chorro de orina con el que, según él, *pretendía desbordar el mar*. Masa de agua que no distingue entre edades, nivel social, etnia, color o religión cuando se presenta el inesperado ahogamiento.

Después de recrear a José Santa María con esta expresión de desinhibición, en el cual la orina dibujaba un pequeño arco que caía en el mar, las horas de aquella mañana trascurrieron con normalidad. Ese día de enero hizo mucho calor, esto influyó para que los turistas se internaran en las aguas verdes y cálidas que se habían instalado la noche anterior, empujadas por el viento del sudeste.

En ese momento eran la 11 de la mañana, el viento era suave del nor-nordeste y el mar presentaba olas altas y continuas que se desplazaban con fuerza. La marea sufría un fenómeno conocido con el nombre de "Mareas Vivas".

Estando en pleamar, José Santa María junto a su compañero guardavidas Antonio Vásquez, se encontraban sentados en lo alto de su mangrullo observando atentamente el movimiento de los bañistas en el agua.

A unos setenta metros al sur de su posición, José Santa María vio algo extraño. Recorrió con su vista un ángulo abierto, desde el mangrullo

sur hasta el observatorio norte; ambos ubicados a unos doscientos metros a cada lado del suyo. Con una segunda mirada creyó reconocer algo sospechoso, esperó el tercer ciclo de observación y detuvo su vista ahí, setenta metros al sudeste.

Un hombre alto con un niño en sus brazos se internaba mar adentro. El niño, tendría aproximadamente tres años de edad. El individuo se encontraba entre la segunda y tercera canaleta. Rápidamente, José Santa María le comunicó a Antonio Vásquez que bajaría a hacerle señal de precaución. Sereno, pero con presteza se dirigió hacia ellos.

— ¡Joven! —dijo una mujer de unos cuarenta años con voz ronca y mirada interrogante. Su maxilar inferior tableteaba sin control y su mirada denotaba una inquietud extrema— He perdido a mi hijo, tiene tres años y lleva puesta una malla roja, ¿usted lo ha visto...? ¡Estoy desesperada!

—Recién vi a un niño con esas características por aquí, pero después de un rato desapareció de mi vista. Yo le aconsejaría que mantuviera la calma, es muy frecuente que en estos días de verano se extravíen niños de corta edad. En casi la totalidad de los casos aparecen sin haber sufrido ningún problema. Llamaré por radio a otros puestos cercanos para que lo busquen, si hay alguna novedad, yo le avisaré ¿dónde instaló su carpa?

—Ahí, donde está mi esposo. —Respondió la mujer y se incorporó rápidamente a la búsqueda de su hijo.

Mientras tanto, José Santa María se había ubicado a unos treinta metros en línea recta a su refugio y los llamó con dos pitazos cortos, nada; vuelve a repetir el llamado, pero esta vez con mayor insistencia. Padre e hijo permanecieron inmutables. Ahora colocó las manos alrededor de su boca, de modo de dirigir los fuertes sonidos. El hombre se dio media vuelta y lo miró, inmediatamente, José Santa María les hizo una señal con su mano para que se acercaran a su puesto.

En la medida en que se movilizaba hacia fuera, el turista crecía, y cuando llegó a unos siete metros, le preguntó: "¿qué pasa?". José Santa

María, de 1.65, fornido, pero no un super musculoso lo miró de abajo hacia arriba.

El moreno gigante pesaría unos 110 kilogramos: su cabello era corto, negro con rizos que caían sobre sus ojos y orejas. Su cara redonda con pecas, los labios finos y la nariz pequeña. De su abdomen colgaba una protuberante barriga que terminaba en un short negro con vivos blancos a los costados. Las piernas eran fuertes, largas y todo su cuerpo estaba enrojecido por los rayos del sol.

—Buenos días y bienvenidos a Mar del Tuyú, le comunico que el mar está peligroso y tiene que sacar a su hijo de esta zona de aguas semi profundas, si lo llegara a soltar, podría ahogarse —le informó José Santa María.

— ¡Nunca me habían dicho eso! Yo veraneo en estas playas desde hace varios años y nunca me dijeron algo así —respondió.

—En este momento la playa está llena de gente y no puedo darle mayores explicaciones, pero le informo que los seres humanos tenemos un instinto de supervivencia, *propio*, cuando estamos debajo del agua. Los adultos, cuando comienzan a ahogarse, tienden a quedarse en la superficie, patalean y flotan durante unos minutos. Entonces nosotros los vemos y nos lanzamos al rescate. Pero los niños se comportan en forma diferente, muchos de ellos tienden a quedarse debajo del agua y accionan un mecanismo de supervivencia que les permite permanecer varios minutos con vida; 5, 10..., a algunos los han encontrado después de más de 20 minutos bajo el agua, se les practica reanimación pulmonar y en muchos casos reaccionan en forma positiva. El problema es que en estas costas, no todos los días, el agua no es totalmente transparente, y una vez sumergido, es muy difícil que lo encontremos, ni tú, ni nosotros. Además, en las canaletas viajan corrientes en diferentes direcciones —le comunicó José Santa María.

— ¡Pero... yo soy fuerte…, y no soltaré a mi hijo! que es lo que más quiero.

—Yo estoy seguro que tus intenciones no son soltar a tu hijo, pero *desde la cintura hacia arriba, el mar es el que manda* y una ola lo puede quitar de

tus brazos. Además, no conoces bien esta geografía en donde hay accidentes como pozos, chupones que te pueden hacer caer y perderlo. Te cuento que casi todos los años se ahogan niños de esta forma. Ahora, me disculpas porque en estos momentos hay mucha gente en la playa y tengo que regresar a mi puesto.

— ¡Qué raro! A mí nunca me hablaron de estas cosas.

—Creo que serás lo suficientemente razonable como para hacerme caso. Buenos días —José Santa María dio media vuelta y se retiró a su mangrullo.

El Rey Pecoso en forma despectiva caminó lentamente hacia la orilla en busca de aguas menos profundas. El conciso coloquio fue observado por varias personas que se encontraban cerca de ambos.

—José, recién vino una mujer a preguntar por su hijo que perdió hace unos minutos, yo avisé por radio a los demás puestos —le comunicó Antonio Vásquez cuando regresó al mangrullo.

—Está bien, esperemos unos minutos, es probable que lo hayan encontrado y estén ubicados con alguna autoridad.

—Joven..., ¡joven! Ya encontraron a mi hijo. Al verlo deambular solo y llorando por la playa, unas personas se percataron y lo llevaron al puesto de guardavidas de al lado. Muchas gracias por todo.

La mujer se retiró con el niño en sus brazos y con ganas de nunca más dejarlo solo, ni siquiera por un instante. Pasaron los minutos y se hicieron las 18. Antonio Vásquez junto a José Santa María seguían observando a los bañistas. Entonces, en uno de los giros de cabezas *algo libidinoso* brilló a la distancia: una hebilla reflejaba destellos solares desde un pequeño bikini rojo. Un cuerpo femenino se insertaba en estas pequeñas prendas. La mujer caminaba desde el muelle hacia el sur. Cuando pasó cerca del mangrullo, un cruce de miradas comunicó a aquella turista con los ojos de José Santa María. Como un zombi alzó su palma y la agitó como si limpiara un vidrio con lentitud, sin sacar su aguda mirada de esos ojos

achinados que le sonreían. La chispeante joven contestó el saludo ejecutando el mismo gesto con su mano derecha, mientras dibujaba con su rostro una amplia sonrisa. Al instante, levantó el pie derecho y apoyó el empeine en la pantorrilla izquierda -inclinando levemente esta rodilla- y quebrando un poco la cadera. José respiró hondo mientras su tórax se infló como un globo. Las miradas son el lenguaje del corazón, reza el refrán.

— ¡Hola!

— ¡Hola! —Respondió ella.

La distracción duró sólo segundos, porque José Santa María volvió la vista al agua y dándole un codazo a Antonio Vásquez le dijo: "Le obsequiaré treinta segundos al amor, mira con mis ojos", y sacó de una de las esquinas del mangrullo una fresia amarilla que esa mañana había cortado de su jardín. De su mochila extrajo una hoja amarilla prolijamente escrita con letras de color turquesa, enrollada en forma de cilindro y atada con una cinta roja; entonces, extendió su brazo derecho y le dijo: "Toma, te regalo este poema que escribió un poeta loco que deambula solitario por estas por costas. El peculiar personaje está obsesionado; dice que él sabe cómo se puedo detener el tiempo, que no es un asunto difícil, sólo hay que atreverse:

MINUTOS CORTOS Y MINUTOS LARGOS

La hora del prisionero es infinita, la hora del
enamorado es breve: ¿Cuál es el valor del tiempo?

¿Existen los minutos cortos y los minutos largos?
Cada uno, ¿cómo aborda su Tiempo?

¡Yo sé cómo se puede trabar la aguja de reloj!:

En las noches de verano, al caer la tarde a la orilla del mar y bajo un cielo lluvioso de fosforescentes estrellas; sentí que se detuvo la aguja del reloj cuando contemplé, con serena percepción, los confines de la

sabia Naturaleza que en su simpleza, a diario, nos muestra el camino del bienestar.

Luego…, al amanecer, y en el mismo lugar: el sol que calentaba mis hombros, me empujó hacia la realidad y recordé cuando, en la playa, toqué sus tibios senos, que como botones de rosa en primavera, se arrullaron con ternura entre mis suaves manos.

Más allá…, en la arena: se leía un verso que había escrito la sabia Naturaleza: "¡Pobre, tonto!, quieres disfrutar de las estrellas más lindas del firmamento, y no disfrutas de las rosas perfumadas que tienes en tu jardín".

Héctor Aguilera

Además ten esta flor, su color es como el sol crepuscular de otoño que entibia la espalda. Y su aroma, ¡ah..., su aroma!; es como el humo del Ámbar, que se contornea formando figuras que acompañan la siesta en una tarde de otoño pueblerino".

Las miradas se cruzaron de tal manera que las palabras estaban demás, mientras que sus pequeñas manos femeninas recibían aquel simple y representativo obsequio. Manos de trabajadora, tal vez docente, tal vez cajera de un supermercado o tal vez las de un ama de casa. De su boca amplia emanó una sonrisa complaciente y enamoradiza, mientras sus ojos se achicaron.

—Gracias, leeré el poema y..., ¡esta noche! pondré la flor en mi almohada. Espero encontrar esas figuras que dicen que existen —dijo la joven.

El corto coloquio romántico duró lo que dura la luz del rayo, pero tuvo esa intensidad. La curvilínea mujer guitarra tomó los obsequios, siguió caminando y se perdió en medio de la multitud.

Pasaron algunos días de aquel grato encuentro, cuando -adiestrado en la observación- José Santa María advirtió que un *gigante* se acercaba desde el sudeste. El Rey Pecoso se aproximaba con paso firme, mirada fija en el mangrullo y muy serio.

Cuando llegó al observatorio, levantó su brazo y señaló con el dedo.
— ¡Con vos quiero hablar!, ¡no me gustó lo que me dijiste!
Antonio Vásquez miró a José Santa María y se dispuso a bajar del mangrullo. Éste lo tomó de un brazo.

—No, creo que lo puedo solucionar, si no lo logro, ¡socórreme amigo!

—Bajó las escaleras y se dirigió al hombre alto.

—Charlemos aquí al costado del mangrullo, así observo a los bañistas.

Este no es el momento más apropiado para hablar, pero creo que nos debemos mayor entendimiento.

El Gigante Pecoso se cruzó de brazos y lo miró hacia abajo.

— ¡Por qué me sacaste así del agua! ¡A los pitazos! ¡Delante de toda la gente! ¿Quién te crees vos para sacarme así? Hace años que vengo a esta playa y nadie había argumentado esas teorías para sacarme del mar.

—Ya te expliqué cuáles fueron mis razones para pedirte que te retiraras de esa zona; y te vuelvo a reiterar que si llegas a perder a tu hijo, será difícil que lo encontremos, porque los niños tienden a quedarse debajo del agua. El ahogamiento es la segunda causa de muerte infantil en Argentina y Estados Unidos.

—Para mí, toda esta explicación es palabrería, verso que ocupás para engrupirme.

Después de decir esto, el hombre pecoso, en forma improvista, movió su hombro y levantó su brazo, su palma se cerró y miró a José Santa María a los ojos como un gallo en rabioso. La cara del hombre alto tenía gotitas de transpiración en la frente, mejillas y debajo de la nariz. Abruptamente dejó caer su puño al vacío, que como un brazo sin vida, se quedó inmóvil al costado derecho de su cintura. José Santa María, al avistar ese movimiento dio un paso hacia atrás para evitar que le llegara un posible golpe.

— ¡Andá!, ¡andá a hacer facha que para eso sí estás mandado a hacer!, ¡andá!, ¡andá...! ¡Hp!

— ¡No! Yo te dejé hablar, ahora quiero que me dejes a mí.

—No tengo nada que hablar con vos, ¡Patovica!

—No es así, yo te dejé hablar, te di mis explicaciones y te escuché. Ahora te pido que me escuches, por favor.

El hombre alto comenzó a caminar, un metro para atrás, uno para adelante, otro oblicuo. Realizaba cortas respiraciones por la boca entreabierta elevando el tórax constantemente.

—Todas las teorías que te expliqué me las enseñaron profesionales idóneos: médicos, psicólogos, docentes, gente que tiene años trabajando y viviendo en estas zonas. Si tienes dudas de lo que te digo, acá a cien metros del muelle hay una sala de primeros auxilios, ahí, puedes hablar con algún médico y consultarle sobre lo que te he explicado. De esa forma saldrás de la incertidumbre, si te he mentido o no.

—Bla, bla, bla, bla... ¡son todos grupos!

—Además, no tengo físico de Patovica, porque no practico fisiculturismo, sólo tengo el cuerpo que la natación y mi genética me dieron. Y el slip que uso, es parte de mi equipo de trabajo, por ser pequeño y ajustado tiene menos resistencia al roce con el agua, por lo tanto nado más rápido y si alguna víctima se quiere agarrar de él, seguramente resbalará, entonces podré dominarla mejor.

— ¡Te digo algo!, es por estas cosas que cada vez hay menos turistas en estas playas. Porque cuando uno va a otros países, ¡ahí sí lo tratan bien!, no como acá que te tiran las cosas en la cara.

— ¡Un momento!, yo nunca te he tratado en forma irrespetuosa, e incluso, hasta mi tono de voz a sido mesurado; entonces tú no puedes decir que te hemos tratado mal. Podrás estar en desacuerdo con mi forma de hacer prevención, pero no digas que hemos sido irrespetuosos contigo. Al ser preventivo, sólo ocupo la cordura, porque cada persona que se enfrenta a una de estas situaciones límites de rescate, también se enfrenta a un shock y posibles traumas, que tal vez a posterior lo alejen para siempre de las actividades acuáticas. Además, pienso que no es inteligente arriesgar sus vidas y las nuestras en salvamentos que se pueden evitar con precaución. Soy de los que piensan que el mejor guardavidas es el que menos rescates tiene, porque ocupa sus conocimientos para prevenir. Evita actuar cuando el hecho está consumado.

— ¡Andá! ¡Andá! Patovica, ¡subíte allá arriba y hacé facha! —Frunció el rostro, dio media vuelta y se fue.

— ¿En qué trabajas?

— ¡Eso a vos no te importa!

—Dime, ¿en qué trabajas?

—Mantenimiento de canchas de tenis —refunfuñó.

— ¿Qué haces ahí? Específicamente.

—Emparejo canchas de tenis de ladrillo molido —contestó con voz pausada.

—Si yo tuviera que hacer ese trabajo, no sabría cómo realizarlo. Pocas veces he entrado a una cancha de tenis y seguramente tú serás un experto en la materia, sobre todo cuando hay que emparejar declives, pocitos…; el tratamiento cuando llueve, en fin... ¿Cuántos años hace que trabajas en eso?

—Siete años.

—Similar al tiempo que demora un médico para recibirse. Seguramente tus sentidos y tus manos se han adiestrado en esa especializada tarea. Deduzco que debes ser un hombre experimentado y eficiente, de lo contrario te habrían despedido.

—Y..., sí.

—Acá sucede algo similar: yo vivo en esta zona costera hace muchos años, en este mismo sector, unas cuadras hacia el campo. Veo todos los días el mar, nado durante todo el año aquí; también pesco y me recreo en estas playas. Observo sus accidentes, su relieve, su flora, su fauna. Si me mandaran a alisar una cancha de tenis, creo no estar preparado y seguramente no lo haría bien.

El Rey Pecoso permanecía en silencio, dio media vuelta y se marchó. José Santa María se subió al observatorio, entonces Antonio Vásquez le dijo:

— ¡Uf...!, estuvieron a punto de pelearse.

—Tal vez, pero antes de llegar a esa situación tan desagradable, había que agotar todas las posibilidades de entendimiento. Espero haberlo logrado — acotó José Santa María.

Pasaron dos días sin grandes acontecimientos. Cuando eran las 18.45, un ave Brasita se posó en el extremo sur del mangrullo. El día era húmedo y caluroso, el mar estaba de color turquesa y la suave brisa proveniente del noreste perfumaba con olor a yodo. El pájaro tenía su pecho y parte dorsal de color rojo purpúreo, tonalidad que se distinguía por su intensidad; tal vez comparable con las brasas rojas del quebracho que se quema durante los largos y fríos inviernos costeros. El color pardo que luce en el resto del cuerpo, es sólo un tono accesorio en el llamativo plumaje. El cantor miraba a José Santa María de costado, se quedó unos instantes y comenzó a trinar alegremente como anunciando algo. Observaba el sol,

luego giraba y veía el mar; curvaba la cabeza y miraba a José. Era la sabia naturaleza que ponía un sedante en el ocaso de una jornada más de trabajo.

—Tenías razón —dijo una voz ronca y pausada—, tenías razón. Solamente te vengo a pedir disculpas, recién llegaba de Buenos Aires, había trabajado dos meses haciendo horas extras sin días de descanso. Manejé mi automóvil durante toda la noche. Esa ciudad es muy estresante. En estos cinco días que he vivido aquí me he calmado, reflexioné y me di cuenta, aunque no fui a ningún médico, que había buena intención de tu parte, sólo querías proteger a mi familia. Es por eso que, de aquí en adelante, ¡no vendré más a esta playa!, ¡me infringiré este castigo!

— ¡No!, no creo que esa sea razón suficiente para que te vayas a otra playa, pues no hiciste nada malo. Tal vez podríamos cuestionar el método que utilizaste para quejarte, pero hiciste algo que cualquier ciudadano debiera utilizar. Hiciste activa la democracia directa, viniste a reclamar lo que te pareció dudoso. No todos los guardavidas actúan de la misma forma. Yo creo que estos cuestionamientos provocan relaciones más beneficiosas entre turistas y socorristas, por supuesto, cada uno en su rol. ¿Quién te dijo que a nosotros no se nos puede criticar nuestro accionar? Tal vez estas críticas puedan ayudar a plantearnos una mejor comunicación, y que este diálogo, pueda servirnos para crear un mundo mejor; más solidario, más humano, mejor entendido. Así es que en nombre de “mejores relaciones humanas” no me hagas sentir mal y quédate aquí, en esta playa, y disfruta de tus vacaciones tan merecidas.

El Gigante Pecoso le dio la mano y se fue, caminó unos pasos; luego volvió y con una sonrisa lo abrazó y le dijo:

—En las tardes, vendré con mi esposa y mi hijo a cebarte unos mates, ¡ya que no he visto ninguna chica que lo haga!

—A veces la hay, pero eso no es problema, todos podemos disfrutar de esta hermosa temporada —declaró el guardavidas.

A esa hora José Santa María se encontraba solo en su mangrullo, pues Antonio Vásquez se había retirado a las 18. Luego su reloj tocó la

alarma de las 19 con dos sonidos sin eco que salieron de la cajita nippona. Guardó sus cosas en la mochila, enrolló la bandera y sacó el mástil. Luego, tomó el salvavidas y se alejó caminando por la orilla del mar en busca de su bicicleta.

Así llegó hasta las columnas que sostenían al muelle: el lugar era sombrío, cálido y agradable, había poca gente. Al tomar el manubrio de su rodado, sobre el asiento, encontró una flor roja con un espinoso tallo verde. José Santa María se sorprendió y como buscando algo en la arena, siguió unas huellas que se alejaban.

A unos siete metros, junto a uno de los pilares del muelle -en cuyas bases giraba agua cristalina- encontró dos pies femeninos. Fue subiendo su mirada por las fuertes pantorrillas trigueñas que se conectaban a dos fornidos muslos, donde brillaban pequeños vellos dorados por el sol que se perdían en un ajustado short azul que, a su vez, dejaba contornear sus caderas anchas y cintura de guitarra. La parte superior de su bikini rojo sostenía sus maduros senos. Una pequeña gargantilla color oro adornaba su cuello y un pañuelo azul eléctrico con flores blancas y vivos rojos cubría su cabellera. De su boca amplia florecía una sonrisa recatada y en su mirada, habitaban dos luciérnagas que despertaron los cansados ojos de José Santa María que quedó atónito sin saber qué hacer.

Alejandra se acercó a la bicicleta batiendo el agua con sus pies y con sus manos tomó el volante -atrapando la rueda entre sus piernas-. Con un tono de voz pausado le dijo:

—Estoy encantada con el perfume de las fresias, con el poema y con la música de las olas... Te traje de regalo esta rosa roja, el rojo es el primer color del espectro solar, es el color de los románticos, de los que no se mueren en la víspera y en este caso, de los que quieren vivir la vida como protagonistas, no como meros espectadores que la ven pasar observándola en la televisión. Hace días que duermo con este aroma; ahora, la flor ya se secó y no emana más ese perfume adormecedor. Vengo en busca de más aroma. ¿Me llevas en tu bicicleta?

— ¿A dónde? —respondió con una mirada detenida en sus ojos.

—Donde tú quieras, donde haya luna, donde haya estrellas, donde haya flores. Donde pueda escuchar el croar de las ranas, el canto de los grillos, la música de las olas y, como dice el poeta Héctor Aguilera, quiero buscar el "Ocio creativo y silvestre..." quiero vivir el intenso minuto de los enamorados.

Se subió al caño horizontal de la bicicleta y avanzaron unos metros mientras el sol crepuscular les daba en sus perfiles. En el camino, unos *plumeros* erguidos se doblaban con la brisa que también acariciaba sus mejillas, las plantas de ramaje verde exhibían orgullosas sus altas varas blanco invierno que se encaramaban desde su centro.

—Tenemos un problema —musitó con dificultad—, con mis dientes sostengo la rosa que me diste, cuando llegue a casa quiero ponerla en un florero, pero con mi mordida la estoy estropeando, y nuestras manos están ocupadas sosteniéndonos en la bicicleta.

—Dámela.

Entonces torció el cuello hacia arriba y hacia atrás, abrió su boca y con sus dientes, sacó la rosa de la otra boca. Ahí miró a ambos lados de la calle sonriendo, discretamente. Con su mano derecha tomó la flor y la puso entre sus firmes senos; emergentes como dos pimpollos de rosas hinchados en primavera.

— ¿Se me ve bien la rosa?

—Sí —expresó José Santa María observándola de reojo, como cuando mira de perfil un potro dócil.

—Me alegro de que te guste, lo hice para ti —José Santa María inclinó su cabeza y le besó la nuca, ella sonrió alegre y elegante, entonces observó el mar que se perdía de su vista. Luego se extraviaron después de bajar la loma.

Tito Rafeli

SORPRESA EN LA HABANA

EN DONDE HABITA LA FLOR PEFUMADA TAMBIÉN HABITA LA VÍVORA SILVETRE

Hacía una semana que había llegado a la Habana y aún mis ojos estaban impresionados al ver tanta belleza en su naturaleza, en especial en las riveras de sus playas. Recuerdo que cuando bajé del avión, rápidamente, me di cuenta que estaba en La Mayor de las Antillas al saludar a una empleada del aeropuerto, cuya amplia sonrisa inundó mis sentidos. Allende, se escuchó una alegre canción juvenil de Buena Vista Social Club "Amor de Loca Juventud".

El miércoles en la mañana, había ido a visitar el Acuario Nacional y a tomar un helado al Coppelia antes de bañarme en esa playa que me iba a dar aquella sorpresa que, más que una sorpresa, sería una gran enseñanza que me serviría para toda la vida, en especial en la supervivencia en situaciones de riesgo y en mi futuro trabajo como guardavidas: esperar lo inesperado.

Recuerdo que ese día había llovido copiosamente en la Habana y el aroma a guayaba que desde no sé dónde salía le daba ese encanto, que sólo se observa en aquella colonial ciudad bañada por el misterioso mar del Caribe. Cuando llegué al Coppelia, inmediatamente hice la cola detrás de unas estudiantes de raza negra, color que me llamó la atención pues en Chile, mi tierra natal, no existe esa etnia. Les pregunté cuánto valía el helado, sonrieron y me respondieron. Saqué de mi bolsillo unos pesos cubanos y me di cuenta que tenía capital como para comprar varios kilos. Una de ellas se percató que yo no conocía bien el dinero, se acercó, me pidió los billetes, los separó y me dijo en tono caribeño y gutural: "Compañero, con esto que está aquí", y me señaló los billetes que blandía en su mano, "pague el helado y el resto…, métaselo en el bolsillo"; y se largaron a reír. "Gracias", le respondí, e inmediatamente les pregunté ¿por qué ríen? Volvieron a sonreír las tres y al observarlas, deduje la respuesta que estaba suscrita en sus rostros: simplemente era amabilidad y curiosidad expresada hacia un estudiante extranjero recién llegado a la isla. Pero, esa

mueca dulce y ausente de cinismo, fue la causante de aquella peligrosa y sabia aventura que marcó para siempre mi existencia en aquella sorpresiva ensenada habanera.

Luego de un rato de hacer la cola -asunto muy común en Cuba-, comenzamos a conocernos: ellas se presentaron como estudiantes de medicina residentes en la Habana y yo, como ex estudiante de ingeniería en la República de Chile (las tres guardaron silencio abriendo y moviendo solo sus expresivos ojos). Pronto me percaté de dos cosas: que los cuatro hablábamos con los semblantes llenos de risa y que sus pieles negras eran bellísimas, tenían la turgencia de un durazno en maduración. Una de ellas, Marta María, mostraba una piel negro azulado que brillaba cuando el resplandor del sol, a ratos, aparecía por entremedio del tropical follaje y le daba en su hombro cubierto por una camiseta de color rojo intenso. Luego de comprar los helados nos sentamos, charlamos y me invitaron a pasar esa tarde en una de las calas de la Habana Vieja. Marta María me hizo un mapa. Cuando dibujaba sobre un pedazo de papel madera que extrajo de su bolso, de dónde también sacó sus gafas de lectura, observé sus prolijas manos cuyas palmas eran más claras que la otra parte del miembro. Su brazo era fuerte, así como sus piernas que caían debajo de sus anchas caderas y sinuosa cintura.

El día era parsimonioso y con calor, variable climática que amenguaba debajo de aquellos frondosos árboles que nos daban sombra. La cuidad de la Habana guarda ese no *sé qué*, que le da un encanto maravilloso: carece de estridencia y de grandes rascacielos, sus ciudadanos -cálidos como una braza por dentro- se desplazan con la cadencia del atardecer y siempre, en donde uno esté, se escuchan aquellos timbales que alegran el corazón. *No menor valor de la raza negra*, diría Shakespeare.

Bajé de la guagua y me dirigí al lugar señalado en el mapa. El chofer me había dejado en la parada más cerca a la zona buscada. Una vez fuera del transporte público, comencé a caminar debajo de aquel fuerte sol; en el trayecto me encontré con un puesto de comida rápida, extraje mi dinero, compré unos buñuelos de pescado y frutas tropicales. Aún tenía tiempo para la cita que era a las 15.30.

Llegué a la zona señalada a las 14.30 y no vi a mis tres amigas. El lugar era irregular y los dos extremos de la cala eran muy similares, cuestión que me confundió un poco, pues ahí me di cuenta que no habíamos señalado en qué parte de la caleta nos encontraríamos. Para mí, en esa época, todos los ciudadanos de raza negra *eran iguales*, pues aún no había aprendido a distinguirlos; variable que haría más difícil reconocer a mis tres amigas si no las veía de cerca, menos aún si estaban vestidas con bañador.

El sol picaba fuerte y me senté debajo de un arbusto que estaba más cerca de uno de los extremos de la ensenada. Reposé un rato tranquilamente, hasta dormí una pequeña siesta. Al despertar comencé a observar mi entorno y comprendí que las bellezas de la Naturaleza no tienen comparación: ¿Qué fortuna se podría llegar a pagar por una Fresia extinguida? ¿Cuál es el film que reemplazaría el original paisaje sub acuático del Caribe? ¿Qué máquina puede imitar la gracia del gato? ¿Qué sueño puede igualar el gustillo de un seno en flor o el sabor de los besos?, ¿Con qué fortuna se puede comprar el amor genuino o los cuidados que el hijo condescendiente hace a sus padres ancianos? ¿Qué mímica puede reemplazar el fraterno abrazo a la viuda asolada o el arrullo que brinda la madre al recién nacido? ¿Qué ficción puede igualar la caminata descalzo por la orilla del mar o el cabalgar por las llanuras verdes sobre el rocío de la aurora?

Di unos pasos y me acerqué a la orilla del mar en donde los pequeños peces de colores nadaban en forma armónica, como cuando los cubanos bailan salsa ausente de todo exhibicionismo y llenos de gracia y talento. Es evidente que el clima determina la conducta social de los pueblos.

Me saqué la ropa quedando en short de baño y metí mis pies en las turquesas aguas con fondo de arena blanca. El fluido estaba gratamente refrescante. Poco a poco comencé a caminar por la playa mientras los pequeños e inofensivos pececillos de colores rondaban por mis pies. Miré a mi entorno y sólo vi a un matrimonio con su hijo que estaba a la sombra en el centro de la caleta.

Poco a poco fui avanzando mar adentro en aquella playa solitaria cuya plataforma submarina era visible a los ojos y cuya altura iba en un declive de menor a mayor imperceptible al ojo humano. Me puse a nadar crol cuando el fluido me llegó a la cintura. A ratos me ponía de pie dándome cuenta que avanzaba, pero que el nivel del agua permanecía casi donde mismo, a la altura de mi pecho.

Fue así que, en un momento me percaté que había penetrado mar adentro unos doscientos metros. El lugar más distante de mi posición era el centro de la ensenada. De pronto, desde uno de los extremos de la caleta, alguien me hizo seña con las manos. Yo saludé con el brazo pensado que eran mis nuevas amigas y dispuse mi nado, tranquilamente, hacia ese sector de la ensenada. Al nadar crol en forma continua, uno deja de observar el entorno; aún no había aprendido a nadar crol en el mar en donde uno, de vez en cuando, hace un giro más lento con la cabeza afuera del agua para mirar el entorno y dar dirección al nado.

Para no parecer descortés, una vez que avancé unos ciento veinte metros, me puse de pie y los volví a saludar nuevamente con mi mano en alto. Ahí observé que, al parecer, también hacían señales con sus voces, pues creí ver gesticular sus bocas mientras movían sus ropas claras con sus manos. Avancé un poco más y sentí voces, pero como a uno le cuesta un tiempo reconocer la intención de la voz de un determinado pueblo, no me di cuenta del peligro en el que me encontraba.

Hoy, deduzco que mi agudo instinto de supervivencia desarrollado en mi juventud en Chile, encendió la alarma en mi percepción de aquel riesgo. Algo raro estaba sucediendo. Rápidamente me puse de pie y traté de escuchar lo que me decían. Desde la ensenada apuntaban a algo que estaría cerca de mí, detrás de mí o a un costado. Instintivamente me puse en alerta y comencé a observar mi entorno marítimo. En un primer momento, pensé que se podía tratar de alguna embarcación liviana que se me acercaba, pero no vi nada.

Luego reconocí a mis tres amigas que, desesperadas, señalaban algo que estaría cerca de mí, entonces miré a mí alrededor hasta que vi dos aletas de tiburones que me circundaban. Mi corazón aumentó su frecuencia

cardíaca inmediatamente. No conocía ningún protocolo para actuar en esa situación y rápidamente me lancé a nadar crol en dirección a la ensenada más cercana que era de donde venían las voces de alarma.

Recuerdo que nadé con mucha fuerza en un estilo que aún no había perfeccionado, en esa época sólo tenía un nado amateur. No me detuve a mirar las aletas que suponía se desplazaban junto a mí. Simplemente nadé con la mayor velocidad que pude hacia donde se ubicaban mis amigas junto a otras personas. Cuando estaba a unos diez metros, observé que un grupo de cubanos se habían sacado algunas prendas de vestir y las movían con la intención de ahuyentar a los tiburones. De pronto llegué a un risco desde donde me tendieron una mano firme. Aquel brazo, apoyado en sus fuertes piernas, de un brinco me subió a la roca poniéndome a salvo. Aquella mano negra salvadora era de Marta María que me dijo, "¡chico…! Tú no sabes que en donde habita la flor perfumada, también habita la víbora silvestre".

¿Qué pasó?

Luego, cuando ya estuve a salvo, Marta María me informó lo que había ocurrido. En la entrada de la caleta había un gran letrero que decía "PROHIBIDO BAÑARSE", por esta razón la playa estaba vacía y el matrimonio que había, no se hizo a la mar. Las indicaciones estaban bien formuladas. El problema fue que me dejé llevar por mis emociones, altamente influenciadas por una naturaleza bellísima que alteró mis sentidos, confundiendo mi instinto de supervivencia e inhibió mi razonamiento preventivo. Los científicos cubanos especializados, me explicaron que cuando uno llega a un lugar desconocido debe ser cauteloso, por bella y exótico que parezca. En aguas abiertas, se debe observar si hay carteles informativos, sólo se debe entrar al agua donde haya servicio de guardavidas, saber su horario y observar si se encuentran en su puesto. También se les debe consultar dónde bañarse y cómo son las condiciones de aquellas aguas.

Tito Rafeli

BANDERA ROJA

La noche era diáfana, había luna llena y los astros se traslucían entre medio de las uvas pequeñas y negro azuladas que brillaban en medio del follaje del parrón.

De una radio a transistores acomodada en un pequeño banco de mimbre fluía una melodía que agradaba el lugar. El tango era interpretado por Carlos Gardel: "El día que me quieras", una pieza musical de siempre.

En un rincón del patio, arrimado al muro divisor de ambas casas, se izaba una humareda con aroma a ternera que estimulaba el paladar del más vegetariano. La grasa blanca del rumiante se achicharraba al calor de las suaves brasas que dorarían durante más de dos horas el asado criollo.

Ocho, de los nueve hombres que se encontraban en la casa de Coco Pailahueque, se movilizaban realizando diferentes faenas culinarias que desembocarían en la degustación de la dorada y sabrosa carne, de alto valor en cualquier lugar del mundo.

Los hombres que disfrutaban del asado, provistos de cuchillos y platos redondos de madera, se desplazaban por el patio de tierra apretada, húmeda y prolijamente barrida. El ritual masculino era para los amigos y, en este caso, para los socios del club de fútbol "La Juventud", que hacía más de diez años habían formado en la localidad de Santa Teresita.

Amanda Rosales de Pailahueque, la esposa de Coco, el guardavidas que trabajaba en la calle cuarenta y tres y playa (hombre de unos treinta y cinco años, estatura más bien baja, de origen y rasgos indígenas, brazos cortos, tórax amplio y sonrisa juvenil) salía por la puerta principal y en sus brazos llevaba a Lautaro, bebé fruto de su amor con el hombre de mar.

—Chau Coco, me voy a casa de Malena, ella me ayudará a terminar el chal que tejo para Lautaro.

— Pero, estamos en febrero, hace mucho calor ¿para qué quieres ese abrigo de lana en esta época?

—Es para Lautaro. Sabes que aquí el invierno es muy difícil y sólo trabajas con salario seguro cuatro meses en el año, el tiempo que dura tu empleo como guardavidas. Además la obra social nos cubre sólo ese período en el cual las enfermedades son más frecuentes, el resto del año laburas en changas esporádicas. Regreso a las doce de la noche, cuando hayan terminado de comer el asado.

Coco la tomó de sus hombros y la miró con fijación a los ojos, como cuando observa un adivino. Una lamparita amarilla iluminaba el zaguán en el que se encontraban. Alrededor de ese resplandor volaban miles de insectos de verano que parecían astros girando en torno al vaivén de la luminosidad; mientras una tenue brisa movía sus cabellos. El rostro moreno y tostado de Pailahueque se acercó al de su delicada esposa. Con el mentón tocó su ojo derecho, la esfera marrón se cerró masajeada por la perfumada piel con aroma a lavanda. De la pequeña emisora salieron voces que decían: “Toda una vida me estaría contigo, no me importa en qué forma, ni dónde, ni cómo; pero junto a ti...”

Amanda se acercó a su amplio tórax, posó el bebé entre ambos y le dijo: “¡Cuídate Coco! Anoche tuve una pesadilla y desperté desesperada. Soñé que estabas luchando en ese inmenso mar. Las imágenes eran borrosas... ¡Abrázame y bésame!, bésame como me besaste cuando me hiciste este hijo, cuando me sometiste a tus encantos con tu infatigable proceder”. Coco acarició sus labios con un tierno beso. Como si el tiempo no fuera a trascurrir.

Don Alejandro, el carnicero, le comunicó a Coco que hacía falta leña para continuar con el asado. Don Alejandro era el padre de cuatro hijos, dos mujeres y dos varones. Esta familia era oriunda de Madariaga, un pequeño pueblo agroganadero ubicado a unos setenta kilómetros al sud-oeste de Santa Teresita. El carnicero era hombre de trabajo y de costumbres altamente influenciadas por la

naturaleza. Su vida giraba en torno a su familia, su trabajo y la sana diversión. No era un bohemio, pero participaba activamente de las fiestas del club. Amante del tango, cuarenta y cinco años, estatura media, pelicano y ojos celestes.

Pero además de su esposa, su amor era para sus hijos; en especial para *la más bella del mundo*: Victoria, veinte años, piel blanca y unos ojos azules que enamoraban a cualquier hombre. Victoria se había casado hacía poco tiempo con un joven vecino de la zona.

También, en la casa de Coco estaba Mario (el asador y gran amigo del guardavidas), Pedro Gutiérrez (el pescador), Cristian Gonzáles (el albañil que cuenta que -¡él solo!- construyó las bases del muelle de San Clemente del Tuyú), Don Carlos el lechero, Aníbal Rossi y Salazar el techista, entre otros.

Transcurrieron alrededor de tres semanas de aquel asado. Estando en su casa, Coco sintió cantar un pájaro, el sonido era muy cercano. Dejó en el piso el salvavidas que estaba asegurando y caminó sigilosamente hacia el comedor siguiendo con su oído el armónico canto.

En la mesa se encontraba una Viudita de ala blanca, la pequeña ave había entrado por la ventana y picoteaba una vasija de madera llena con arroz. La imagen era como un cuadro pintado al óleo, una naturaleza muerta pero en tercera dimensión y con sonidos vivos.

El pájaro del tamaño de un gorrión se distinguía de éste por su antonimia extrema en los tonos grises, que se identificaban con el negro azulado brillante y blanco nieve (este tono más claro, se mostraba solamente en las puntas de las alas), el resto era todo negro. Daba el aspecto de una figura de cera animada. Coco no la ahuyentó, la observó con curiosidad. En forma imprevista, Amanda entró en la habitación, el ave los miró, dio un brinco, se posó en la ventana de donde entraba mayor luminosidad y siguió cantando, dio otro brinco, se subió a un ombú y se quedó mirándolos y trinando.

—El día está muy lindo, posiblemente mañana esté igual, si es así, prepara comida y vénganse con Lautaro para que pasemos el día en la playa.

—Como tú quieras Coco. ¿Qué quieres comer?

—Lo que prepares.

Al otro día, que era un domingo de febrero de 1983, Amanda preparó sándwich de milanesa con tomate y lechuga. Pasó a un comercio y compró un kilo de helado: un cuarto de Frutilla a la crema, otro cuarto de Dulce de leche con almendras, otro de crema de coco y la última porción crema rusa; porque el heladero, que era su compadre, le dijo que las frutas secas estaban fresquitas y le ayudarían para la lactancia de Lautaro.

Amanda llegó a la playa por la calle cuarenta y tres, caminó hacia el muelle de Santa Teresita unos cien metros. Serían las 11.30 cuando llegó al puesto de Coco.

—Hola Coco.

—Hola querida.

—Traje el almuerzo, y de postre helado. Cociné comida de campamento, pues en la playa siempre hay mucha arena que cae en los alimentos.

—Amanda, te presento a un amigo, él es guardavidas recibido en la Cruz Roja de Buenos Aires y se encuentra veraneando en la esta zona.

—Mucho gusto, Amanda Gonzáles.

—Encantado, Aroldo Lezama.

— ¿Trabajas todo el día en esta playa? —preguntó Lezama.

—No —respondió Coco— tengo horario cortado: de 9 a 13 y de 15 a 19 horas.

—O sea que de 13 a 15 puedes ir a tu casa.

—Así es Aroldo, pero hoy me quedaré porque quiero disfrutar del día junto a mi familia.

— ¿Y quién cubre la playa en ese horario?

—Nadie, en ese horario la playa queda sin servicio de guardavida.

Lezama escuchó atentamente la respuesta, miró a los ojos de Coco y giró su cabeza hacia el mar observando su inmensidad.

Entre charlas y observaciones hacia el agua, el reloj dio las 13 horas. Coco puso la bandera roja, que representa "prohibición de baño" y se arrimó hacia unos tamariscos que hacían sombra en unos médanos cercanos a su puesto.

El colorín de veinte años, ex alumno de la Cruz Roja, era un muchacho de aspecto sano, alto y figura deportiva.

—Está rica tu comida, Amanda.

—Gracias Coco.

Sintonizó su emisora preferida que anunció las 13.45 horas. En la radio cantaba un mexicano simple, *sencillito,* como él se define. Y el tema que interpretaba era: "Adoro". El sol estaba en medio de su faena.

—Coco —dice el pecoso Aroldo— mira allá, cerca de la calle cuarenta y cinco, después del balneario, veo varias cabezas que se mueven en el agua.

Con el sándwich en la boca, Pailahueque le preguntó.

— ¿Dónde?

—Allá, en la primera canaleta —respondió Lezama.

— ¡Ah...!, ya los vi, está todo bien, porque están en la primera canaleta y el agua les llega hasta la cintura. Pero, ¡observémoslos!

El puesto de Coco se encontraba entre las calles cuarenta y dos y cuarenta y tres. Ese día era soleado, un viento del sudeste de unos siete kilómetros soplaba en la playa; el agua era azul y, en la orilla, su tono diáfano dejaba ver los detalles de los pies. Las olas eran cortas y pequeñas con crestas vidriosas.

De improviso se sintió un silbido en los cables del tendido eléctrico. El viento giró hacia el sudeste y aumentó su velocidad a unos cuarenta kilómetros. En sólo minutos, el mar comenzó a levantar grandes olas con crestas de espuma blanca más extensas y numerosas que eran arrastradas por el viento, que ahora era frío.

Coco se puso de pie y miró a los cuatro bañistas que se habían desplazado hacia su puesto siguiendo el impulso del viento. Se movían por la calle cuarenta y cuatro, todos flotaban. Aunque dos de ellos contorsionaban sus brazos como si jugaran. El agua les llegaba a la cintura. Unos segundos después, el líquido se ubicaba a la altura del pecho (*de la cintura para arriba manda el mar*, reza viejo adagio de guardavidas). Al observar este detalle, Pailahueque buscó mayor altura para ver mejor. Entre las calles cuarenta y tres y cuarenta y cuatro, Coco y el colorín definieron el salvamento.

— ¡Vamos pecoso!, dame una mano que este viento del sudoeste, unido al reflujo, los está empujando hacia adentro.

El guardavidas de la Cruz Roja aceptó ágilmente la propuesta de Coco y revoleando el almuerzo a la arena, corrieron hasta el punto ubicado entre la calle cuarenta y tres y cuarenta y cuatro, al llegar a la cuarenta y tres, se lanzaron al mar.

Como los cuerpos viajaban rápidamente hacia el norte, Pailahueque, con más de quince años de playa, calculó que los podría interceptar tomando en consideración la velocidad del viento, y así fue. Llegó al primero que era una niña de unos nueve años que se colgó de su cuello, la colocó en su cadera y la remolcó hacia fuera.

El guardavidas de origen indígena, que había ganado siete veces consecutivas la Carrera de aguas abiertas de San Clemente del Tuyú y una vez la de Santa Teresita -entre otras competencias- era rápido en la natación. En su regreso hacia afuera, cuando el agua le llegaba al pecho encontró a Aroldo, le dio a la niña y le dijo: "Toma, llévatela hasta la playa y trata de conseguir ayuda, son muchos".

Con presteza y la agilidad de la juventud, Aroldo la sacó del agua y se dispuso a cumplir el requerimiento del experimentado hombre de mar. El porteño, ansioso de rescate "debutaba" en un salvamento complicado. Era un chico sano, entrenado y firme de convicciones.

Coco se lanzó inmediatamente al mar, pero esta vez en dirección nordeste. Al paso, se encontró con un hombre que salía.

— ¡Sácala hermano, por Dios sácala!

Frase que en estos momentos -a casi dos décadas de aquel acontecimiento- aún recuerda y relata acongojado.

Pailahueque se lanzó en esta nueva diagonal, nadó rápidamente con la cabeza fuera del agua e interceptó a un joven que se desplazaba con rapidez. Lo tomó desde atrás, porque impulsado por la marea bajante y el viento sudoeste, se estaba yendo mar a dentro.

—Quédate tranquilo, vamos para afuera.

Coco lo remolcó rápidamente, para ello, ocupó fuerza que a posterior le sería requerida.

— ¡Hay otra persona adentro!, ¡hay una mujer! —manifestó el socorrido.

El pequeño nadador estaba exhausto, sus piernas le pesaban y sus fuertes músculos los tenía anudados.

Como pudo, lo remolcó unos quince metros, cuando el agua le llegó hasta los hombros, le dijo: "¡Sale!, sal como puedas hacia la playa, yo iré por la otra víctima".

Se zambulló nuevamente, pero después de nadar pocos metros observa que las olas eran más altas y había espuma por todos lados. Se detuvo a mirar sin ver a nadie. Calculó y observó por dónde podría estar; nada. Sintió miedo por lo que pensó podría ser el desenlace. Le dolía la cabeza y se sintió indefenso ante el gigante acuoso que nunca se cansa.

Pero, tal vez su espíritu araucano, esa fuerza de Lautaro, Thomé, Caupolicán; que supieron mantener una de las resistencias más tenaces contra la opresión del Imperio Español, lo disciplinaron a seguir. La sangre, el ímpetu del que prefirió morir a ser esclavo, se impuso.

Esperó una ola, se impulsó y cuando estuvo en su cresta, observó hacia el este en ángulo, nada.

Entonces se entristeció, la onda pasó y él quedó en el seno, (la parte más baja de ésta), desde esta nueva posición se siente indefenso, la superficie era plana, vasta y formaba una oquedad limitada por grandes olas que surcaban una vía mar adentro. A unos quince metros hacia el norte, una enorme ola elevó algo. Coco inmediatamente nadó crol hacia allí; en el trayecto, sus palpitaciones cardíacas iban al máximo, su vista era borrosa y le costaba respirar. Ya comenzaba a tragar agua. No es lo mismo el nado recreativo que el rescate por la supervivencia. Las personas deben nadar en zonas habilitadas y en presencia de guardavidas, en especial en aguas abiertas.

Cuando faltaban unos dos metros para llegar a lo que creyó ver, observó que aquella imagen se alejaba, que se hundía, entonces dio las dos brazadas con más fuerza de su vida. Con la mano izquierda sintió tocar algo, sí, efectivamente tocó algo, pero otra ola cayó sobre ellos, entonces, al salir a flote nuevamente, encontró lo que creyó ver. La chica boyaba

apacible boca abajo, con los brazos semi extendidos a los costados de su cabeza.

La agarró, la puso boca arriba, cruzó su brazo desde el hombro izquierdo hasta debajo de la axila, y así, avanzó unos cinco metros con ella a cuestas, pero ya no daban más sus fuerzas, Coco estaba exhausto. La miró y observó sus párpados semi cerrados.

Un salvavidas lo golpea en su hombro, la rosca era transportada por Aroldo Lezama. Pailahueque se sentía mareado, le faltaba aire y había tragado bastante agua.

Juntos la tomaron de las axilas y boca arriba la remolcaron hacia fuera. Cuando tocaron playa la arrastraron unos metros en esa misma posición, la acostaron en la playa y con un poco de arena que Pailahueque le puso debajo de la nuca lograron una mejor ventilación pulmonar.

La hermosa mujer tenía la tez blanca, su cabello era claro y sus ojos estaban entreabiertos. Usaba una malla celeste y blanca que daba figura a su cuerpo.

La gente que había en la playa ayudó: hicieron un círculo alrededor de la víctima, pero dejaron un espacio a la altura de la cabeza, de tal forma que le pudiera entrar aire. El mismo viento que la tenía tendida ahora ayudaría a oxigenar; caprichos de la naturaleza.

Coco se ubicó en cuclillas a la altura de su hombro derecho y envió dos insuflaciones por la boca, luego con los dedos de la mano izquierda cerró su nariz y con los de la derecha apretó sus maxilares, entonces abrió la boca. Fruto de las primeras ventilaciones, la mujer vomitó por boca y nariz.

Coco, comenzó a aplicarle reanimación cardio pulmonar, (R.C.P.) Dos insuflaciones en su boca y treinta pecto presiones entre el esternón y el pezón de su lado izquierdo.

Después de unos minutos, un hongo de espuma rosada salió de su boca, era saliva, espuma roja desteñida que salía de entre sus labios. Al

percatarse Pailahueque de esta manifestación miró a Aroldo, entonces, cruzan un mensaje de mutuo entendimiento.

Aroldo buscaba el pulso que era imperceptible. Coco estaba muy cansado y mareado, el cuádruple salvamento, así como el largo período de exhalaciones continuas lo habían extenuado. Los rostros ario e indígena armonizaban ausentes de resentimiento histórico, aquella raza aria que tanto daño hizo al aborigen pre colombino, ahora yacía inerte asistida por un araucano. Transcurrieron unos 15 minutos y el pequeño Araucano siente gritos y llantos desgarradores de un hombre que era contenido por las personas que formaban el círculo humano.

—Llevémosla en mi auto al hospital —dijo uno de los que ayudaban.

—Está bien, yo los acompañaré —respondió Lezama.

Entre varios hombres la tomaron; unos de las axilas, otros de la cintura, otros de las piernas; un niño le sostenía la cabeza. Se desplazaron como hormigas laboriosas de medio día. Coco los observó desde la playa perderse entre medio de los médanos como peregrinos en una procesión.

El hombre que lloraba desconsolado se dio a conocer ante el pequeño guardavida. Era el esposo de la mujer que habían llevado recién al hospital. Tenía todo su rostro, pecho y espalda rasguñados. Un arañazo de tres o cuatro rayas, surcaba desde la parte izquierda de su cuello hasta la zona donde se ubica el esternón. El joven estaba ensangrentado, entonces, Coco lo reconoce como el hombre que salió gateando del mar, el que le dijo: “¡Sálvamela, por Dios sálvamela!”

Un turista le comunica a Pailahueque: “Se estaban ahogando cuatro personas: una niña de nueve años, un joven de dieciocho y el matrimonio del cual se llevaron a la esposa al hospital”.

El heredero de Lautaro, no sabe qué le ocurre, cae en la arena mientras todo se mueve a su alrededor. Dos pequeñas nubes giran desordenadas en el opalino cielo observado por aquellos ojos negros como la mora. Se acercó una turista de unos cincuenta años; rubia, alta,

corpulenta y le dijo: “Soy profesora de educación física, he observado lo que pasó, tengo conocimientos de R.C.P. y lo veo violáceo, usted necesita oxigenación, tiéndase que le voy a practicar respiración boca a boca”.

Coco se extendió y cooperó. Varias insuflaciones y comenzó a normalizarse. Entonces se puso cara al viento. El aire natural lo fue reponiendo paulatinamente.

Trascurrido unos treinta minutos, se escuchó el ruido de un motor. Era un rodado policial que buscaba al guardavidas. Al ser enterado Coco de su requerimiento se acercó al móvil y les preguntó “¿qué pasa?”

—Necesitamos hablar con usted, porque de acá se llevaron a una mujer al hospital y dicen que los guardavidas que estaban en la playa no se quisieron meter al mar —vociferó el agente.

—A la hora en que sucedieron los hechos, yo me encontraba en mi período de descanso, de 13 a 15**.** ¡Eh, incluso estaba puesta la “bandera roja” que representa prohibición de baño! —respondió Coco.

No terminaba de modular la última palabra cuando un grupo de personas, las mismas que habían presenciado y ayudado en el rescate, comenzaron a gritarle a los policías — ¡Cómo dice eso, si Coco sacó a los cuatro que se estaban ahogando! ¡Y estaba solo!, ¡hizo todo lo que pudo!, ¡e incluso arriesgó su vida!, porque ya no tenía fuerzas —gritó la profesora.

El móvil policial comenzó a ser mecido por esas personas con intención de volcarlo, típica reacción del pueblo argentino cuando observa el abuso de las autoridades. Al percatarse de los acontecimientos, el cabo que manejaba el vehículo, lo puso en marcha y con rapidez se alejó del lugar siguiendo la orientación del fuerte viento.

Así terminó la jornada, Coco finalizó su turno a las 19 horas, guardó sus cosas, tomó su bicicleta y se retiró a su casa.

Los siguientes días fueron reflexivos para el guardavidas. Nunca se cuestionó lo que había hecho, sólo maldijo al destino, los vientos, la "bandera roja", que tal vez no la vieron a más de doscientos cincuenta metros de distancia; y ese "horario de descanso" de 13 a 15, en el cual, disminuye "peligrosamente" el número de guardavidas.

Después de unos días, Coco se reunió con Mario Martínez (el asador). El motivo era que habían recibido una invitación -su club "La Juventud"- para ir a jugar a Mar de Ajó. Después de tratar el asunto Mario le comentó:

—Coco ¿supiste la desgracia que le pasó a Don Alejandro el carnicero?

— ¡No, ¿qué le pasó?!

—En la calle cuarenta y dos y playa, hace diez días, se ahogó su hija.

Un silencio fúnebre ahogó aquel circunspecto diálogo. Coco se tapó el rostro con las dos manos. ¡Dios mío! era la hija de don Alejandro la mujer que murió en mi sector.

Miró hacia arriba mientras un pájaro Hornero, lo observaba tranquilamente desde la rama de un sauce con la parsimonia del que ha trabajado honestamente todo un día, y por la tarde, se refugia en su morada a descansar. Coco se sentó en el tronco de un árbol caído y observó el horizonte en el ocaso anaranjado de febrero, que en la distancia, despedía otras veinticuatro horas de existencia. Recordó un poema que le recitaba su madre en su infancia. Y justamente Gabriela Mistral, como madre, sabía bien qué se siente ante la muerte de un hijo. Así dedicó estas letras para los que se encuentran desconsolados:

Dame la mano y danzaremos,
dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, y nada más...

El mismo verso cantaremos,
el mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga, y nada más.

Te llamas Rosa y yo Esperanza,
pero tu nombre olvidarás,
porque seremos una danza
en la colina, y nada más...

Luego de sucedida la tragedia, Don Alejandro se apartó de su grupo social más cercano. Los primeros meses después del accidente, se refugió en su casa en donde paulatinamente fue perdiendo el interés por las cosas que ante lo atraían. Su entorno entendió su comportamiento como el proceso de duelo que vivimos los seres humanos cuando perdemos a un ser querido. Así comenzaron a pasar los meses con la peculiaridad que cada vez se veía menos en el pueblo. Como cuando el árbol talado comienza a perder su vitalidad, Don Alejandro entristeció su alma y fue perdiendo el interés por la vida. Después de unos años falleció envuelto en una profunda tristeza.

Tito Rafeli

SALTÓ LA VERJA Y SE LANZÓ A LA PISCINA

El guardavidas cortaba las olas con el profesionalismo y la destreza que requería el rescate. La niña había sido *tragada* por un chupón que se la llevaba mar adentro en una céntrica playa de Mar del Plata. Del nadador sólo se vislumbraba su torso dorado y sus músculos que se tensionaban luego de cada brazada. La niña pedía ayuda a gritos, cuestión que alertó a todos los turistas que observaban con asombro desde la concurrida playa. Luego de unos 90 segundos de nado, el guardavidas llegó hasta la víctima y la elevó con sus grandes manos, la montó en su cadera y con uno de sus brazos la sujetó de la cintura, mientras, una ola elevó los dos cuerpos que luchaban para salir de aquella succión acuática. La destreza del diestro guradavidas pronto los guió por una de las salidas del chupón. Cuando se acercaron a la playa, un par de compañeros nadaron hacia ellos y les ayudaron a salir. Juan José Ordoñez tomó a la perpleja niña entre sus brazos y se la entregó a sus padres que sollozaban en la orilla.

El cuadro era expresivo pues el guardavidas era un hombre alto, delgado y de aspecto atlético; no así los padres de la niña que eran bajos y enjutos. "¡Gracias, Señor! ¡Gracias! ¡Dios se lo recompensará en el cielo…! Ahora aprendí que no debo dejar a un niño solo cerca de aguas profundas ni un minuto. Gracias a la Fortuna todo salió bien, pero pudo haber salido mal y yo estaría llorando mi pena aquí mismo, donde ahora beso a mí sobreviviente hija. Porque perder a un hijo a esta edad, es uno de los peores flagelos para los padres, pues se llevará la tristeza durante toda la vida. Pero le confieso que sólo fue un descuido de un par de minutos y nada más. Yo había leído que los ahogamientos en niños se producen en menos de dos minutos de distracción, y son silenciosos…, pero nunca pensé que me podía pasar a mí. Es una lástima que uno tenga que pasar por estas experiencia para tomar conciencia sobre este tipo de accidentes, deberían de haber otros métodos para enseñarnos sobre los peligros inherentes a las actividades acuáticas". Le dijo la mujer mientras besaba sus grandes manos. Los turistas que estaban en la playa aplaudieron como forma de agradecimiento a aquel guardavidas, cuya niñez fuera marcada

por un accidente hídrico que lo dejó inhibido para nadar durante décadas, y con una historia relataremos a continuación:

En 1970, en una parcela ubicada en las afuera de Mar del Plata, el joven de diecisiete años Juan José Ordoñez preparaba el asado para celebrar el cumpleaños de quince de su hermana María Ordoñez. En la vieja casona estaban su padre, Feliciano Ordoñez, su madre María de los Ángeles Medina y unos treinta adolescentes invitados de su hermana.

Como es de costumbre en la República Argentina, antes de comer el asado los comensales son invitados a disgustar de *una picada*. En un país que produce alimentos para trescientos millones de personas, esta picada no es otra cosa que un banquete que precede al banquete mayor que se denomina asado.

La larga mesa que se colocó en el jardín estaba llena de platos con diferentes quesos, morcilla, fiambres, nueces, higos, aceitunas y varios tipos de panes. En este caso acompañado por diferentes jugos.

María Ordóñez y los más de treinta adolescentes habían jugado en el patio desde la mañana y, luego de degustar de la picada, disfrutaron del asado que por más de cinco horas había cocinado Juan José. La música que se escuchaba era la de La joven guardia, Sui generis y Los Beatles, entre otros autores.

Luego de degustar del asado que se sirvió a las 13 horas, a eso de las 15, los inquietos adolescentes se aburrieron de jugar en aquella parcela dedicada a la cría de conejos. En esa época y a esa hora, en pleno verano, el calor era intenso y luego de informarse que sólo a unos doscientos metros había un complejo deportivo sindical con una excelente piscina cubierta. Junto a Juan José Ordoñez, quien le facilitó al grupo pantalones cortos hasta de su hermana- decidieron saltar la verja y entrar a la inactivada y solitaria piscina.

La pileta medía 10 por 25 metros. Tenía una inclinación constante que iba desde 1,20 hasta los 2.50m en la parte más honda. El medio dividía

las profundidades y estaba señalado por una demarcación aérea, que en ese momento, la habían sacado por estar sin actividad.

Posterior a saltar la reja, los adolescentes ingresaron a las instalaciones del predio y se dirigieron a los camarines en un clima jocoso. Las mujeres al suyo dirigidas por María Ordóñez y los varones, orientados por Juan José al de hombres.

Después de cambiarse, poco a poco, se hicieron a la piscina cantado y riendo. Usaban diferentes métodos para lanzarse a las aguas, experimentando en cada uno de ellos una sana y creativa diversión. La totalidad de los chicos eran oriundos de Mar del Planta y tenían cierta experiencia en actividades acuáticas, pues en esa ciudad costera, además del mar, existen varias piletas municipales y privadas que permiten el contacto con las aguas a un variado público. No era el caso de las personas que viven en zonas alejadas de esta metrópolis, como el de Juan José Ordóñez.

Una de las diversiones era salir corriendo del camarín y lanzarse a la piscina en donde ya había otros adolescentes. Juan José Ordóñez, repitiendo la maniobra de sus amigos empujó la puerta vaivén y salió corriendo en slip desde su vestidor que estaba más cerca del centro de la pileta. Luego de un gran brinco se zambulló en la parte más baja de las cristalinas aguas. Al observar a algunos de los varones en el otro extremo de la piscina, chapoteando pues no sabía nadar, decidió desplazarse hacia esa zona. En medio de la algarabía de sus compañeros, a mitad de camino, sintió un calambre en una pierna y luego en la otra. Quiso hacer pie pero ya era demasiado profundo. Trató de mantenerse a flote golpeando el agua con las palmas, pero después de un par de minutos comenzó a cansarse: se sumergía y emergía respirando con dificultad cada vez que salía a flote. Luego, al quedarse sumergido, comenzó a tragar agua. Esta variable lo obligó a practicar la apnea que le provocó un desmayo por falta de llegada de oxígeno al cerebro. En el último instante de lucidez -cuando ya no tenía más fuerza en su inmersión vertical- miró hacia arriba desesperado observando cómo sus compañeros jugaban en las apacibles aguas. Sintió que agujas pinchaban su cuerpo, pompas de jabón que explotaban ante sus ojos, luego oscuridad y silencio total; paz y vientos suaves que acariciaban

su pelo. Después un punto blanco que se iluminó a la distancia, se abrió y se aproximó hacia él.

De improviso, como despertando de un profundo sueño, abrió los ojos y vio a los adolescentes del cumpleaños a su alrededor. Uno de ellos era un joven nadador profesional que se entrenaba en cien metros en un club importante de Mar del Plata. Vestía un slip negro, era morrudo y tenía físico de nadador.

-Yo pensé que estabas jugando, pero cuando me percaté que no salías de agua, me lancé en tu ayuda y te arrastré hacia a la orilla.

Juan José Ordóñez abrió sus ojos y observó las miradas de sus compañeros que lo escudriñaban en silencio. Sin pronunciar palabra alguna, se puso de pie y caminó lenta y reflexivamente hacia su casa. En el trayecto observó en la Naturaleza el bello colorido de la floresta, la suave brisa campestre y el agraciado vuelo de los pájaros. Frente a una hermosa fucsia en flor, en un armónico vuelo sostenido, un colibrí extraía su néctar apaciblemente; mientras que entremedio de las verdes petunias, acechaba la víbora silvestre (la Naturaleza es bella, sabia y a veces también cruel). Por momentos, no sabía en qué mundo estaba pues todo le parecía relativo. A su corta edad, y en sólo un par de minutos, había comprendido que la vida son dos días: uno ya pasó y el otro es el que vivimos. Desde ese instante, Juan José Ordóñez vive con intensidad cada minuto de su existencia. De una clase de filosofía, acuña un párrafo que lo ha acompañado siempre: “Lo que no se haga hoy, no se hará mañana; porque, pase lo que pase, suceda lo que suceda aún en las horas más afables o tempestuosas, las horas y el tiempo transcurrirán en forma inexorable”. Hasta la fecha, en su hogar nadie se enteró de lo ocurrido.

Pasaron los años y después de practicar varios deportes, Juan José se hizo ciclista profesional corriendo en diferentes circuitos argentinos. En esta categoría de alto rendimiento pasó varias décadas hasta que llegó el auge del triatlón, disciplina que lo motivó de sobremanera, pero que no podía practicar por su limitación: le tenía pánico al agua.

A su bicicletería venían los guardavidas de Mar del Plata a arreglar sus rodados y al verlo tan sano y deportista le decían: "Juan José, por qué no haces el curso de guardavidas". Como la repetición es la madre de la voluntad, poco a poco esta idea fue penetrando en su mente, hasta que un día decidió enfrenar el pánico al agua.

Una tarde cualquiera, cuando el lento crepúsculo de marzo llegaba a su final, pasó por una gran librería en la que vio un texto de autoayuda con un título que atrajo profundamente su atención: "Autoayuda desde el control mental". Lo compró y lo leyó, como cuando uno examina una valiosa herencia que le dejaron rubricada en un testamento. Así, comenzó a leer y practicar un curso de seis meses de control mental. Un día se fue a una piscina en donde un profesor le ensenó a nadar en un tramo parejo de 25 de largo por 1.50 metros de profundidad (aún, el saber que no hacía pie, lo paralizaba). Luego de meses de seguir el curso de concentración mental, habló con Mario Benítez, un viejo guardavidas de Mar del Plata, le explicó su plan y fijaron una fecha para, bajo su observación, cruzar flotando en el mar un determinado tramo.

En 1991, Juan José Ordóñez cruzó flotando 400 metros de mar mientras su amigo guardavidas Mario Benítez lo observaba con atención. En el trayecto, se repetía la frase que había pronunciado todos los días cuando se despertaba y cuando se iba a dormir: "Flotar es agradable, fácil y bonito". Como la idea provoca lo que ella es, poco a poco, esta nueva idea se fue incorporando a sus sentidos de tal manera que, paulatinamente, fue desalojando el pensamiento que predominaba anteriormente en su mente "*en la profundidad me hundiré"*.

Como una idea más grande se impone a una más pequeña, la nueva idea de flotar sólo fue un ejercicio de concentración más de los que por meses había practicado silenciosamente en su casa. El subtítulo del libro de concentración mental decía: "Estos postulados se concretan, sólo, si usted los lleva a la práctica en forma cotidiana".

En 1993, Juan José Ordóñez aprendió a nadar en una piscina de la zona. A continuación comenzó el curso de guardavidas que para él duraría dos años: mañana, tarde y noche. Mucho esfuerzo y dedicación. Por

"rebote", había aprendido el maravilloso arte de *tener dominio sobre sus sentidos y de educar su mente*, de tal manera que su ahora fuerte autodisciplina, sumada a sus cuidados como sano deportivista, le habían "obsequiado" su título de guardavidas. Cuando rescató su primera víctima en el mar, sintió el calor de sus compañeros guardavidas quienes habían vivido juntos a él todo su largo, constante y positivo progreso… Toda gran marcha comienza por un primer paso.

MORALEJA:

No se debe ingresar sin permiso a un predio en donde haya peligro de ahogamiento. Los accidentes en este tipo de incursiones, son comunes dentro de esta siniestralidad. Los bañistas, al no tener la supervisión de algún guardavidas o profesional competente, quedan vulnerables a las variables y fuerzas propias del ambiente acuático, en el que la asfixia por sumersión es un asunto de minutos. Este tipo de accidentes se observa en piscinas privadas en general o ambientes acuáticos que por cuestiones temporales, no siempre están en actividad durante todo el año: predios deportivos que se activan en ciertas fechas, aguas abiertas que estén dentro de propiedades privadas, piscinas ubicadas en chacras de fin de semana o en los actuales country.

Tito Rafeli

UNA HISTORIA DE AMOR

El solidario se volvió en busca del rezagado. Faltaban unos mil metros para llegar a la costa de Mar del Tuyú. Desde ese lugar se veía el muelle y el viejo edificio en construcción ubicado frente a éste.

El grupo se había adelantado unos trescientos metros. Entonces Francisco Miranda se percató que dos de sus compañeros se habían atrasado. Todos habían nadado en la pileta de Las Toninas durante un año, sin faltar a clases, tres veces por semana, dos horas y veinticinco minutos -reloj en mano- lloviera o tronara. Para llegar a la pileta se movilizaban en camionetas, ciclomotores, bicicletas y algunos a pie. Pique de cien metros, de cincuenta, de veinticinco, nado a buen ritmo durante 40 minutos, flotación forzada, remolques, desplazamientos subacuáticos; en fin, lo que se aprende en un curso de guardavidas.

— ¿A qué vienes? —preguntó el rezagado.

—A acompañarte, ¿te molesta? —Respondió Francisco Miranda torciendo la cabeza de costado para respirar antes de iniciar la siguiente brazada de crol.

—No, no me molesta, todo lo contrario el mar está *movido*, el agua es fría en noviembre y es mejor nadar juntos. Gracias por esperarme, vamos hacia el noroeste, a unos cien metros va Guillermo, él también está rezagado y solo —acotó Cesar, el último de los nadadores.

De esta forma el trío se acercó a la orilla. El grupo más adelantado ya había salido y los esperaba en la playa.

La experiencia del que se había deslizado en esas playas desde su niñez, le enseñó que para pasar la rompiente hacia afuera era mejor esperar la ola

y, cuando le estuviera por caer, elevarse lo más que pudiera buscando la cresta; nadar crol rápidamente, estirarse y dejarse deslizar. Enseñanza que utilizaría en los próximos días, cuando ya no le quedara otro recurso disponible.

El escenario era un paisaje marítimo. Desde el muelle se observaba cómo el grupo de futuros guardavidas se entrenaban: algunos hacían el papel de víctimas ubicándose en la parte donde los tapaban las aguas. Los otros, al sonido del silbato corrían velozmente unos setenta metros hasta cuando el agua les llegara a la cintura. Entonces se zambullían, patada delfín, pique cabeza fuera del agua, la toma que habían acordado con el instructor y remolque hacia afuera -sin rosca salvavidas- así desarrollaban más fuerza. En esos momentos había poca gente en la playa, el día era soleado y corría viento frío del sur.

—Chau Francisco.

—Chau, Guillermo, Cristian, nos vemos el miércoles —contestó a sus compañeros de curso.

—Hola Francisco, ¿te acuerdas de ella?

—Hola hermana, ¡creo que sí!, tú eres Patricia, la vecina del dúplex de al lado de mi casa, de la familia Tronconi; que si mal no recuerdo, compraron la casita en 1993 ó 94.

—Sí, soy yo, Patricia. No creo que haya cambiado tanto desde el año pasado, la última vez que nos vimos.

—Tal vez sea tu nuevo look, o el cabello, ¿te lo cortaste?, te ves muy bien. El pelo recortado hace tu cara más interesante y deja ver ese pequeño aro de color verde turquesa, como el mar cuando sopla el viento sur.

—Gracias por ser halagüeño Francisco y me alegra que me hayas reconocido.

—Patricia vino a pasar unos días en nuestra casa, porque no quería estar sola en la suya —acotó su hermana Laura Miranda.

— ¡Ah! Bienvenida entonces a nuestra morada —dijo Francisco.

Era mediados de diciembre y los lugareños 'preparaban la temporada': los comerciantes ultimaban sus detalles, los obreros de la construcción, apurados, trataban de terminar sus tareas antes de que llegaran los turistas. Los pescadores arreglaban sus redes, cañas, carnada y demás útiles.

Francisco Miranda se preparaba para trabajar esa temporada como guardavidas. Si lograba entrar, sería su primer año en este empleo. Sabía que todos los años se producían treinta a cuarenta vacantes, de un total de cuatrocientos puestos con que contaba el "Operativo de Seguridad en Playa".

Pero no iba a ser fácil que él, junto a sus diez compañeros egresados de la escuela costera ocupen esos puestos. Tenía toda la ilusión puesta en ese trabajo, para lo cual se había preparado durante un año con el fin de obtener su libreta de guardavidas (documento emitido por el Ministerio de la Producción y el Empleo). Ya había aprobado todos sus exámenes, solamente faltaba que se la enviaran por correo desde la ciudad de La Plata. El delgado, alto, de cabellos rubios y largos Francisco, la temporada pasada había trabajado como repartidor de gaseosas y el lomo le había quedado marcado de tanto cargar cajones con litros y litros de refrescos.

Los trámites en el Municipio para tratar de ocupar esas diez vacantes eran difíciles. Había postulantes de todo el país que querían esos puestos. Jóvenes que por diferentes razones querían trabajar en estas playas. Pero a Francisco lo inspiraba el escenario natural en el cual había nacido, en donde, desde su infancia había aprendido a nadar y practicar surf. Las olas lo enamoraban. En las tardes de los meses más cálidos les decía a sus compañeros: "El vaivén de la olas me elevan a las nubes, el mar es mi vida". Vida que le jugaría una mala pasada.

Esa tarde cenaron todos juntos en su casa; sus padres, su hermana de 18 años Laura Miranda, su hermano de 19 Gastón, él y Patricia Tronconi. Hacía calor, las ventanas y puertas estaban abiertas. El perro jugaba con el gato en el sofá: el felino metía la cabeza dentro del hocico del can y con las yemas de los dedos acariciaba los colmillos caninos. Por su parte el perro *intentaba* tragar la cabeza del pequeño gato, luego lamía su rostro.

Todos reunidos charlaban y comían una corvina asada al carbón. El pescado medía más de ochenta centímetros de largo y ocupaba el centro de la mesa. Lo había atrapado su hermano Gastón en el bote de Truchito esa madrugada.

Francisco Miranda estaba sentado en el otro extremo de la mesa, frente a su padre y delante de la cabeza del pescado que parecía embalsamado, pero olía rico. Fijamente cuatro ojos oceánicos, cuatro canicas negras y brillantes lo observaban. Dos correspondían a la corvina que no pestañeaba, pero los otros dos -los que pestañeaban- eran humanos, de joven de 18 años, primaveral, en plena maduración. Eran ojos circunspectos, de almendras, de uvas. Una mirada fija, mientras masticaba, reposaba sobre el rostro tostado del guardavidas.

La comida fue amena, sabrosa y abundante. Luego, su madre Ana Gonzáles y Laura Miranda sirvieron de postre melón con jamón, después café de grano, cuyo olor aromatizaba el comedor. El olor a café se inhala por la nariz y suelta la lengua.

Terminan el café, entonces, la charla agradable y risueña llega a su fin. El reloj marcaba las 24 y cada uno se había ido retirando a sus habitaciones, las que estaban en el primer piso y se accedía por una escalera de algarrobo rojizo. En los cuartos, se ubicaban de izquierda a derecha: Francisco y su hermano Gastón, el baño, la hermana con su huésped y la de sus padres Julio Miranda y Ana Gonzáles.

En las habitaciones de su hermana había un balcón que daba al bosque, ubicado a unos sesenta metros frente a la casa. En ese lugar, Francisco se sentaba a mirar las estrellas y los árboles en los cuales había jugado desde su niñez.

Después de la cena, se sentó en el balcón y sintonizó la radio; estaban pasando una canción de Maná: “Cómo quisiera poder vivir sin aire,... me encantaría tenerte por momentos...”. En ese instante entró Patricia.

— ¡Oh...!, discúlpame Patricia, olvidé que ocuparás éste cuarto, me voy enseguida —dijo Francisco.

—No te preocupes, a mí también me gusta mirar el cielo y sentir el perfume a menta que tiene de noche el bosque.

El rubio alto se puso de pie, colocó su mano en el hombro izquierdo de la huésped y con el otro brazo apuntó hacia el cielo y le dijo:

— ¿Ves allí?

— ¿Dónde? —entonces Patricia acercó su mejilla a su pecho.

— ¡Allí!, donde destellan esos luceros azules; al lado de ese pino, ése, el más alto de aquellos tres.

—Sí, ahora los veo.

—Pues bien: esas tres juntas son el cinturón, el más luminoso y grande es la cabeza, los de abajo son sus piernas y esos de los costados son sus brazos extendidos, ¡como saludando al mundo!

—Qué bonitas son tus palabras Francisco, ahora sí distingo la figura.

—Gracias, pero no son mías, son de la naturaleza y ¡ésta es de todos!, sólo hay que tomarla y cuidarla. Hace miles de años que los escenarios naturales están ahí. Esa figura es el Gigante de Nerón y te lo regalo para que te cuide. Como un amuleto.

—Gracias por tu regalo, lo guardaré en una cajita de madera que tengo. Una hoja sintetizará la sana Naturaleza.

Desde el bosque, descansados en la rama de un viejo eucaliptos, los observaba una pareja de búhos que parecían dos taciturnos enamorados mirando un filme romántico en un cine vacío. Estaban tomados de las alas.

Al otro día, Francisco se fue a la playa a practicar surf. Esa tarde había llovido, pero hacía calor; ya era 19 de diciembre.

Después de 'cortar' olas durante dos horas, salió del agua y buscó refugio en los aromos de la playa de Santa Teresita. A unos cien metros al sur vio una figura agradable que se desplazaba hacia el norte por la playa, a los pocos segundos se percató de que era Patricia Tronconi. Su cabello recortado era inconfundible. Traía puesta una malla de una pieza, blanca y ajustada que delineaba sus curvas.

—Hola Patricia, ¿qué haces por aquí?

—Vine a caminar por la playa.

— ¡Ven!, ¿charlamos unos minutos? Sentémonos en los médanos. —dijo Francisco moviendo la cabeza.

—Charlemos —y se dirigieron hacia las dunas.

— ¿Notaste que hay muy poco viento?

—Sí —contestó Francisco mirando atentamente las ramas del los árboles. Es que hace mucho calor, el sol está fuerte y no corre viento. ¡Fíjate que no se mueven las hojas de los árboles!

— ¡Y...!, ¿qué hay de malo en eso, Francisco?

—Si observas unos cien metros sobre la playa, en cualquier dirección, verás que se produce por encima de la arena 'un vapor', ¿ves? Pues bien, cuando se dan estas características climáticas en verano, ¡hay que estar muy atentos!

— ¡¿Bromeas?! Con un día así ¿qué puede suceder?

—Si esperamos un momento ¿creo?, conocerás lo que te quiero explicar.

Pasaron unos minutos en los cuales, se observaba cómo (gesticulando sus manos) Francisco explicaba el posible desenlace de aquel fenómeno. Fue entonces que comenzaron a moverse, lentamente, las hojas de los árboles.

Las personas que se encontraban en la playa disfrutando de su encanto, actuaban acorde a ese distendido escenario.

Hacia al sur, por encima de unos eucaliptos, se observaban nubes que se desplazaban rápidamente hacia el norte. La velocidad de éstas no se correspondía con la velocidad del viento que había ahí.

Pero súbitamente, todo cambió. El viento aumentó su velocidad a unos 60 kilómetros por hora, era frío y de orientación sur.

Entonces Francisco, repentinamente, se levantó y corrió hacia un grupo de turistas que se encontraban agrupados cerca del agua. Éstos, trataban de sujetar sus enseres por que el viento se los llevaba. En ese mismo instante y en esa dirección, Francisco corría rápidamente. Patricia no sabía cuál era su objetivo. Francisco corría cada vez más rápido, pero no específicamente hacia ellos. En ese momento, volaron todo tipo de útiles de playa: pelotas, toallas, sombrillas y hasta sillas.

Cuando llegó al grupo al que se dirigía, un hombre de unos cuarenta años, alto y moreno, se encontraba en cuclillas tapando los ojos con sus manos. Una mujer de similar edad lloraba y acariciaba la cabeza del individuo.

— ¡A ver!, ¿me dejas mirar los ojos? —dijo Francisco.

— ¡Me duele mucho, Dios mío, no puedo ver!

—Quédate tranquilo, vamos hacia los edificios, allí encontraremos ayuda.

El individuo, tímidamente y bajo ese viento, sacó las manos de sus ojos. Entonces, la mujer estalló en un llanto extremadamente acongojado: ahora en el rostro del hombre lucía un hueco colorado en donde no estaba uno de sus ojos. Una sombrilla que no pudo ser detenida por Francisco, lo había golpeado con su parte más rígida y le había sacado un ojo.

El hombre estaba con sus manos y rostro ensangrentados. Su cara era de espanto y poco a poco se fue poniendo lívida. Entonces, la mujer trajo una toalla con la que cubrieron su rostro. Francisco lo tomó de un brazo, lo guió hacia la avenida principal y desde un teléfono público llamó a la asistencia médica; la que llegó después de unos cinco minutos y lo trasladó al hospital.

Patricia se acercó a Francisco, trémula, lo tomó de un brazo y le dijo:

—Francisco, ¡¿qué pasó?!, ¡No comprendo nada! Todo estaba tranquilo, el sol, la playa... Prácticamente no había viento. ¡Mira ese hombre cómo quedó!

—En estas zonas, en ciertas ocasiones en las que hace mucho calor, no hay nubes y no corre viento, entre otras características; se producen éstos desplazamientos bruscos de aire, no son frecuentes, pero como hoy, a veces suceden.

—Pero, ¿qué se puede hacer para evitar accidentes como el que hemos presenciado hace un instante?

—Es difícil saber con exactitud cuándo puede ocurrir algo así. Lo que yo te recomendaría es que cuando, por cualquier motivo aumentara la velocidad del viento en cualquier dirección, sacar las sombrillas y cualquier elemento que pudiera desplazarse impulsada por éste.

Al otro día se encuentran nuevamente en la playa, la saluda, caminan un rato por la costa y él le dice:

—Ven, sentémonos un rato, así podremos charlar. En ésas circunstancias platicaron durante varias horas hasta que se hizo la noche, hablaron de todo un poco, y de sus planes futuros. Ella le contó que estudiaba sicología mientras él la interrumpía hablándole de sus pretensiones de trabajar como Guardavidas.

—Si trabajas como socorrista ¿te podré venir a cebar mate? —le preguntó Patricia.

—Me encantaría que lo hicieras.

Así, se reunieron durante varias tardes, a veces caminaban por la orilla del mar hacía el balneario de Las Toninas; porque ahí se llegaban miles de gaviotas que iban a comer almejas a la playa. En su casa, mantenían una actitud discreta de su amistad. En la playa, el día 23 de diciembre caminaron tomados de la mano, se habían hecho novios.

Una tarde cuando cayó una noche calurosa y clara, se animaron. Entonces Francisco le dijo:

—Toma este papel, —y le dio una hoja amarilla escrita con letras color turquesa, enrollado y atado prolijamente con una cinta roja.

— ¿Qué es esto? Dijo Patricia.

—Estos son unos versos que me encontré en la playa, venían dentro de una botella que arrojó el mar. El escritor es un lírico, un loco. En la PD. puso: “Cuando me veas por la playa salúdame con una sonrisa”. Y firmó Héctor Aguilera.

— ¡Y...! ¿Cómo lo vas a reconocer?

—Más abajo dice: “Yo te reconoceré por los efectos del poema en tu sonrisa”. Sí..., me dijo que una sonrisa era un buen pago, que esa mueca lo nutría…, es un loco.

— ¿A ver qué dice?

Entonces, sacó del bolso un estuche de color verde Inglés de donde extrajo unas gafas pequeñas y finas, se las puso y comenzó a leer el papel amarillo -cuidadosamente escrito- con voz suave y pausada.

A orillas del mar...

Anoche hablé con una sirena.
Tenía ojos de marfil, cabellos largos
y una voz en eco.

Fue una madrugada bohemia,
azul y brillante, en donde
los astros danzaban alrededor
de la luna.

Algunas estrellas desnudas
bailaban en torno a las crestas
de la olas: como algas ciegas
flirteando en una noche de verano.

— ¡Yo no los entiendo, mortales!:

Con todo este escenario y con
sus finitas vidas: ¿por qué pierden
tanto tiempo en empresas que duran
lo que perduran sus efímeras existencias?

¡Les recuerdo qué!: "El carro de la
vida no espera", y que: Todo lo sólido
se desvanece en el aire.

Pero en verano, ¡cuando me acerco
a la costas!, miro la vida; veo:
flores, lanchas, pescadores, mates, familias,

enamorados, glúteos opíparos. Y so

Pero..., ¡más allá!, ¡bien lejos!,

en la hiedra, veo: Las ranas cantar
en el olvido, los grillos alborotar a
los amantes, mientras la luna espía
a los enamorados... —contemporizó la sirena.

Héctor Aguilera

El viento cálido del ocaso despeinaba su cabello y su figura circunspecta se hacía más interesante con el resplandor de la luna llena aclarando su perfil derecho, un perfume de miel y vainilla fluía de su cuerpo.

Terminó de leer el poema, lo enrolló, lo ató y lo puso en su bolso. Dio unos pasos; se detuvo, miró a Francisco a los ojos, lo besó intensamente y le dijo: "¡El poema es armonioso, y real!" Entonces lo tomó de la mano, caminaron hacia la vegetación y se sentaron en una piedra. Francisco sacó de su mochila un paño rojo y grueso que parecía una alfombra y lo extendió sobre una roca llana iluminada por la luna que se veía blanca y calcinante. Sentémonos aquí.

Se besaron apasionadamente, sólo la luna era testigo de lo que ocurría. El astro destellaba reflejos en el mar, casi no había olas y "El gigante de Nerón" cubría sus cuerpos desnudos que se amaban libremente. La luna, la oscuridad azul, la brisa con olor a yodo, su pelo humedecido y sus ojos ciegos fueron los culpables. El amor y la cúpula silvestre se habían concretado.

Los dos cuerpos desnudos en medio de la maleza, boca arriba, tomados de las manos miran las estrellas, mientras el cielo diáfano les mostraba las constelaciones, los planetas y las distancias.

— ¿Te parece mal lo que hemos hecho?

—No amor, no me parece mal lo que hicimos, me parece muy lindo. A quién no le gustaría estar con el hombre que ama; amándolo, con la naturaleza como albergue. Entre nosotros no hay coacción, ni manipulación, ni intereses económicos, sólo hay ternura. Yo estoy muy enamorada de ti. Te amo desde que era niña, cuando tenías unos diez años y jugábamos en tu patio, ¿recuerdas?

—Yo te esperaba todos los veranos, vacaciones de invierno, feriados y toda fecha propicia para que vinieran.

—Francisco, estas horas son interminables pero, se ha hecho tarde y mañana 24 de diciembre tengo que viajar a Ezeiza para pasar la Navidad y el Año Nuevo junto a mis padres. Los primeros días de enero te prometo que estaré aquí. ¿Está bien?

—Como tú quieras amor, dale saludos a tus padres.

—Así lo haré Francisco.

Después de que Patricia se fue en la madrugada a Ezeiza, Francisco se sintió solitario. Habían pasado pocas horas desde que se había ausentado Patricia Tronconi. El día 25 se encontraba nadando en el mar, ya las olas no eran las mismas, el agua tenía otro aroma, otro gusto y otra sensación.

A las 19 horas llegó a su casa, se bañó, puso la radio y oyó un poco de música; estaban pasando la canción “La parte de adelante” de Andrés Calamaro. Entonces se sentó en el balcón y miró las estrellas escuchando y observando las constelaciones. Con la melodía de la radio recordó esas horas infinitas que había pasado junto a Patricia. El cassette se deslizaba como agua cayendo desde la montaña, sin freno, perenne.

Pasaron algunas horas y se hicieron las 23. Fue entonces que se incorporó, tomó sus sandalias, unas monedas y una libreta de anotaciones; entonces corrió hasta la estación de bomberos, allí abrió la puerta de una cabina telefónica y marcó el número agendado. ¡Desesperado!

—Buenas noches, discúlpeme que llame a esta hora, me podría comunicar con Patricia Tronconi; por favor, es por un asunto muy importante.

—Enseguida le doy con ella —contestó una voz masculina adulta.

—Hola —respondió otra voz interrogante.

—Hola, tengo algo muy importante que decirte.

—Discúlpeme, ¿con quién hablo?

—Quiero decirte que estoy muy enamorado de ti, amor mío. Han pasado sólo unas horas sin verte y me siento angustiado.

— ¡¿Eres tú amor?!

—Sí, soy yo, tu costero guardavidas que te saluda antes de que sean las 12 de la noche, porque quiero estar en tu memoria.

—Yo esperaba con ansiedad algo de ti y éste llamado es el mejor regalo que he recibido en esta noche de Navidad.

— ¡Ah...!, yo también tengo un regalo para ti.

— ¿Qué es?

—Te dedico ésta canción: "Rayando el sol" por Maná. Estas tiernas estrofas interpretan un poquito lo que siento por ti. ¿Te acuerdas cuando las escuchábamos juntos sentados en las piedras del balneario, frente al mar? — acotó Patricia.

—Sí recuerdo, amor —dio un suspiro y prosiguió— esas imágenes son las que me inspiran y me dan felicidad. Me siento mejor al haberte llamado.

—Yo también, al escuchar tu voz. Los primeros días de enero iré para allá.

—Esa noticia me hace muy feliz. ¡Chau! —dijo Francisco.

— ¡Chau!

Así transcurrieron los días, pasó el 25, 26 y 27 de diciembre. En esta última fecha, Francisco se dirigió al Municipio en busca de su añorado empleo como guardavidas. Junto a sus compañeros habían gestionado ese trabajo durante todo el mes de diciembre, y nada. La respuesta era negativa, había muchos postulantes de todo el país que querían ocupar esas plazas laborales.

Su mente estaba situada en un trío: su amada, con el hombro descargar cajones con gaseosas y su requerido trabajo como guardavidas.

El día 28 de diciembre volvía a su casa por la calle 32 y en la esquina con la 4, se encontró con Juani (otro compañero guardavidas). Éste se movilizaba en una vieja camioneta F100.

— ¡Que tal Francisco!, ¿cómo te va?

—Bien Juani. ¿Dónde vas?

—Me voy a Buenos Aires.

— ¿Pasas por Ezeiza?, ¿A qué hora te vas?

—Sí paso por ahí. Me voy a las 10 de la mañana.

— ¿Cuántos van en la camioneta?

—Mi hermano y yo. Vamos a buscar unos muebles de mi primo.

—Juani, te voy a pedir un favor.

—Dime.

— ¿Me llevas en tu camioneta a Ezeiza?

—Somos amigos desde la infancia, ¡cómo no te voy a llevar! Pero mi hermano traerá a su hijo y la policía no permite más de tres personas en la cabina del conductor.
—No importa, yo viajaré atrás.

—Pero, ese lugar está descubierto; vas a ir incómodo y con frío.

—No importa, sólo quiero que me lleves, es muy importante para mí.

—Francisco, yo voy y vuelvo en el día.

—No hay problema, tú llévame.

—A las 10.30 te paso a buscar a tu casa.

Presionó con fuerza los pedales de su bicicleta, llegó a su casa, se cambió de ropa, tomó una pequeña mochila; una campera, sus documentos, unas monedas y partió a Ezeiza.

—Hola, hola..., ¿quién habla?

—Soy yo Patricia, Francisco Miranda.

— ¡Oh...! Francisco, qué sorpresa más agradable. Tu voz suena muy cercana, o ¿será que te quiero tener aquí?

—Las dos cosas a la vez; porque estoy aquí, frente a la farmacia, en el centro de Ezeiza.

— ¡¿Qué...?!

—Me vine con un amigo, Tengo un regalo valioso para darte y no podía esperar a que fueras para La Costa.

— ¿Acá..., en mi pueblo?

—Sí querida, a unas cuadras de tu casa.

—Bueno, voy para allá, no te muevas de ahí.

—Mamá, voy a comprar algodón a la farmacia, vuelvo enseguida.

Rápidamente se cambió, se puso las alpargatas blancas, la bermuda azul y la remera celeste. Una gota de perfume francés, ese que usa solamente en ciertas ocasiones, se miró al espejo, se retocó el pelo y se fue.

A los 10 minutos paró su bicicleta frente a la farmacia, no vio a Francisco, entonces se precipitó dentro del negocio; ahí no estaba, buscó con la mirada de pared en pared, nada. Asustada, retrocedió y salió del local, cerró la puerta y ahí estaba su bronceado enamorado.

— ¡Hola mi amor! —le dijo con voz trémula y la mirada perdida en sus ojos.

—Hola, querido —le contestó con una mueca en la cara que parecía risa y parecía temor.

— ¿Qué haces aquí, en mi barrio?

—Tengo algo sumamente importante que entregarte.

— ¡Tan importante como para que no esperes a que vaya!

Ella dio unos pasos y se colgó de su cuello, él la tomó de la cintura y se besaron románticamente; como lo hace el guerrero clandestino -cuando en la oscuridad- regresa a ver a su amada. Enfrente, en la forrajera; una pareja de loros se alborota, al parecer querían escapar de la jaula. Siguiendo el ejemplo de éstos, el resto de los animales quiso liberarse del encierro. Volaban plumas, pajas y granos por todos lados.

— ¿Es cierto que me trajiste un regalo?

—Miento sólo cuando es muy necesario.

—Y..., ¿es tan importante como me dijiste?

—Sí, lo es.

Francisco metió la mano en el bolsillo de su pantalón, socó un pañuelo anudado y comenzó a desatarlo.

—Arrimémonos a éste refugio que comenzó a llover —dijo Patricia.

— ¿Lluvia?, ¿agua? ¡Eso es lo que pulió la joya que te traje!, toma, la saqué del mar.

Entonces, el cielo se oscureció y comenzó a llover copiosamente, hacía mucho calor. La gente abandonó la calle, se refugiaban en los negocios, paradas de ómnibus y en cualquier lugar que les brindara reparo.

Patricia abrió su fina mano y con sus dedos largos atrapó una pequeña piedra que caía en su palma. El poliedro medía cuatro o cinco centímetros y tenía agujeros de diferentes diámetros por todos lados.

—Te obsequio esta reliquia geológica, es posible que tenga miles de años habitando en la tierra, está corroída. Tal vez en el pasado fue una roca inmensa que con el correr del tiempo se fue convirtiendo en arena. Probablemente haya sido testigo de cientos de años de nuestra historia. Es más, en sus partículas se encuentra información que los geólogos obtienen, día a día, con mayor precisión —prosiguió Francisco—. Esta roca ha sufrido una metamorfosis a través del tiempo. ¡“Metamorfosis”!; sí, con este nombre la bautizaremos.

Enseguida, Patricia movió sus delicadas falanges y poco a poco fue cerrando su mano. Luego se abrazaron, se besaron y aletargados se quedaron unidos.

— ¿Por cuánto tiempo vienes? —preguntó Patricia.

—Me voy dentro de una hora, Juani pasará por mí en una plaza que está a dos cuadras de aquí.

—Bueno, te invito a tomar un helado de frutilla a la crema y chocolate con pasas.

—Acepto tu invitación.

La lluvia había disminuido, entonces se tomaron de las manos y se fueron caminando hacia la heladería. Después de servirse el refresco, se sentaron en un banco de madera bajo el follaje de un inmenso eucalipto. La tormenta, que por más de 20 minutos cayó en forma copiosa, se detuvo.

A la hora en punto, apareció la antigua camioneta cargada de viejos muebles. Dos bocinazos y Francisco se desprendió de Patricia rápidamente; corrió, corrió y de un brinco se instaló en medio de los muebles. Entonces los dos enamorados se observaron, no querían separarse. Sus miradas eran como la del melancólico combatiente que deja a su amada y marcha hacia la guerra. Un viento fuerte agitaba las nubes que se arremolinaban contorneando diferentes grises en el cielo.

El 2 de enero, Patricia llegó junto a su familia a su casa de veraneo en Santa Teresita. Esa noche cenaron todos en casa de la familia Miranda junto a sus dos pares de padres y el sexteto de hermanos (tres por cada lado). Comieron tal como lo habían hecho durante más de diez años de vecindad.

Con un movimiento de ojos y pocas palabras, Francisco la invitó al cine para el día siguiente. Al otro día, se encontraron en la plaza frente a la Facultad de Periodismo. De ahí, caminaron tomados de la mano por debajo de los álamos, acacias verde-amarillas y sauces con un follaje verde intenso. En el trayecto compraron pochoclos, turrón de leche con maní y dentro del cine, tomaron helados (dos palitos de chocolate).

Salieron de la sala, se dirigieron al mar y caminaron por la playa. Charlaron de tantas cosas... Se amaron al perfume de las algas.

—Francisco, cuando miro el mar me imagino tantas cosas lindas, pero ahora que es posible que trabajes como guardavidas siento miedo, incluso tengo un mal presentimiento; ¡no sé...! El mar es tan grande y nosotros tan

pequeños. Prométeme que te cuidarás y siempre debes pensar que hay alguien que te quiere mucho y te espera en la playa. Que tiene muchas alcobas de amor para brindarte.

—Cuéntame, ¿cómo va tu situación laboral?

—Es una historia que guarda muchos vericuetos y réditos detrás de los simples guardavidas: "Somos meros actores de un escenario en el cual, se ha construido una *'imagen'* de nosotros, pero detrás de ésta, se ocultan intereses manipuladores y mezquinos".

—Mamá, Patricia vendrá a dormir conmigo porque llegaron sus primos y en su casa faltan camas —dijo Laura Miranda.

—Está bien, entonces acuérdate de comprar más leche —contestó Ana Gonzáles.

Durante esa noche, a eso de la una de la madrugada, estando todos en sus *correspondientes* habitaciones (incluyendo la huésped), Francisco se levantó al baño que estaba contiguo a su cuarto. Al abrir la puerta sintió unas livianas pisadas, un cuerpo femenino metido en un camisón blanco que le llegaba hasta arriba de las rodillas, le toca la espalda.

—¿Eres tú amor?

—Sí, ¡chishh...!; soy yo querido. Escuché que se abrió tu puerta y vine a verte, esperaba encontrarte en el camino.

Entonces se abrazaron y besaron. Luego Francisco entró al baño. Patricia volvió a su cuarto. De esa forma siguieron los encuentros hasta la madrugada, en el pasillo, varias veces en la noche: en la oscuridad, agazapados, locos de amor. Como felinos en celo.

El día 9 de enero, Francisco Miranda ya se encontraba trabajando como guardavidas. Después de difíciles y 'amargas' gestiones, logró, junto a sus compañeros ingresar el día 5 de ese mes a su añorado empleo.

El 10 de enero, Patricia esperaba a Francisco y, además de disfrutar de su compañía, le iba a comunicar que el 14 de ése mes regresaría a Ezeiza junto a su familia. Pero que volvería los primeros días de febrero.

A las 19.30, se encontraba en la puerta de su casa regando plantas y césped de ambas moradas. Vestía unas sandalias de cuero marrón, un vestido amarillo hasta la rodilla, sin mangas ni cuello atado a la cintura con una correa de color verde inglés con hebilla blanca. En su cuello, lucía un collar de pequeños caracoles blancos que "alguien" le había regalado. Se había pintado tímidamente los labios de color marrón. Dos aros ovalados (como argollas del tamaño de un limón) adornaban sus orejas y, en su cabeza, lucía un pañuelo blanco con copihues amarillos estampados a modo de corona.

Francisco venía en bicicleta y dobló en la esquina de su casa. Mientras tanto, el sol que durante el día había dorado su piel, ahora iluminaba su cuerpo tostado y sudoroso. Venía vestido con su ropa de guardavidas y con el 'torpedo' anaranjado colgando de su espalda.

—Hola Patricia.

—Hola querido.

Entonces, apoyó su bicicleta en un banco, la tomó de los hombros, y le dio un decidido beso en la boca.

—Amor —dijo Patricia— estamos frente a nuestras casas y aún nadie sabe formalmente de nuestra relación.

— ¡Ya lo sé!, y no me importa.

—El agua está caliente para tomar mate. Tengo bizcochitos de coco y manzana, ¿te gustan?

—Todo lo que prepares me gusta.

Entonces, sacó el flotador que traía colgado a su espalda y se sentó a la sombra en una reposera, se estiró y recibió un tibio mate surtido con yerba aromatizada con peperina.

—Francisco, te conozco desde que tienes diez años ¿qué te pasa?, ¡estás raro!

—Hoy tuve un día diferente. Además, el sol pega muy fuerte: permanecí sentado en un mangrullo durante ocho horas. Éste, es una plataforma construida con tubos de dos pulgadas de diámetro, un rectángulo de alrededor de dos metros de altura. Es muy incómodo, porque tengo que sentarme en uno de sus caños horizontales. Esta posición me causa mucho dolor en mi espalda.

—Pero..., ¿sucedió algo más?

—Sí,... Sucedió algo importante... —desde su asiento, y ella de pie, la agarró de la cintura y apoyó el rostro en su vientre. Patricia lo tomó de la cabeza y le masajeó el cabello.

"A eso de las 16.00 yo estaba en el mangrullo junto a mi compañero Manuel Oliveira. Había mucha gente en la playa, tanto en el agua como en la arena. La marea estaba bajando, corría un viento regular que venía del norte y el sol quemaba nuestras espaldas.

Los dos observábamos nuestro sector que comprende un tramo de doscientos metros. Entonces, como a setenta metros hacia el nordeste, después de la tercera canaleta, ¡alguien nadaba rápidamente hacia otra persona que se encontraba unos cinco metros más adentro!, de la cual se veía sólo su cabeza. Ahí le dije a Manuel Oliveira:

— ¡Mira allá!

— ¡Vamos Francisco! — me gritó Oliveira.

Corrimos unos sesenta metros hacia el norte, yo iba muy rápido porque en ese lugar, en el que se estaban ahogando, había un "chupón" que unido a la fuerza del reflujo, los desplazaría mar adentro.

Entré al mar unos metros delante de Manuel; yo estaba muy agitado, corté las primeras olas y me dispuse a cruzar la tres canaletas que me separaban de las víctimas, una vez pasadas éstas, divisé una de ella, la que estaba más cerca de la playa; entonces nadé unos segundos hasta quedar a su lado.

— ¡El mar nos lleva! —dijo la mujer entre sollozos cortados y un continuo pestañear de sus ojos.

—No te preocupes, ¡ya te tengo! —le dije.

Ahí me di cuenta de que, producto de la rapidez que requería la situación, no había agarrado mi salvavidas, porque estiré mi mano para apoyarme en él y no lo encontré. La mujer era corpulenta y nos hundíamos. Entonces llegó Manuel y nos ayudó. En ese instante sentí gritos desordenados e histéricos, giré mi cabeza y vi a unos cinco metros, un hombre que se hundía dejando una estela circular en cada inmersión.

Después de impetuosas brazadas llegué a su lado, fue entonces que desde abajo del agua emergió algo que se abrazó con fuerza a mi cuello y me sumergió, fui sorprendido. Abrí los ojos pero no distinguí lo que era, pero no me soltaba. Con mis piernas pateaba hacia arriba y con mis manos comencé a tocar lo que me sumergió: era una gran barriga unida a dos brazos que retenían mi rostro a su pecho, en ése momento sentí que no saldría vivo de esa.

Como pude, traté de zafarme de esa toma, pero fue imposible; el hombre me utilizaba como flotador y no estaba dispuesto a soltarme. Entonces moví mi cabeza hacia arriba, hacia el sol, ahí vi burbujas y rayos solares que se movían lanzando destellos de esperanza. En ése instante ¡pensé en ti amor mío!, y me vinieron a la mente imágenes como las de las palabras: azul, manzana, sol, cúpula y besos con aroma a fresia.

Aunque estaba un poco mareado, le di un fuerte empujón en su abdomen y a la vez giré mi cabeza con fuerza; en segundos, estaba en la superficie respirando ese aire tan vital para nuestra existencia, que te juro, ¡no lo volveré a contaminar nunca más, ni siquiera con el aerosol de mi desodorante!

Una vez arriba, me acerqué a él y le dije: "quédate tranquilo y mira hacia arriba", entonces lo sostuve de un brazo, el tipo pesaría unos 130 kilogramos. En ése mismo momento llegó Manuel, quien le había entregado 'su víctima' a Alfredo Monteserrín, el guardavidas que venía corriendo desde el mangrullo de al lado.

Asido de cada brazo y mirando al cielo, comenzamos a remolcarlo hacia afuera. El hombre era muy pesado y la fuerza del chupón nos hacía permanecer en el mismo lugar, no avanzábamos. A continuación decidimos salir en forma oblicua, hacia el sudoeste, aprovechando el viento norte. Después de un pequeño coloquio, los tres, nos deslizamos casi horizontalmente en el agua. De esta forma logramos llegar a la playa y tocar arena. Cuando salimos del agua, una mujer se abalanzó hacia él, lo abrazó y besó en su lívido rostro. ¡Era la señora que había sacado anteriormente Manuel! Se estaban bañando donde el agua les llegaba al pecho, al esposo que estaba a unos metros más adentro, 'se lo llevó el chupón', la mujer nadó valientemente para ayudarlo, entonces, ellos dos comenzaron a ahogarse. ¡Eso es todo...!"

Patricia Tronconi escuchó tranquilamente el relato, luego se sentó a su lado y le dijo:

—Y ahora, ¿cómo te sientes?

—Mejor.

—Bueno Francisco Miranda..., actuaste bien, para eso te preparaste durante más de un año. Creo que éste fue tu bautismo y hoy lo celebraremos, salvaste una vida humana; ¡eso no tiene precio! Vuestro trabajo es determinante, salvan tantas vidas como un médico. Cada salvamento es una

vida que se salva. Ojalá vuestro salario esté en concordancia con tanto riesgo. Y a éste bautismo lo llamaremos: “Metamorfosis II”.

— ¿Por qué metamorfosis II?

—Porque metamorfosis significa cambio, transformación y tú has cambiado, además, ya habíamos bautizado con ese nombre un regalo que me habías hecho, ¿recuerdas? Ya no eres el mismo, te enfrentaste a la muerte cara a cara, ésta vez, felizmente salió todo bien, y creo y espero, que en las siguientes oportunidades tengan un buen desenlace... para todos. Has adquirido experiencia y confianza en ti mismo... ¡ohh... Francisco!, te comento que a veces tengo un mal presentimiento que se apodera de mí relacionado con tu trabajo. Pero…, ¡qué digo!, en estos momentos. No me hagas caso por favor. Además éste no es el momento más propicio para invocar estos malos pensamientos.

—Debes tratar de no pensar en esas cosas. Este trabajo es muy lindo pero la muerte es algo inherente a él. No se puede tener todo en la vida. Ahora me siento más tranquilo después de hablar el tema. Y cansado.

—Entonces, dejamos el festejo para mañana —dijo Patricia.

— ¡No!, al estar contigo descanso, me relajo y..., confieso que estás muy bonita.

—Me arreglé para ti.

—Tus ojos brillan. Pareces una mariposa en celo.

—Hice una torta de limón, ¿te gusta? —y señala la mesa.

—Sí, me encanta; ¿es la misma que me hiciste cuando cumplí 15 años?

—Sí, pero ahora perfeccioné mi receta. ¡La práctica hace al maestro…! Ahora me siento renovada, alegre, vital.

Comieron la torta de limón acompañada con un vaso de sidra fría. La noche era clara, cálida y llena de estrellas. Luego se fueron a caminar hacia la plaza.

El día 15 de enero Patricia se fue a Ezeiza. Francisco se quedó en Santa Teresita. El 25 de ése mismo mes rescató a dos personas más.

En las tardes desde su balcón observaba las estrellas..., y recordaba a su amada, escuchaba la música de ambos y casi todos los días hablaba con ella por teléfono, un minuto a las 22, con el descuento.

El 2 de febrero, Patricia vuelve nuevamente a Santa Teresita y se queda hasta el 15 de ese mes. Francisco alquiló un pequeño departamento en Las Toninas, tenía vista al mar, era muy pequeño; un ambiente, limpio, aireado, acogedor y luminoso. Ahí pasaban horas deliciosas. Disfrutaban del amor, de la vista al mar y del gustoso arte gastronómico que ensayaba Patricia. Mientras ella cocinaba, Francisco le leía libros de astronomía. Ella le hacía comidas para que estuviera fuerte, para su trabajo, y para ella. Bastante leche entera, muchas nueces, almendras y frutas secas embutidas en harinas integrales. Bananas, higos secos envueltos en harina tostada. En fin.

El 15 de febrero, Patricia regresa a Ezeiza. En esa época, estaba terminando la temporada veraniega. El 18 de ese mismo mes, a eso de las 23 sonó el teléfono y atendió Francisco:

—Hola.

—Amor, ¿eres tú?

—Si querida, soy yo ¿cuándo regresas?, te extraño mucho.

—Francisco, tengo que hablar contigo seriamente —un silencio hueco, como de socavón de mina inundó la charla—. No me ha llegado la menstruación. Me hice un test y me salió positivo...Yo estoy estudiando... ¡Mi familia me ha brindado tanto! ¡No sé qué hacer, parece que estoy embarazada!

—Bueno Patricia..., no te preocupes mucho, yo estoy contigo en las buenas y en las malas; recuerda que “el verdadero amor es para los valientes” y el amor, a veces, trae estos imponderables. Sabes que yo no divulgo nuestros asuntos personales. Vente para Santa Teresita mañana mismo, yo te esperaré en la estación, tranquilízate, que estamos juntos.

A las 8 de la mañana, Patricia bajó del ómnibus. Francisco la esperaba; se abrazaron. Luego tomaron un taxi a la calle 38; al laboratorio del respetable Doctor Burotto. Ella dejó una muestra de orina y a las 18.00 volvieron por el resultado, entonces el médico les entregó un sobre cerrado, sin abrirlo, se retiraron hacia el Parque Golf (el bosque donde habían jugado desde niños). Una vez ahí, caminaron por un angosto sendero hacia el oeste, se sentaron sobre las hojas caídas y se dispusieron a abrir el sobre:

“Laboratorio bioquímico... Doctor Burotto. Diagnóstico: POSITIVO”. Estaba embarazada.

— ¿Qué vamos a hacer Francisco?

—Yo estoy muy contento que vayamos a tener un hijo Patricia.

—Yo también amor, pero las condiciones sociales y económicas son muy difíciles. Yo recién pasé a segundo año en la carrera de sicología.

—Bueno, yo te propongo que vivamos juntos, que te mudes para aquí y probemos formar una familia.

—Yo estoy muy deseosa de despertar todos los días a tu lado, pero; no tenemos empleo, tú trabajas estable solamente dos meses en el año, no tenemos vivienda y la obra social nos cubre ése período solamente..., ¡no sé cómo decirle todo esto a mis padres!

—La condición de hombre no la tengo solamente por tener pene, creo que el término hombre va más allá de la sexualidad. Es tener el valor, la personalidad suficiente como para enfrentar los momentos difíciles de la vida; salga mal o bien, hay que enfrentar.

—No estaba segura cómo ibas a reaccionar, esperaba esta posición, pero había que comprobarlo. Me siento muy orgullosa del hombre que va a ser el padre de mi hijo. Ahora, ¿cómo se lo comunicamos a nuestros padres?

—Los enfrentaremos cara a cara, en frío, sin rodeos; así es más simple el asunto.

Se abrazaron. Tendidos sobre el pasto se besaron tímidamente. El sol de fines de febrero les iluminaba las espaldas y así se quedaron, animados. Los dos se durmieron en posición fetal.

El día 20 de febrero a las 21 horas Patricia fue a cenar a casa de la familia Miranda y cuando estaban todos sentados a la mesa, Francisco se paró en la puerta de la cocina y les dijo a sus padres y hermanos:

— ¡Tengo que darles una noticia!

— ¿Buena o mala? —preguntó Ana Gonzáles.

Los padres, hermanos y Patricia, dejaron de comer y los observaron impertérritos.

—Depende para quién —dijo Francisco—. “Voy a ser papá”.

— ¡Yo sabía! —Acotó Ana— porque tú andabas con Patricia para todos lados. ¿Qué van a hacer?

—Me juntaré con ella. Con responsabilidad vamos a intentar vivir unidos nuestro amor.

Julio Miranda, lo observa con mirada patriarcal/solidaria, como si él hubiera pasado por lo mismo; sonríe con un rostro marcado de experiencia. Hace unos años que no tenía buena comunicación con Francisco pero no vaciló, no le tembló la voz para apoyarlos. Era el padre de su primogénito. Había jugado con él, lo había llevado al mar por primera vez, le había cambiado pañales, lo había visto jugar básquetbol tantas veces...

—Bueno... Me parece bien; si lo han resuelto así. Nosotros los ayudaremos en todo lo que podamos —dijo Julio Miranda.

— ¡Sí!, —dijo Ana— es mi primer nieto, eso me pone muy contenta.

Un par de lágrimas salieron de sus ojos, se deslizaron por sus mejillas y cayeron en la sopa.

Sentados en el balcón, ellos dos, charlaron en compañía de las estrellas:

—Amor, ¿de qué vamos a vivir?, ¿dónde vamos a vivir?, ¿qué haremos? —preguntó Patricia.

—Por ahora, vamos a alquilar algo económico. Yo aún no cobro el mes de febrero; con eso, más algo que tengo guardado del salario de enero y un préstamo que le pediré a un amigo de toda la vida, podremos dar una parte de lo que vale un terreno, el resto lo pagaremos en la próxima temporada. A una cuadra y media de aquí, frente al bosque, vi uno muy lindo, grande; que está dentro de este presupuesto.

— ¡Ahh...!, eso está muy bien amor, yo buscaré un empleo —acotó inmediatamente Patricia.

—Los dos buscaremos trabajo. Pero los inviernos son muy difíciles aquí. No es fácil encontrar un trabajo estable. Si no lo encontramos para ti, puedes dedicarte a cuidar nuestra morada, y al bebé; que por ahora es la primera prioridad. ¿Te gusta el pescado? —acotó Francisco.

—Sí, me gusta.

—Porque en el invierno pescaré mucho.

—No hay problema querido, el pescado es muy nutritivo.

—Al otro día, el 21 de febrero, Patricia se embarcó para Ezeiza a las 15. Su arribo estaba programado para las 21.00. Durante el viaje pensaba cómo podía comunicarles la noticia a sus padres, el tema no era sencillo. Después de unos minutos en los cuales agotó sus criterios en el asunto, se durmió.

Pasaron dos horas y el sueño fue interrumpido por la guitarra de Toquinho que, como el aroma del café, inundaba el ómnibus. “Amor en paz” fue el tema que la despertó. Miró por la ventana las grandes llanuras pampeanas que se derramaban serenas en el horizonte oriental. ¿Por qué será que los seres humanos nos complicamos tanto la existencia? Los animalitos son tan sabios. Entonces recordó un verso que había leído del poeta Héctor Aguilera: *Cuando no encuentres respuesta entre los humanos, búscala en la naturaleza, ella es la única que te la dará*.

En ése momento pensó en comunicarles la noticia al día siguiente, el 22, pero el 21, cuando llegó a su casa encontró a su madre sola en la cocina, el resto de la familia no estaba. Se acercó tímidamente a ella y le dijo:

—Hola mamá..., ¿cómo estás?

—Bien hija, ¿cómo estuvo el viaje?

—Bien, sin grandes novedades.

En la cocina de la casa de Ezeiza no había ningún ruido, pero a la distancia, en medio de la maleza tibia, se sentía el canto de los grillos que musitaban sintonías mediadoras.

—Mamá, tengo algo que decirte...

Dos miradas de adivinas se observaron agudas y un silencio de monasterio inundó la habitación.

—Ya sé lo que me quieres decir... ¡Estás embarazada! —dijo su madre con eco reminiscente. Marta Cinalli sabía cómo se sentía una joven en esas circunstancias y a esa edad. Las dos almas se abrazaron y lloraron solidarias y solitarias.

— ¡Sí...!, me iré a vivir a Santa Teresita con Francisco Miranda. Vamos a dar la mitad del valor de un terreno, en el cual, de a poco, iremos

construyendo nuestra casa; el resto del dinero lo pagaremos la próxima temporada.

—Y, ahora, ¿dónde van a vivir?

—No lo sabemos aún, pero los primeros días de marzo me iré para allá; con mi hombre.

—Mañana hablaré con tu padre y le explicaré la situación. Le propondré que les prestemos nuestra casa de veraneo; estoy segura de que no habrá inconvenientes.

— ¡Oh...! mamá, gracias por ser tan comprensiva. Yo estoy viviendo un hermoso amor. Entonces se abrazaron y se retiraron a sus habitaciones.

Durante dos o tres días, su padre Carlos Tronconi permaneció callado, ¡no!, no estaba callado, estaba pensativo y reflexivo. El quería que su hija terminara la carrera de sicología, había trabajado mucho en su vida para brindarle una buena educación.

El 14 de marzo Patricia entró en su cuarto, por la ventana pasaban rayos de un sol crepuscular y suave que anunciaba el inicio de un nuevo otoño.

En dos bolsos y una valija comenzó a guardar sus cosas. Dobló prolijamente sus ropas, sus libros, los portarretratos que atraparon los rostros de su familia y del fondo del placard sacó una pequeña caja blanca redonda que le había regalado su madre.

Llegó la hora de partir. Una vez cargada la antigua camioneta se sentó junto a sus padres en la cabina. De ahí observó su casa, el barrio en donde vivió durante veinte años y así, poco a poco, se fue alejando de ese pueblo. Conocido principalmente por dos inmuebles y un acontecimiento muy importante para la historia contemporánea Argentina: los edificios son “La Cárcel de Ezeiza” y el “Aeropuerto Internacional de Ezeiza”.

En el terreno político y social, el 20 de junio de 1973 -cuando Patricia aún no había nacido- se había producido un acontecimiento que en Argentina se conoce con el nombre de “La Masacre de Ezeiza”.

Llegaron a Santa Teresita y la camioneta se estacionó en la puerta de la casa de la familia Tronconi. De ella descendieron Patricia y sus padres, serían alrededor de las 18.30. Entraron a su casa y desde el pasillo saludaron a sus consuegros. Esa noche cenaron cada familia en sus correspondientes casas. Francisco llegó tarde y sólo tuvo tiempo de saludar a Patricia. Al día siguiente salió temprano a pescar con Juani y Truchito, en la lancha roja.

El 15 de marzo, Don Carlos Tronconi se quedó sentado en la puerta de su casa, tenía una actitud tranquila, pensativa. Patricia estaba a su lado leyendo a Erich Fromm, pero, de reojo miraba hacia la esquina y al padre. A las 19.30 apareció Francisco. En su bicicleta traía una canasta llena con corvinas rubias. Patricia se apresuró, lo tomó del brazo y le dio un beso en la boca. Francisco dejó la canasta en el suelo y se dirigió a saludar a Carlos, luego se sentó junto a él y le dijo:

—Bueno Don Carlos ¡qué le vamos a hacer!

— ¿Qué vas a hacer macho?

—Vamos a darle para adelante, yo a Patricia la quiero y vamos a formar una familia.

—Bueno..., yo también tuve veinte años. Acá está esta casa disponible…, hasta que se puedan comprar la suya. Yo, en todo lo que pueda, los ayudaré —contemporizó con un tono de voz pausado y positivo.

Por su parte, Francisco transpiraba en frío. Un cubito de hielo se desplazaba por sus arterias, pero habló francamente con su suegro.

Esa noche, Patricia y Francisco salieron a caminar por la plaza. Hablaron de cómo enfrentarían ese invierno. Francisco le dijo que le había pedido un préstamo a Gastón Miranda (su hermano había trabajado

arduamente esa temporada veraniega). Con esto, más el sueldo de guardavidas que le había quedado de ahorro, había iniciado la compra del terreno que estaba a la vuelta de la casa de sus padres. Con las changas, más la venta de pescado pretendía vivir junto a su nueva familia en forma austera durante el invierno.

A esa hora los cuatro abuelos tomaban café y charlaban *de qué manera podrían ayudar a sus hijos*.

Después de dos días, los padres de Patricia retornaron a Ezeiza. Francisco tomó sus cosas y se mudó a la casa de al lado, junto a su mujer.

Ella colgó cuadros en las paredes. Puso sus libros en la biblioteca y las fotografías con sus padres y hermanos. Entretanto, Francisco ponía sus ropas en el placard, la pelota de básquetbol, la rosca salvavidas, sus libros de astronomía.

Entrando a fines de marzo, el clima era espléndido; la temperatura media oscilaba entre 15 y 25 grados, la humedad promediaba el 40 por ciento, predominaban los vientos calmos y, en el mar, el agua era de color azul porque comenzaban a soplar con mayor intensidad los vientos del sur.

Las hojas de los árboles empezaron a ponerse amarillas y comenzaron a caer sobre las calles desoladas de aquel pueblo costero, densamente poblado en temporada de verano y desolado durante el resto del año. Dentro de estas características, los atardeceres se comportan lentos y templados dando otro valor al tiempo, haciendo que las horas se perciban más largas que lo habitual. Los días se estiran al ritmo de la lenta inclinación del sol.

Así fueron transcurriendo los días en los cuales, durante casi todos los fines de semana, venía la familia Tronconi desde Ezeiza. En una oportunidad bajaron de la camioneta al perro de Patricia, “Apocalipsis”, un hermoso can blanco y marrón al que la mujer encinta había rescatado de las calles de su pueblo.

Así, los primeros tres meses, durante los fines de semana la casa se llenaba de gente. Las dos familias, los domingos al mediodía, se sentaban a

la mesa a comer asado, fideos con tuco, pizzas; en fin, comidas dominicales.

Todo eso pasaba mientras la barriga de Patricia crecía ordenadamente.

Durante la semana, Francisco hacía changas y pescaba. Poco a poco fue cortando los pastos de su terreno, lo emparejó y le puso árboles: sauces, tilos, álamos, rosas y jazmines.

Así como iban trascurriendo los meses en donde las noches comenzaron a ser más largas, los vientos se hacían más fríos y predominantes del sector sur. Francisco lucía un suéter blanco invierno de cuello subido, de pescador. Estaba marcando el terreno donde comenzarían a hacer su casa. Patricia lo ayudaba sosteniendo la lienza desde el otro extremo; cuando se cansaba, Francisco se acercaba, ponía la mejilla en su vientre y con la mano derecha acariciaba a su hijo.

— ¿Te sientes bien amor?

—Si Francisco, me siento bien —hablaban en el mes de junio.

Todo transcurría con la normalidad típica de los pueblos pequeños y alejados de las grandes urbes.

Patricia asistía periódicamente a los controles prenatales, la lectura de sus análisis daban normalidad en su embarazo. La pareja disfrutaba del fruto del amor.

En las noches freían pejerreyes: los comían con queso derretido y una copita de vino blanco Casillero del diablo. De postre manzana con queso, para el bebé; luego tejía al crochet zapatitos muy pequeños.

Así siguieron transcurriendo los días, las semanas, los meses; todos seguían con sus actividades normales.

Patricia concurría periódicamente al médico; exámenes de sangre, orina, ecografías, en fin. Durante las noches, con la ventana cerrada impidiendo la entrada del frío y con luna llena que servía de iluminador miraban las ecografías con un marco salpicado de estrellas. La escena digna y humilde, era un episodio por el cual, el hombre más acaudalado daría su fortuna por vivirla.

Una mañana, el 12 de agosto, después de siete meses de embarazo, a medio día, Patricia sintió dolores en su vientre, le subió un poquito la temperatura; entonces fue a buscar a Francisco, quien se encontraba a dos cuadras de su casa desmalezando un terreno para un turista. Francisco dejó el machete y se dirigieron inmediatamente a su casa.

—Siéntate acá mi amor, al lado de la salamandra, está más calentito; te prepararé un té de naranja.

—Gracias querido, discúlpame que te haya ido a buscar al trabajo.

—No me digas eso, tú sabes que ustedes son mi vida.

—Voy a casa de mi madre, le digo que venga y de allá llamaré por teléfono a tu ginecóloga.

—Amor, ¡no tardes!

—Sólo tengo que caminar diez metros. —A los cinco minutos llegó la Señora Ana.

— ¿Cómo estás querida?

—Tengo dolores en el vientre y un poco de fiebre.

—Bueno, me quedaré contigo hasta que Francisco se comunique con la ginecóloga.

Tratando de encontrar a la médica pasaron casi dos horas en las cuales fue acompañada por Ana.

A las 14.00, dijo Francisco a su madre: “logré comunicarme con la obstetra en uno de sus teléfonos particulares: me dijo que ubique a un médico clínico para que procure bajarle la fiebre”.

A los 15 minutos llegó el doctor Silva, el clínico la revisó y le recetó un medicamento.

—Todo está bien, no se preocupen, me parece que el bebé quiere nacer, manténgase cerca de ella y en contacto con el hospital, buenas tardes

—dijo el doctor Silva y se retiró.

A las 15, tenía contracciones continuas. Así transcurrió el tiempo. Entonces llegó Julio Miranda y su otro hijo, se hicieron las 18 (momento en el cual las contracciones iban en aumento).

—Hablé con tu ginecóloga, está trabajando en el hospital de San Clemente del Tuyú, en la Unidad Materno Infantil; dijo que el bebé quiere nacer y que vayamos para allá.

Rápidamente, los padres de Francisco prepararon la camioneta. Francisco fue a su cuarto, tomó un bolso y puso ropa para su mujer: un camisón blanco, ropa interior, dos toallas, una caja blanca que contenía un hermoso ajuar infantil que la madre de Patricia le había regalado en su momento. Tomó un sobre con talco y el agua de colonia de pino que le gustaba a su compañera. En el fondo del placard, vio dos pares de zapatitos -rosa y celestes- tejidos al crochet.

Los cuatro, en la camioneta de Julio Miranda, llegaron a las puertas del hospital de San Clemente del Tuyú. Se bajaron, una camilla los esperaba. Patricia, Francisco y la enfermera se dirigieron hacia la sala de guardia. Sus padres se quedaron afuera comunicándose por teléfono con sus consuegros que venían en camino.

En la sala de guardia la desnudaron y le pusieron un camisón. La obstetra le midió la dilatación; ya estaba a punto de nacer el bebé. Otro médico se acercó a Francisco.

—Tienes que llevarla en una ambulancia, con una obstetra, una enfermera y una incubadora al hospital de Mar del Plata; aquí no tenemos el equipo necesario para atenderla.

—Está bien Doctor, salgo a avisarle a mis padres.

Les comunica a sus padres del nuevo traslado y vuelve al hospital. En la sala de espera es interceptado por el mismo médico.

— ¡No!, no hay viaje a Mar del Plata, va a nacer acá, no hay tiempo para trasladarla; el bebé es sietemesino y en éste momento está naciendo.

Francisco salió al pasillo donde estaban sus padres y cruzaron palabras sordas. El joven guardavidas se acercó a una de las ventanas, el vidrio estaba empañado de vapor, afuera hacía mucho frío. Limpió el cristal con la palma de su mano y por la circunferencia observó los astros (la noche era clara), entonces, una estrella en el sur destella por encima de un viejo eucaliptos que estaba frente a la ventana. Venus, la estrella crepuscular, la que sólo puede ser observada en los atardeceres o amaneceres. Distante del sol 108 millones de kilómetros que, entre otras acepciones, significa “Mujer bella”. Así la llamaría si fuera mujer; y si fuera barón, Metamorfosis. Sí, como las piedras arqueológicas que hay en la playa, porque siempre están en transformación; como es la vida que está en continuo cambio. Entonces, una voz adulta interrumpió su reflexión:

—Francisco Miranda

—Sí Doctor, soy yo.

—Venga conmigo por favor, sentémonos aquí. Ya terminó el parto, hubo un problema: “el bebé nació muerto y la madre está en estado estacionario”. El fenómeno que los afectó lo identificamos como una muerte repentina y se da en casos esporádicos.

—No lo puedo creer, Dios mío. ¡Y Patricia ¿cómo está?!

—Se va a quedar unos días acá..., para observarla.

— ¿Por qué se tiene que quedar aquí, qué pasa?, ¿Cuántos días Doctor?

—Los que sean necesarios.

Con el bolso de ropa colgado en su hombro izquierdo y la cajita blanca retenida por la mano derecha; en ese momento, sus ojos fueron encandilados por una fuerte luz blanca proveniente de un foco ubicado frente a él. Sus ideas se evaporaron, el pensamiento celeste se posesionó de su mente (con su padre al lado). Ahí, su ser viajó desde su infancia: el mar, el básquetbol, su primera novia formal a los nueve años, el gigante que se ahogaba, el bosque y los luceros, los senos de limón de Patricia; el cementerio donde yacía su abuelita. A continuación, sus ojos vidriosos y enrojecidos se volvieron hacia los del circunspecto médico.

—Quiero ver a Patricia y al bebé —moduló pausado y notablemente extraviado.

—Ponte este delantal y sígueme, lo siento mucho.

Entraron en una sala donde había dos camas, en una de ellas yacía un pequeño cuerpo envuelto en una sábana blanca. Se acercó y con la mano derecha corrió el sector de tela que cubría el rostro. La acción dejó al descubierto una faz rojiza, redonda y con los ojos cerrados; como si durmiera. Giró hacia la izquierda y en la otra cama estaba Patricia. Se acercó, le tomó la mano; entonces, ella abrió sus ojerosos ojos (los cuales buscaron el infinito techo blanco iceberg... ¿Quién se llevó su mirada?).

—Patricia, soy yo Francisco, ¿cómo estás? —No hubo respuesta, pues sus sentidos viajaban en un iceberg.

— ¡Mi amor...!, amor —entonces el médico le dijo al oído: vio al bebé y ya lo sabe.

Así, junto a la cama, permaneció durante toda la noche, sin moverse, cuidándole el sueño. A ratos, cuando despertaba y abría los ojos fijos, se subía al iceberg y naufragaban.

A las ocho de la mañana del día siguiente, una auxiliar trajo el desayuno: un té, unas galletitas de vainilla y un trozo de queso.

—Buenos días, aquí le traigo el desayuno, cómalo, se va a sentir mejor — Patricia no contestó, se limitó a mirar el techo que la tenía atrapada.

— ¿Cómo estás? —Le dijo Francisco besándole las manos— Yo estoy aquí, contigo, en la buenas y en las malas, como fue nuestro compromiso.

Patricia no aguantó más y largó un llanto ronco y amargo, como un alarido expulsado desde el estómago. Sus ojos se llenaron de continuas lágrimas. Francisco se echó a un costado de la cama y lloró como un niño abrazado a su mujer; así, sollozaron varios minutos: como viejos esposos en el funeral de su hijo desaparecido. Desorientados, angustiados y desconsolados.

—Toma, te traje este regalo.

—Querido..., ¡no es el mejor momento para regalos! —contestó Patricia con voz pausada.

—Pero..., yo creo que éste obsequio nos ayudará a superar este momento triste en que nos encontramos —de su bolsillo extrajo un pañuelo anudado, lo desató y sacó una pequeña roca.

—Ya me regalaste una piedra —le dijo llorando.

—Esta es otra, la traje para dártela cuando naciera nuestro hijo. Pero ahora no hay bebé, estamos solos, sin hijo. Durante la noche pensé en la piedra y creo que este regalo nos servirá para superar este instante amargo.

— ¿Cómo se puede superar esto amor...; cómo? —vociferó Patricia.

—Observa que esta piedra está erosionada, llena de marcas y agujeros que dibujan figuras en ella —Patricia miró la mano sin ver la piedra—. Pues bien, creo que nuestras vidas son así, con suerte vivimos setenta años. El tiempo y sus imponderables transformaron la roca, así también cambiamos nosotros. Los acontecimientos de la vida van cincelando nuestro carácter, nuestro rostro, nuestra evolución. La roca, antes era de una forma, hoy es así y mañana tomará otra figura. Yo creo que la vida es así, nosotros vivimos tiempos muy bonitos, pero hoy, nos toca ingerir este amargo trago y seguro que vendrán otros días de primavera, otros amaneceres calurosos y otros días turbios. Porque la vida es una metamorfosis, en donde procuramos prepararnos para los momentos difíciles, y a la vez, vivir la vida intensamente. A qué árbol firme no lo meció un temporal.

Patricia Tronconi se había dormido sobre la palma de la mano de Francisco Miranda, entonces éste, colocó la piedra entre el brazo y la costilla de su compañera.

Cuatro días permaneció al lado de su amor en el hospital, acompañado de todos sus padres. Actitud no menor si consideramos la soledad en que se encuentra aquel que vive sin familia en tierras lejanas.

Al quinto día llegó la ambulancia que trajo a Patricia a su casa. Muy abrigada, los enfermeros la dejaron en el comedor de su morada en donde la esperaban sus padres, suegros y cuñados.

Así fueron transcurriendo los fríos días de invierno en donde su salud física mejoraba paulatinamente, pero la mental... No se resignaba a la pérdida de su hijo.

Francisco, con sus escasos pesos, le traía bombones, almendras y pasas de uva. La casa la tenía llena de piedras, cada vez que iba a pescar le traía una. Tenía de todos colores, verdes, marrones, grises, azules; y de todos los tamaños.

—Amor, creo que necesito la ayuda de un profesional, siento que no puedo sola con este problema, ya han pasado muchos días y me siento mal. A veces me dan ganas de...

—Cuando hice el curso de guardavidas, una sicóloga nos dio clases con el objetivo de prepararnos por si nos pasara algo así en nuestro trabajo. Se llama Doris y vive a unas cuadras de aquí ¿quieres que vayamos a verla?

—Me gustaría, pero, aunque tú no me lo hayas dicho, debemos estar en precaria situación económica.

—Le propondré que te atienda ahora, con el compromiso de pagarle en temporada alta.

Tuvo varias charlas con Doris, tres veces por semana, luego dos y por último una. Era primavera, la pareja estaba sentada sobre las rocas en la playa, el mar estaba de color turquesa y una lluvia de libélulas alborotaba sobre sus cabezas:

— ¿Cómo te fue con la sicóloga?

—Bien, amor.

— ¿De qué hablan?

—De todo.

— ¿Qué es todo?

—De ti, de mí, del bebé y de la vida.

—Y, ¿qué hablan de la vida?

Patricia sonríe tímidamente, agacha su cabeza, la pone entremedio de sus rodillas, mira la arena amarilla y contesta: “De las piedras geológicas”.

Tito Rafeli

REVERSO

HIST0RIAS DE GUARDAVIDAS es un libro de cuentos entretenido, ágil y cargado de las peripecias que caracterizan al salvamento acuático. En él, se recrean las vivencias del sui generis mundo de los guardavidas; con sus enseñanzas, hazañas, temores y amores. Es un texto de consulta amplia que pueden leer estudiantes, amas de casa, profesionales, comerciantes, trabajadores o quien busque introducirse en este interesante y estratégico tema. Todos pueden sacar provecho del él: tanto el que busca entretenerse, como el que busque saberes que le permitan prevenir ahogamientos.

Este texto literario relata salvamentos ocurridos en playas argentinas y de otras latitudes del mundo. Como guardavidas y comunicólogo, Tito Rafeli estudió en la academia europea: *El por qué se ahoga el ciudadano y cómo se podrían evitar estos accidentes desde la prevención.*

Se trata de brindar al lector lego en este campo, información cualificada para que adquiera destrezas que le permitan evitar este tipo de accidentes que cobra en el mundo 500 mil decesos cada año con un saldo contiguo de millones de lisiados rescatados vivos. El ahogamiento en medio acuático es de origen previsible en la mayoría de los casos y es la segunda causa de muerte infantil en EE. UU., Brasil y Argentina.

Es importante mantener la serenidad cuando se informa sobre estos temas. El miedo se genera hacia lo desconocido. No se trata de provocar alarma innecesaria, sino de crear una serena y real actitud preventiva ante los accidentes que nos depara la vida y que por falta de información, en ocasiones, pasamos malos momentos. Simplemente, se trata de tomar las medidas preventivas necesarias para que éstos no sucedan, achicar al máximo sus posibilidades o aminorar sus efectos.

TRES CONSEJOS DE ORO:

-Nunca deje a los niños solos en un ambiente acuático. En ambiente cerrado, la mayoría de las veces se ahogan cuando el adulto se ausenta durante breves períodos (menos de dos minutos); para atender el teléfono, el timbre de la puerta o para realizar tareas domésticas. Los niños deben tener supervisión constante.
-Bañarse en lugares habilitados. En aguas abiertas como mares, báñese frente al puesto de guardavidas y en su horario de trabajo. Evite bañarse en lugares aislados, solitarios y en los que no haya servicio de guardavidas. Recuerde que el ahogamiento es sorpresivo, rápido y silencioso.
-En un lugar visible, que puede ser el mismo teléfono, anote números que le pueden ser útiles en caso de accidente. En estas circunstancias, el tiempo es valioso. Para Argentina: bomberos (100), defensa civil (103), emergencias (100), policía (101 y 911), hospitales cercanos, Cruz Roja y otros que considere necesario. Estos números también los puede llevar en su celular.